

LOS ZOMBIS NO SABEN LEER

OTOÑO 2010

ÍNDICE

Caretas y monstruos	p. 2
Curtis Garland escribe como yo	p. 3
Ed.	p. 5
Crónicas de los ángeles caídos	p. 8
El exterminador	p. 17
<i>Babayaga</i>	p. 22
Colibrí	p. 23
Abdel o El chico con la mirada del tigre	p. 26
Hola, me llamo Frédéric y soy tú	p. 29
Danza espacial	p. 31
<i>Marvel Noir: Pocos superhéroes y muchas balas</i>	p. 32
Pride Mountain	p. 34
La banda sonora de tu partida	p. 46
Deriva	p. 50
<i>El Capitán Malapata</i>	p. 52
Héroes de Anzio	p. 55
Una noche en el desierto	p. 65
<i>Fonda sangrienta</i>	p. 69
El Vengador	p. 70
La fábrica de guerras	p. 75
La sombra	p. 83
<i>The giant claw</i>	p. 84

Ninguna parte de esta obra, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna, por ningún medio, sea electrónico, mecánico, de grabación, fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo de los titulares del copyright, exceptuando el uso personal y no comercial, de acuerdo con el derecho legal de copia privada o con el derecho de cita para prensa para la portada y fragmentos breves, citando la fuente de origen.

© Alberto Sobreviela Falces: *Fonda sangrienta* / © Ana Morán Infiesta: *Babayaga* ☞ *The giant claw* / © 9/1/2009 Antonio Quintana Carrandi: *El Capitán Malapata* [Permiso de reproducción. Fuente original: Sitio de Ciencia Ficción www.ciencia-ficcion.com/autores/lgl/novelas/rg-sn01.htm] / © David Jasso: *Curtis Garland escribe como yo* ☞ *El Vengador* / © Félix Royo: *La fábrica de guerras* / © 23/7/2010 Gerald Puig: *Marvel Noir: Pocos superhéroes y muchas balas* [Permiso de reproducción. Fuente original: [OcioZero \[www.ociozero.com/16905/marvel-noir-pocos-superheroes-y-muchas-balas\]\(http://www.ociozero.com/16905/marvel-noir-pocos-superheroes-y-muchas-balas\)](http://OcioZero.com/16905/marvel-noir-pocos-superheroes-y-muchas-balas)] / © Ignacio Cid Hermoso: *Colibrí* ☞ *Deriva* / © Isaac González Tenreiro: *El exterminador* / © J.L. Mankiewicz: *Ed.* ☞ *Hola, me llamo Frédéric y soy tú* / © Julián Echolls: *Ed.* / © Lao Cabas: *Una noche en el desierto* / © Manuel Mije: *Pride Mountain* ☞ *Héroes de Anzio* / © Óscar Torres Gestoso: *Danza espacial* ☞ *Crónicas de los ángeles caídos* ☞ *La sombra* / © Pancho Mardones: *La banda sonora de tu partida* / © Roberto Malo: *Caretas y Monstruos* / © Rubén Nicolás Alarcón: *Abdel o El chico con la mirada del tigre* / © David Benjamín Orozco Gutiérrez (portada) [Permiso de reproducción vía Félix Royo] / © Sandra Lara (ilustración "El vengador") / © Víctor Gutiérrez Morate (ilustraciones).

Los artículos cuya fuente sea externa podrán tener limitaciones legales añadidas en sus derechos en la fuente original, las cuales serán prioritarias sobre los de su reproducción en esta obra.

LOS ZOMBIS NO SABEN LEER - NÚM. IV

E-mail: revistapulp@gmail.com

Web: www.revistapulp.com

DIRECTOR CREATIVO & DISEÑO

Félix Royo.

ILUSTRACIONES

David Benjamín Orozco Gutiérrez [Portada].

Sandra Lara

Víctor Gutiérrez Morate

HOSTING

J.L. Mankiewicz.

Julián Echolls.

CORRECTORES

Elena Montagud.

Manuel Mije.

EDITOR

J.L. Mankiewicz.

ASISTENTES DE EDICIÓN

Ignacio Cid Hermoso.

Óscar Torres Gestoso.

ISSN: 1989-7219

Edición única.

Octubre de 2010.

Elaborado en España.

Caretas y monstruos
escrito por **ROBERTO MALO**

—¡Hala, qué miedo! —señaló el niño—. ¿De qué es la careta? ¿De zombi?
¿De bruja?
—No llevo careta —respondió la niña, a punto de llorar.

Roberto Malo es un novelista zaragozano autor de *Malos sueños*, *Maldita novela*, *La marea del despertar*, *La luz del diablo*, *Los guionistas* y *Tanga y el gran leopardo*. Es miembro de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, de la Asociación española de escritores de terror (NOCTE) y de la Asociación aragonesa de escritores.

Curtis Garland escribe como yo

escrito por DAVID JASSO

Todavía tengo por casa unas cuantas novelas de Curtis Garland. A raíz de que él escribiera el prólogo para mi novela *Feral* releí algunas y han estado cundiendo fuera de los estantes. El caso es que mi hija adolescente tomó una de esas novelitas el otro día y comenzó a leerla por mera curiosidad. Al poco rato se acercó a mí blandiendo la novela y me dijo muy seria (y juraría que un poco indignada): “Oye, papá, ¿te has dado cuenta? Escribe como tú.” Yo sonreí y eché un vistazo al primer capítulo de esa novelita. Frases cortas, presentación directa de los personajes, descripciones escasas pero suficientes para situarse perfectamente, anticipación de los sucesos que se avecinan, cierta introspección de los protagonistas, dominio del suspense... Lo pensé un poco; tenía razón, ese texto se parecía mucho a mi forma de escribir. “No, hija, no. Yo escribo como él. Bueno, ya quisiera...” Y me sentí sumamente halagado por ese inocente comentario.

Muchas veces se menosprecia la labor de estos artesanos de las novelas. Es cierto que la mayor parte de su producción no posee una gran calidad literaria ni despunta por su innovación técnica. Pero es que su función no es esa, su función es divertir al lector, cogerle de la pechera y arrastrarle a través de una historia breve pero intensa. Proporcionarle un rato divertido y ameno. Sorprenderle con nuevos conceptos y hacerle olvidar sus problemas.

Entre todos los autores de las escuderías Bruguera y Toray (los dos sellos más famosos), Curtis Garland brilla con luz propia. No solo se atrevía con todos los géneros sino que los combinaba y guiaba por nuevos derroteros. Recuerdo por ejemplo una novela de vampiros ambientada en el Oeste que se adelantó al mismísimo George R. Martin y su *Sueño del Fevre*.

Sus historias son especiales, consigue atraparte ya desde las primeras páginas y posee una maestría del suspense y la intriga que no he encontrado en ningún otro autor, ni siquiera en el rey King. Es cierto que Curtis disponía de menos de una semana para escribir una novela y que su producción es desbordante. Por lógica, esas precarias condiciones de trabajo tienen que condicionar inevitablemente el resultado final, pero aun así siempre ofrecía un producto digno, entretenido y en muchos casos fascinante.

Cuando comencé a fijarme en su forma de escribir empecé a sacar mejores notas en las redacciones de clase. A mis doce años cada una de sus frases me parecía redonda y subyugante. Su ritmo, hipnotizante y vertiginoso. Sus tramas, alucinantes y aterradoras (en el buen sentido, estamos hablando de novelas de Ciencia Ficción y Terror). Sus personajes, incluso el típico agente secreto imitación de James Bond, resultaban creíbles y te identificabas con ellos. Sus chicas siempre eran guapas, pero nunca las utilizaba como mero relleno o excusa para que el héroe tuviera que ir a rescatarlas, poseían personalidad propia, actuaban de forma inesperada (bueno, como las mujeres reales) y en muchos casos eran chicas de armas tomar. No sabías qué podías esperar de las protagonistas de sus novelas, a veces eran tiernas y adorables, y en ocasiones crueles y vengativas.

Mención aparte merecen sus primeros capítulos. Siempre eran verdaderamente atrayentes, ahí solía estar el mejor Curtis, combinado estilos y recursos narrativos. Los prólogos de sus novelas son sencillamente espléndidos. Ya no puedes dejar de leer. ¿Cómo resistirse a principios del tipo “Ayer fui asesinado. Hoy voy a averiguar por quién.”?

Y, por si esto fuera poco, como colofón, siempre solía ofrecernos finales sorpresa, en muchos casos con dos o tres vueltas de tuerca en la mismísima última página. Cuando te quedaban media docena de hojas para acabar la novela te preguntabas cómo en tan poco espacio lograría el autor desenmarañar toda la trama que había ido embrollando, pero, con simpleza prístina, Curtis lo conseguía una y otra vez, dejándonos con la boca abierta.

He descubierto un tanto sorprendido que, sin duda, es el autor que más me ha influido como escritor. Nunca me lo he planteado de forma consciente, ni le he imitado a propósito, pero mi hija me ha hecho ver que los centenares de escritos de Curtis Garland que leí de los doce a los dieciséis años, han dejado en mí un poso indeleble que me ha marcado a la hora de plasmar mis propias historias. Yo no escribo bolsilibros, pretendo cuidar más la parte literaria y aspiro a un estilo un poco más depurado, pero he de reconocer que me gusta atrapar al lector y guiarle por los caminos que yo quiero, plantearle historias sorprendentes y jugar con sus expectativas para retorcerlas y alargarlas. Como logran las mejores novelas de a duro. Detrás de muchas de mis frases he encontrado la sombra de Curtis.

Desde aquí quiero agradecer públicamente su labor y abogar por el reconocimiento de él y de otros autores como él, que han practicado la verdadera literatura del pueblo, los auténticos *best sellers* de nuestro país, el indiscutible *pulp* nacional. Que, en definitiva, han llegado al corazón de sus lectores y les han descubierto mundos que, sin su ayuda, nunca nos hubiésemos atrevido a soñar. Gracias, a todos, y en especial a ti, Curtis; eres el mejor.

David Jasso es un escritor zaragozano autor de las novelas *La Silla*, *Cazador de sueños* (junto a Santiago Eximeno), *Día de perros* y *Feral*, así como la antología de relatos de próxima publicación *Abismos*. Es también miembro fundador y presidente de la Asociación española de escritores de terror (NOCTE) y forma parte del sello editorial Saco de Huesos. Recibió el premio Ignotus 2009 y está considerado como uno de los nuevos referentes de la literatura de terror española.

Ed.

escrito por J.L. MANKIEWICZ y JULIÁN ECHOLLS

Hola, socio. ¿Cómo está? ¿Harto? Seguro. Todos estamos un poco hartos de algo. Bueno, es normal, es complicado cumplir nuestro papel en el cosmos. A veces se habrá preguntado cuál es. Seguro. Todos nos lo preguntamos a veces. ¿Sabe? Creo que después de un tiempo a muchos se nos acaba descubriendo por respuesta una indolente resignación. ¿A qué? Bueno, a que nuestra existencia esté sostenida con nada y nuestras vidas sean un continuo caer en la temporalidad sin que parezcamos hechos para ello. Quizá no estamos bien hechos, no sé. Puede parecer exagerado hacer corresponder esta especie de hecho con el motivo tras todos los hartazgos que puedan estar atiborrándonos la cabeza, quiero decir que es algo esotérico, ¿verdad?, y entre lo esotérico hay poco rigor. Tampoco lo sé. Pero le digo que en mi vida esto se hace cada vez más importante, y un poco a través del *pulp*, que tanto para mí como para mis compañeros de la revista nada tiene que ver con una pretendida etiqueta que llevan puesta algunas producciones culturales –y que en esta editorial le explicaré lo que sí representa para nosotros–, he conseguido descubrir en esa resignación que os digo que tilda el día a día sus gotas de esperanza. Mire, le he escrito a usted una fábula para que entienda un poco la sensación que quiero transmitir al hablarle de esto además del concepto, no vale quedarse en la superficie, y para hablarle luego del *pulp*. En el fondo tienen relación, créame. Léalo, de verdad. Se identificará en cosas, en aspectos generales, en el aura. Léalo si está harto de cosas, como nuestro amigo. Entonces estará mejor predispuesto para entender el *pulp* como un analgésico y hacer de estas hojas algo más que unos minutos en el histórico de lecturas circunstanciales de su vida.

Nunca conseguía dejar de fumar. Lo había probado todo. Bueno, ya sé que es lo que dice ese montón de fracasados que trasladan también a eso su condición general de fracasos, pero es que yo nací afiliado a este montón. Digamos que por entonces naufragaba por mi cabeza, como tantas otras ideas, la idea de dejar de... um... enfrentándome a Dios que me había hecho así en toda su sabiduría, de dejar de ser tan patético. Acabando por dejar de fumar. Ése era el plan. Y eran las cuatro de la madrugada y lo pensé. Al fin y al cabo no había nada que perder. Figuraos mi vida, coño. Perdí la virginidad a los 21 con una puta libanesa al quinto intento, todos pagando, por supuesto. Me corría antes de meterla. Es un tópico, blabla. Que os den. Será un tópico pero da una imagen muy gráfica de cómo es mi vida.

Me levanté de la cama habiéndome dicho que ése sería el último cigarrillo. No importa una mierda el frío que hacía en la habitación ni que fuese en calzoncillos, porque dormía así, en calzoncillos. Ahora ya no lo hago. Supongo que en algún sentido sí tuvo un efecto duradero en mi existencia. Esta vez no habría margen de error porque me lo fumaría y luego me iría a cortar el cuello con la navaja de afeitarse. La verdad es que cojones sí hubo para estar dispuesto a cortarme el cuello. Lo hubiese hecho. Tenía ganas de saber qué se sentía durante esos últimos segundos en que vives con el corazón parado, sin nada moviéndose en el interior. A veces lo había intentado, pensar muy fuerte en pararme el corazón a ver si lo hacía. Generalmente a las cuatro

de la madrugada en la cama. Da miedo sólo intentarlo. Pero no era fácil. Su voluntad es seguir latiendo, por él latiría hasta que se cayese el cielo. Es muy laborioso él. Lo de cortarse el cuello, bueno. Vivo en el segundo piso. Ésa es la razón. Además un día me corté sin querer afeitándome y eso me dio la idea, porque fue justo al lado de la yugular pero no me di cuenta hasta que muchas horas después me vi en el espejo un hilo de sangre seca que había corrido desde el corte. Y no soy un tipo perseverante, así que si tomaba la decisión y quería matarme de verdad, el medio tenía que estar dentro de casa para que no se me pasase el interés antes de haberlo hecho. Me daba pena por la sangre. En las películas sale a chorro.

Cogí un cigarrillo del paquete, uno cualquiera, que son todos iguales, y tenía mucho sueño como para hacer una elección al estilo ritual. Y el encendedor. Luego pensé en sexo, lo hacía a menudo, así que no me sorprendió. El sexo es lo único que nos queda cuando no nos queda nada. Fue sólo un minuto. A eso decidí, volviendo al cigarrillo, como por tontería, porque funcionaba perfectamente el bic que había comprado dos días antes, que ya me iba a morir, pero que como antes tenía que fumármelo como en los fusilamientos, para acabar conmigo como un héroe y habiendo dejado de fumar, si no se encendía la llama del mechero entonces nada, me volvería a la cama. Fui, y le di, y no se encendía. Otra vez, tampoco. Solo salían chispas, y yo con mi muerte en la boca. Pero tenía gas, se veía. Y probé más, muchas veces más, ya con insistencia. No iba. Joder, pensé. Es Dios. Me fui a dormir. La mañana siguiente volvió a funcionar. Había sido Dios, seguro que sí. Intervención divina para darme otra oportunidad.

Fue aquella una mañana radiante aunque hiciese un frío de cojones. El aire estaba renovado aunque seguía hediendo a frito del bar de debajo de casa. Las personas se habían vuelto seres maravillosos que se sublimaban por la calle. Las chicas feas me parecían musas y en los cristales del metro veía arder de emoción mis ojos, como si hubiese vuelto a mí mi alma. Pensé mucho rato en que Dios había querido regalarme una nueva vida abriéndome los ojos, sacándome de la placenta hecha de rutina en la que había estado haciendo el bric de leche todos los años que hacía que no era adolescente. Eso pensé. Ayudé a un ciego a pasar la calle. Le di limosna a un rumano que iba a gastarla en drogas que revender y aunque lo sabía perfectamente, era su forma de subsistir y merecía darse cuenta como yo de que si todo le parecía rancio y duro y hostil era porque vivía cubierto de una placenta putrefacta aunque tuviese que pasar muchos años vendiendo droga antes de conseguirlo. También compré un pijama, antes no tenía. Dios me había dado esperanza, y vivir con ella es como ir en bici, no se olvida aunque lleves desde adolescente sin hacerlo. Luego pasaron más horas. Después de fichar en la fábrica empecé a dolerme la cabeza. Yo seguía siendo feliz y notando cómo en mi interior había unos conductos en los que un torrente de energía estaba arrollando las telarañas y el polvo que se habían acumulado con los años de olvido. Pero el trabajo ya no había por donde cogerlo, de verdad. No tenía nada de afable en ninguna parte. Era ruidoso y monótono y me hacía sentir un engranaje, y prescindible, de una cadena infame. Cuando acabé el turno ya me habían drenado el alma otra vez. Volví a cagarme en Dios al darme un golpe en esa parte del codo que duele tanto con una barandilla del autobús. Me cagué también en el conductor por no saber conducir y pegar esos frenazos. Y así acabó mi historia. Acabó a las cuatro de la madrugada de esa madrugada siguiente cuando el último ápice de buena voluntad voló de mí. Estaba yo fumándome un fracaso más tirado en la cama, echando la ceniza sobre las sábanas, apagando la colilla contra la pared, y pensando qué podía querer

Dios de mí para mantenerme aquí en el mundo. Ojalá hubiese tenido una revista *pulp* en las manos.

¿Qué le ha parecido? Estaba bien jodido, ¿verdad? Vivir de esa manera, sin porqués, sin lugares en los que asirse.

Seguramente si a usted le preguntaran si desea comer mierda respondería que no. Además de que para una mente sana sería lo más sensato, usted estaría haciendo aquello que Jodorowsky tan llana y sabiamente aconsejaba: debemos hacer lo que nos gusta. Pues bien, exceptuando a aquellas personas que podrían sorprendernos con su osada respuesta, aquí no van a comer mierda, al menos no es ésa la pretensión de los que nos encargamos de realizar y proponer este espacio. Desde que creamos la revista hemos inducido a la gente a una especie de búsqueda de lo que es el *pulp* (sin querer, la verdad), llegando a la peligrosa frontera de catalogarlo como un género, precisamente aquello que desde un inicio dejamos claro que para nosotros no es, pues bien uno puede encontrar *pulp* en una historia de terror o en una de erotismo a partes iguales. Nada más lejos. El *pulp* se acercaría más a aquello que nos cuestionábamos al principio: se trata de hacer lo que a uno le gusta. Parece sencillo, pero de lo que estamos hablando es de aceptarse. Pretendemos esa libertad de ser, y tomamos por vehículo esa condenada manía de querer llenar nuestro espacio vital, insensatamente, con cosas que nos divierten, que nos hacen menos amarga la existencia cuando ya tenemos a otros para que nos la amarguen y cuando, bueno, cuando da tanto miedo. Sí, ya saben, porque eso es el *pulp*, acaba convirtiéndose en una forma de hacer arte casi desinteresada con el otro, desenfadada al tiempo que valiente, valiente porque no le importa una mierda lo que el lector vaya a pensar de lo que se dice, ya que todo vale, ya que nada cuenta. No hay artificios, ni pegas, ni exigencias. Hace poco le leí a algún idiota lo siguiente: “Hay tanto que aprender en esta vida que lo inútil simplemente lo desecho.” Evidentemente, nosotros hacemos y haremos justamente lo contrario. Todo lo inútil nos embellece, nos da otra oportunidad de ser, de existir, de convencernos de que lo que hacemos vale para algo, así que sigamos adelante. Al fin y al cabo si la inutilidad y la inconsistencia del ser humano están en nuestro sino es idiota oponerse a ellas. Acaso sea nuestro único sentido. No nos demos ínfulas ni seamos pretenciosos. Somos pequeños, la importancia relativa de nuestro universo cotidiano se diluye pronto dando unos pasos hacia el exterior; es que tratamos de eventualidades instantáneas en mitad de un espacio asombroso ante cuya grandeza y maravilla apenas podemos postrarnos. Solo disfrutemos de la perspectiva. Dése un descanso, socio. Ya ve que es lícito quitarle dramatismo a las cosas, también a su propia vida. Haga *pulp*, lea *pulp*. De eso se trata. De darse un respiro. Un paso hacia afuera. No de una cochina etiqueta.

Las crónicas de los ángeles caídos

escrito por ÓSCAR TORRES GESTOSO

PRÓLOGO

En un futuro próximo...

La chica del calendario

Año 38 D. AC. (Después del Anticristo).

Planeó aturdido hacia la ciudad. Su vuelo errático casi lo acercaba al agua. Si no quería aterrizar allí y morir ahogado debería impulsarse hacia arriba. Con esfuerzo lo logró.

Consiguió alzarse y volar hasta llegar a tierra, pero el visor de su casco estaba tan sucio que no pudo ver el gran edificio que le salió al paso. Se giró y colisionó de espaldas contra un ventanal del segundo piso del Comerica Tower.

Del impacto, el cristal se hizo añicos, formando afilados fragmentos que se le ensartaron en las alas.

Las protecciones de kevlar del chaleco y el casco evitaron que el pecho y la cabeza corrieran la misma suerte.

Perdió el conocimiento y cayó contra el techo oxidado de un Mustang del 68 que estaba abandonado encima de la acera.

El casco voló por los aires.

Cuando recuperó el sentido, la sangre y la suciedad le empañaban los ojos. Se tomó unos largos minutos para reunir las fuerzas que le quedaban. Rodó sobre sí mismo y dio con sus huesos en la acera.

El espinazo le dolía intensamente. Sangraba abundantemente por una fea herida que se le había abierto a la altura del bazo, y las piernas le flaqueaban hasta el punto de casi no poder levantarse.

Del petate amarrado a su pecho sacó un kit de emergencias donde guardaba una dosis de morfina. La inyectó en el muslo.

El efecto fue inmediato.

El dolor del abdomen comenzó a remitir, pero no así la hemorragia.

Despacio se incorporó. El choque le había dejado las alas maltrechas, ya no podía volar.

Se desvistió quedándose sólo con una sudadera gris ajustada. En el lado del corazón se podía apreciar la zarpa de la hiena. El emblema de la Quinta legión.

Tiró a un lado los brazales de bronce de Comandante.

Sacó unas gasas y una venda y se taponó la herida. No le serviría de mucho pero contendría el sangrado por un tiempo.

Un pequeño reflejo en el cielo centró su atención. Algo se movía hacia él. A lo lejos pudo distinguir una forma alada.

Badariel.

Elemiah, aturdido, ordenó sus pensamientos. Tenía que escapar si quería seguir con vida. Volvió a colocarse el petate.

Arrastró los pies entre la nieve, en busca de un refugio, dejando un surco rojo en el suelo.

Ante él se abrían las calles devastadas de Detroit.

La gran detonación había borrado cualquier forma de vida. La ciudad vivía bajo un cielo gris. Era un colosal esqueleto radioactivo, que esperaba a que alguien le diera el golpe de gracia que lo borrara del mapa.

Elemiah aceleró cuanto pudo el paso, entre las filas de coches y los restos de esqueletos. El demonio estaba cerca, podía sentirlo.

La nieve comenzó a caer con fuerza.

Tras casi media hora de dolorosa caminata se paró jadeante frente a un *pub*. En su letrero aún se podía leer el nombre: Foran's. Se coló por la destrozada cristalera y avanzó entre las mesas, sillas y huesos, hasta la barra.

Miró detrás del mostrador.

El camarero, o mejor dicho, lo que quedaba de él, estaba tirado en el suelo. Su mano empuñaba una coctelera. El ángel saltó a duras penas por encima y se sentó junto a los restos.

No podía más. Los efectos de la morfina estaban empezando a pasar y la herida volvía a dolerle a ratos con pinchazos terribles. Tenía que descansar.

Asió la calavera del muerto y la sostuvo ante él.

—Pobre diablo, toda una vida trabajando para acabar así. Al menos estás mejor yo... ¿Qué es esto?

Vio asomarse un bulto entre los pantalones del cadáver. Era una cajetilla de cigarrillos junto con un encendedor.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido.

Dejó la calavera en un estante frente a él, junto a un anacrónico calendario erótico medio quemado. Sacó uno y lo encendió. Aspiró el humo lentamente, saboreándolo. Le supo a gloria y... tosió con fuerza.

—¿Sabes amigo? Si no te llega a matar la explosión lo habría hecho esto —dijo con los ojos llorosos.

Le dio otra calada y por un momento hasta la herida le dolía menos. De repente escuchó un sonido que provenía del exterior. Con el cigarrillo entre labios se asomó un poco para ver tras la barra.

Allí estaba Badariel.

Se había parado en frente de la cristalera. Rastreaba y olfateaba el aire. Plegó las alas draconianas y se arrodilló examinando las huellas en la nieve. Su traje militar negro y el chaleco antibalas ceñían una musculatura descomunal. Sus botas aplastaron un fémur, como si fuera barro, haciéndolo astillas. Tenía un pasamontañas negro por donde se podían distinguir sus ojos de serpiente.

Pese a llevar una Jericho de última generación en un costado, desenvainó la espada de filo de sierra que portaba a su espalda.

—Sé que estás dentro, pequeña hiena —la voz de Badariel retumbó como en una caverna.

Elemiah se volvió a sentar. La cosa se ponía fea. Desató el petate. Sacó un pequeño paquete del interior y lo escondió entre los huesos del muerto.

El dolor volvió como un latigazo. Apretó los dientes.

Vio una botella con restos de whisky y un vaso ennegrecido de la suciedad. Los cogió y se asomó lentamente. Apoyó todo en la barra. Dio una calada al cigarrillo.

—Creo que te has equivocado de local Badariel —se sirvió un trago y lo bebió sin respirar. Le ardió por dentro como si fuera fuego—. El bar de los capullos esta dos calles más abajo.

El demonio agarró con firmeza la empuñadura de la espada y entró en el establecimiento. Parecía sonreír bajo el pasamontañas.

—Mírate, estás en las últimas. Dámelo y evítate el sufrimiento —dijo.

La herida le palpitaba con fuerza. El ángel se sirvió otro trago. Este bajó más cálido.

—Si lo quieres, tendrás que venir a por él —le contestó.

Badariel avanzó lentamente. Los tablones crujían bajo sus pies, quería tomarse su tiempo. Los ojos le brillaban divertidos.

—Me gustaría ver la cara que pondrá el ángel negro cuando se entere de que su pequeño perro faldero ha fracasado —se mofó.

Elemiah se sirvió lo que quedaba hasta vaciar la botella. Le dio la última calada al cigarrillo y lo apagó dentro del vaso. Si este era el final, no le vería suplicar.

—Acaba de una vez —dijo apretando la mandíbula.

—¡Oh! Claro que sí, pequeño maricón alado. Pero antes te arrancaré los dientes y me la chuparás hasta que te den arcadas.

Alzó la punta de la espada a dos metros de él, dispuesto a atacar.

El ángel bajó una mano hasta la funda de su pierna. Le quitó el seguro a una granada de mano, estaba dispuesto a llevarse por delante a ese mal nacido aunque le costara la vida, con un movimiento rápido la tiró detrás del demonio.

La onda expansiva los lanzó contra la pared del mostrador.

Cuando Elemiah abrió los ojos. Los oídos le zumbaban. Estaba completamente lleno de polvo. Sintió un gran peso. El cuerpo muerto de Baradiel.

Con dificultad lo echó a un lado. No tenía espalda. Sus órganos lucían al descubierto. Gracias a la gran corpulencia del demonio, la detonación no lo había destrozado también a él.

Se arrastró lentamente y miró al exterior. El *pub* estaba completamente patas arriba. Había un cráter allí donde había explotado el artefacto.

Apoyó la espalda contra la pared. Los párpados le pesaban.

Sacó otro cigarrillo y lo encendió tembloroso.

Apreció que se estaba formando un pequeño charco sangre a sus pies. Vio su vientre empapado de rojo. La herida se había abierto. Se acurrucó en el suelo arrojándose entre las alas. Apartó unos cascotes y cogió el paquete. Lo aprisionó contra su regazo.

Entonces reparó en el calendario erótico que estaba junto a la calavera del camarero.

El año estaba quemado. Marcaba el mes de diciembre.

Tenía una fotografía. Una chica de grandes ojos verdes y de pelo rizo que sonreía desde una playa paradisíaca enseñando dos grandes pechos y dejando entrever un pubis depilado.

Se imaginó con ella bajo el sol de verano. Metiéndole mano, besándole los pezones y acariciándole el pelo.

Por unos momentos se olvidó de todo y dejó volar su imaginación.

En ese lugar sólo eran ella y él.

Nadie más.

PRIMERA PARTE: EL CAÍDO

Crónica 1

Milagro

8:19 Horas.

Erica salió del coche patrulla que le había acercado desde la comisaría 2301 de la calle Northwesty al Banco Rouen.

—Menuda se ha liado —masculló al ver la cantidad de gente que se aglutinaba delante suya:

El cuerpo de policía de Washington, miembros de los SWAT, agentes del FBI, la televisión, periodistas y cientos de curiosos que se agolpaban tras el cordón policial. Algunos sacando fotos y otros grabando con videocámaras.

Tanto caos casi logró que se le atragantara el café.

Fue directa a buscar al inspector Trully. Lo encontró dando órdenes para mantener a la multitud fuera de la zona acordonada.

—¡Enzo! —lo llamó entre el ruido.

—¡Jefa! —la saludó con una mano.

Erica le hizo una señal con la cabeza para que la acompañara a un sitio más tranquilo.

Se fijó en tres helicópteros que sobrevolaban el edificio, dos de la policía y uno de un canal de televisión. Seguidamente dirigió la vista al escaparate de una tienda de electrodomésticos que hacía esquina a unos diez metros de la cinta policial. Los televisores expuestos reproducían toda la escena.

—¿Cómo están las cosas? —apoyó el café en el techo de un coche.

Un policía le acercó un chaleco. Se lo vistió y se colgó la placa al cuello.

—Mal —contestó Enzo con su característico acento italoamericano— Los datos que nos filtran los federales hablan de un palestino muy cabreado que amenaza con hacer volar el banco por los aires. Parece que aún no han entrado en contacto con él. Sin embargo no creen que vaya de farol.

—¿Rehenes?

—Veinte personas; cuatro niños, cinco mujeres, una de ellas embarazada, dos hombres, siete empleados de la sucursal y dos miembros de la seguridad, uno puede que muerto o herido grave en un tiroteo inicial.

—Ok —Erica se recogió el pelo en una coleta. Pese a estar al borde de la cuarentena su porte seguía siendo juvenil. Vio un grupo de personas a unos metros de donde estaban ellos. Dos hombres trajeados y robustos, charlaban con otro más menudo, de aspecto anodino.

No pudo evitar torcer el gesto.

—Dime, Enzo, ¿qué hace la CIA por aquí?

Enzo miró a los hombres.

—¿Los dos armarios vestidos de negro?

—No. Fijate en el pequeño con la gabardina gris. Apesta a CIA.

Enzo se encogió de hombros.

—Ni idea. Puede que estén a bofetadas con el FBI por ver quién tiene la competencia en este caso. Quién sabe...

—La CIA metiendo las narices... mal asunto —se dijo. Le dio un sorbo al café.

—Jefa no sé cómo puede tomar el café de la comisaría. Es... químico. No es sano.

Erica se lo acabó de un trago y sonrió.

—Pues a mí me gusta —contestó. Arrugó el vaso y lo guardó dentro de un bolsillo de su chaleco.

Se acercó un tipo vestido con un impecable traje oscuro. Lucía una placa del FBI en el cinturón. Era joven, de unos treinta y tantos. Atlético y

bien parecido. Más que un agente federal, parecía un modelo posando como tal. Le tendió la mano.

—¿Comisaria Paine?

Erica se la estrechó.

—Agente especial encargado Darrell —se presentó—, nosotros nos hacemos cargo de la operación.

—Ya sabe que si les podemos servir de ayuda en algo... —dijo.

—Sí, comisaria —señaló a la multitud a su alrededor—. La gente. Deberíamos desalojar esta calle. Cabe la posibilidad de que el libanés que tenemos ahí dentro lleve a cabo su amenaza y lo vuele todo por los aires. No queríamos que ningún civil resultara herido.

—Como diga. ¿Algo más?

—Umm... No. Nada más —se dio la vuelta para irse pero se frenó a medio camino—. ¡Ah! Si quiere, está invitada a venir al puesto de mando. Cualquier idea que nos aporte nos sería de ayuda. ¿Ve el furgón azul detrás de esos coches patrulla? Estamos allí.

—Ok, gracias.

El inspector Darrell sacó un Walkie del interior de su americana y se alejó dando órdenes.

—¿Libanés? —preguntó mirando a Enzo.

—Libanés, palestino, iraquí... ¡Yo qué sé! Me parecen todos iguales.

Erica se abrochó el chaleco.

—Vale. Ordena a los muchachos que despejen la zona. No quiero a nadie en dos calles a la redonda. Sobre todo a la prensa y a la televisión. Que esto no se convierta en un circo mediático.

—Ok, jefa, pero sabes que protestarán.

—Da igual. Los quiero fuera de aquí en unos minutos.

Trully se movió rápido.

Erica volvió a mirar al banco. Parecía una isla desierta bañada por un mar de gente.

—Libanés, palestino, iraquí... Serás racista, jodido espagueti —sonrió.

8:19 Horas.

—Por favor, deje que se vaya, algo va mal, está perdiendo mucha sangre —le solicitó un miembro de seguridad del banco.

La mujer no podía contener el llanto ni los gritos de dolor. Estaba pálida como un cadáver. Había roto aguas en el momento de ser secuestrados. Debajo del vestido una mancha roja le ensuciaba las piernas y el suelo. El terrorista los miró con sus profundos ojos negros.

Los rehenes estaban agrupados contra el mostrador. De rodillas, con las palmas de las manos tocando el suelo de mármol blanco.

Unos metros más allá yacía tirado el otro miembro de seguridad, muerto de un tiro en el estómago. Ése había sido el primer y único intento de resistencia por parte de los presentes.

—Yo estudio enfermería, puedo asistirle —se ofreció uno de ellos. El terrorista lo analizó atentamente. Era muy joven. Tenía la cara picada de granos y un aparato dental. Debería estar en el primer ciclo. Abrió su abrigo y enseñó un lote de explosivos enganchados al pecho.

—Si intentas algo raro volaremos por los aires.

El chico asintió tragando saliva y ayudó a ponerse en pie a la parturienta. Con dificultad la llevó a unos metros de donde estaban.

—Esto está mal hermano. El Islam es el camino al amor, no al asesinato. Deja que nos vayamos. Esto no conduce a ninguna parte —dijo una

mujer madura de color. Vestía una túnica de colores llamativos y tenía el pelo tapado con un *hiyab*.

El terrorista la miró sorprendido. Se acercó a ella y se agachó hasta tenerla en frente.

—¿Y a ti quién te ha dicho que yo soy musulmán? —preguntó curioso. La mujer no respondió. Estaba aterrorizada.

—Tú Dios no me puede guiar... en mi camino... —con un gesto abarcó a los demás rehenes—. Ninguno de sus dioses podrían hacerlo. No sabrían. El *Imalah* es la única forma de llegar al final. Sólo Él conoce la senda.

—¿*Imalah*? —susurró extrañada—. Int...

El hombre le cubrió con suavidad la boca con la palma de la mano.

—Sshh... Eso sólo es una palabra más y Él es el único que sabe su verdadero significado.

Le acarició la temblorosa mejilla. La tranquilidad que irradiaba era peor que el desquicie de cualquier loco. Todos estaban desconcertados.

Poco a poco, la mujer dejó de tiritar, inundada de una extraña paz.

El terrorista se levantó pausadamente:

—Y ahora esperaremos. Sabed que aún puede haber perdón para todos nosotros.

Se fue hasta la ventana más próxima. Desenfundó una pequeña pistola que tenía guardada a la altura del tobillo, le sacó el seguro y la armó.

Miró por una rendija del estor metálico que cubría el ventanal.

El alboroto del exterior le hizo sonreír.

Cada vez había más gente.

8:40 Horas

Erica se dirigió al puesto de mando. Cuando entró en el furgón todos la miraron interrumpiendo la conversación. Levantó una mano disculpándose.

El agente Darrell salió rápidamente al paso:

—Caballeros, la Comisaria Erica Paine de la 2301. Estos son el Capitán Robinson de la unidad especial SWAT, nuestro negociador el Inspector Scout...

—Hola chicos —los saludó con naturalidad.

—Hola Erica —dijeron ambos al unísono.

—¿Se conocen? —preguntó Darrell desconcertado.

—De otros casos —Erica le restó importancia.

—¡Oh claro! Discúlpeme, debí suponerlo. Bueno, supongo que al señor Abraham Staham no lo conoce.

Erica le tendió la mano con una sonrisa.

—No, no tengo el placer de conocer al señor Staham —dijo.

—Buenas —se presentó el hombre de gabardina gris—. Consejo nacional de seguridad. Estoy aquí en una misión especial interagencias.

—Encantada.

—He invitado a la comisaria por si nos puede aportar alguna idea sobre asunto que tenemos entre manos —continuó Darrel. Todos asintieron—. Bien, prosigamos. ¿Qué nos decía Capitán Robinson?

Erica reuló disimuladamente. Sabía que la invitación era sólo una mera cuestión formal. Su papel en el furgón se limitaría a escuchar y callar.

Robinson Carraspeó:

—Hemos colado a través de los conductos de ventilación dos cámaras. Aquí y aquí —señaló dos puntos del plano extendido en la mesa central—. Nos confirman un muerto. Tenemos tomado el segundo piso y calculo que si entramos, en el peor de los casos tendremos entre una y tres bajas civiles... eso claro, si ese mal nacido no pulsa antes el detonador... entonces, será una carnicería.

—Lo pulsará —sentenció el negociador—. Hemos intentado entrar en contacto pero se niega a establecer cualquier tipo de comunicación. Según el perfil psicológico que hemos podido realizar ese tipo no quiere nada. Sólo está esperando. Parece querer reclamar la atención de los medios... Sea lo que sea, estamos seguros de que va a hacerlo. Proponemos entrar con todo lo que tengamos.

Todos se quedaron callados.

Staham arrojó un dossier encima del papel.

—Su nombre es Ayman Farah. Nació en el Líbano. Soltero. Treinta y nueve años. Profesor de Historia libanesa en la universidad de Beirut. Llevaba tres años invitado por UCLA, trabajando en un doctorado sobre la influencia del capitalismo en la cultura árabe. Se costeaba parte de sus estudios impartiendo clases en el campus sobre cultura musulmana. Con ese perfil, evidentemente, la agencia lo siguió durante un tiempo. Parecía estar limpio... o al menos hasta hace un mes.

El agente Darrell recogió el dossier. Leyó en voz alta:

—Desapareció sin dejar rastro —hizo una pausa—. Aquí dice que su última llamada registrada fue desde una cabina de la universidad a un número de Londres, a un tal Ankhil Kaidu, co-propietario de un locutorio en Nothing Hill que días más tarde también se esfumó.

—Así es —confirmó Staham—. En la agencia al principio no sospechamos que las dos desapariciones podían estar relacionadas con el terrorismo islámico, hasta que indagamos en el círculo familiar de Ankhil y nos topamos con un primo suyo. Alfath Nour...

Staham sacó una foto de su bolsillo y la depositó en la mesa. En ella se veía el cuerpo de un hombre abatido a disparos en el suelo:

—... Miembro destacado de Kaminu Iranti. Una pequeña organización político-religiosa escindida en los años noventa de Hezbolá. No es mediática pues sus miembros no sobrepasan la centena. Sus principales objetivos son miembros de la Falange Libanesa, Israel y sus aliados internacionales. Hace dos meses, coincidiendo con el macabro aniversario de la masacre de Sabra y Chatila, Kaminu Iranti planeaba un atentado en Acre. Alfath, cabeza visible de la célula terrorista, fue abatido por el Mossad en un operación relámpago coordinada con la propia agencia. Esa gente no se anda con medias tintas. Tenemos pruebas suficientes en el dossier que vinculan a Ayman y Ankil con Kaminu Iranti. —El silencio volvió al furgón—. Coincido con el Inspector Sout en que llevará a cabo su amenaza y lo volará todo por los aires. Nosotros proponemos entrar y eliminarlo.

El dossier pasó de mano en mano hasta Erica, quien, amablemente, lo rechazó. Darrell observaba cada línea dibujada en el plano del banco.

—Entonces háganlo —tenía la boca seca. Sabía lo que esa orden podía acarrear—. Capitán Robinson, ponga a sus hombres en posición y eliminen a ese cabrón. Que haya las menos bajas posibles.

—¡De acuerdo! —el capitán salió del furgón dando voces a sus hombres—. ¡Vamos chicos! ¡En marcha! ¡Luz verde! ¡Luz verde!

Erica suspiró. La situación era peor de lo que se esperaba. El inspector Scout y el agente Staham también abandonaron la furgoneta.

Darrell aún no había levantado la vista de la mesa.

—Paine, ¿sus hombres han limpiado la zona?

—Están ahora mismo con eso.

—Bien. Esto no se nos puede escap...

Se oyó un tremendo ruido fuera.

8:40 Horas

Ayman sacó una pequeña nota del bolsillo interior de su gabardina.
Lo abrió. La leyó en voz baja.
Sólo para él.

*Los veinte mártires vendrán,
a la llamada del hombre de fuego.*

*La doncella guerrera,
en su seno los acogerá.*

*Con un llanto despertará,
y al mundo traerá: La sed y el hambre.*

En el exterior comenzó a haber movimiento. El bullicio creció repentinamente.

Arrugó el papel y echó un vistazo. Lo que vio no le gustó nada.

La televisión y los curiosos se estaban marchando. La policía parecía dispersarlos.

—Muy mal. Muy mal —murmuró—. Todos deben verlo. No os vayáis.

Inquieto, comenzó a caminar nervioso por la habitación. “¿Por qué se van? Aún no es la hora. No he recibido la señal. ¿Qué hago?”

Los rehenes lo miraron extrañados. Era la primera vez que lo notaban tenso.

Ayman se acercó a ellos y abrió el abrigo enseñándoles los explosivos.

Los niños se abrazaron a los mayores con miedo.

—Hoy es un gran día. ¡Juntos seguiremos la senda del Imalah! —dijo con una sonrisa forzada en la cara.

Un tipo de pelo largo que estaba arrodillado a un metro de él intentó abalanzarse para inmovilizarlo.

Ayman en un rápido movimiento le voló la tapa de los sesos esparciéndolos por el suelo.

Apuntó a los demás.

Todos se quedaron en silencio.

En la estancia sólo se escuchaban los gritos de la parturienta. El muchacho que la asistía se había levantado al escuchar el disparo.

—En la otra vida nos ganaremos el perdón —dijo Ayman antes de que todo estallara por los aires.

9:00 Horas.

Tras la explosión, los equipos de emergencia, se desplazaron al interior del banco. El horror que contemplaron dejó claro que allí no había sobrevivido nadie.

Erica avanzó entre los cascotes, pese a que una ligera nube de polvo le nublabla la vista.

Esparcidos por el suelo, pudo llegar a distinguir los miembros de los rehenes entremezclados con cemento. Las paredes hasta el techo estaban manchadas con su sangre.

La comisaria se tapó la boca con un pañuelo para no vomitar. Por una extraña razón, lo que quedaba de algunos de ellos se había apilado en una esquina del hall.

El mutismo de los presentes era total.

Hasta que un llanto rompió el silencio.

Todos se pusieron alerta ante la posibilidad de que alguien hubiese sobrevivido a esa tragedia. Erica trató de intuir de dónde procedía el sonido. Estaba cerca de su posición... cerca del mostrador.

Se acercó corriendo, y empezó a retirar los cascotes.

El llanto se hizo cada vez más audible.

Enterrada bajo los escombros yacía una mujer. Estaba completamente desfigurada, y entre sus piernas, protegido del cemento, se encontró con un bebé.

Era un recién nacido.

Ni ella, ni nadie de los que se acercaron podían creérselo.

Estaban estupefactos.

Erica lo cogió con cuidado entre los brazos. Lo envolvió en su chaleco.

El niño dejó de llorar y la miró con sus grandes ojos negros.

—Eres un milagro —susurró entre lágrimas sin poder contener la emoción.

Óscar Torres Gestoso es un relatista de Vigo. Influido por Tolkien, GRR Martin, Robert Jordan, Weiss y Hickman —aunque le gustaría verse reflejado en Neil Gaiman— ha publicado en la web Somos Leyenda, y el blog De Vigo a Detroit. Es miembro de Sevilla Escribe y de Los zombis no saben leer. Además adora las películas de Carpenter, Robert Zemeckis, Burton y Romero.

El exterminador

escrito por ISAAC GONZÁLEZ TENREIRO

Cuando Alberto Bouzas recibió la llamada de la señora Freire, con una rapidez profesional se cambió de ropa y se dispuso a cumplir con su trabajo. A sus cerca de sesenta años, hacía más de treinta que cumplía con eficacia su oficio de exterminador de toda clase de plagas, aunque él disfrutaba especialmente acabando con las ratas. Siempre había aborrecido aquellos roedores, y el hecho de acabar con la vida de una de esas asquerosas criaturas le llenaba de un cruel y morboso gozo. Alberto cogió las llaves de su vieja y destartada furgoneta Volkswagen y salió de su piso.

Marta Freire Muñoz vivía a las afueras de la ciudad, no muy lejos de la playa de Doniños. Su casa era una de aquellas viejas construcciones que todavía se pueden ver en algunas aldeas y en las afueras de pocas villas. Hasta allí condujo su vehículo Alberto, en un viaje de unos cuarenta y cinco minutos. En aquellos días, Ferrol estaba insoportable con tanta obra y cambio de sentido.

Aparcó frente a la entreabierta verja que daba acceso a la finca y salió de la furgoneta. Frente a él, detrás del oxidado portal, había un pedregoso camino que serpenteaba hasta la entrada de la casa. Abrió el maletero de la Volkswagen y cogió de su interior una mochila que se puso a la espalda. También se colocó una riñonera en la cintura. Después cerró el maletero y recorrió el camino hasta la puerta de la casa. Como no vio ningún timbre ni pulsador, no tuvo más remedio que golpear la puerta con los nudillos. Al cabo de un rato, oyó una cascada voz femenina que procedía del interior. La puerta se abrió hacia dentro y se encontró cara a cara con una anciana de unos noventa años.

—¿Sí? —preguntó con una voz estridente que no le gustó nada.

—Soy Alberto Bouzas, el exterminador —respondió Alberto—. Usted me ha llamado hace unos cuarenta y cinco minutos.

—Sí, es cierto —respondió la señora Freire—. Lo cierto es que tengo un problema gordo, en el sótano. Pase, por favor.

El interior de la casa era tan viejo como el exterior. En una esquina, un viejo televisor en blanco y negro emitía *La ruleta de la fortuna*. Un poco más cerca de la entrada había una apolillada mesa sobre la que descansaba un anticuado teléfono negro de rosca y una de esas radios de madera que tanto gustan a los coleccionistas. Bouzas observó estos detalles con interés y después giró la cabeza hacia la anciana.

—Bueno, usted dirá —dijo—. ¿Cuál es el problema?

—Ratas —respondió Marta—. Ratas en el sótano. Y por el ruido que hacen, parecen grandes.

—No hay rata lo suficientemente grande para mí —aseguró Alberto, esbozando una sonrisa confiada—. Le aseguro que esto no me llevará mucho tiempo.

—No se confíe tanto —replicó Marta—. Ese sótano es muy grande. Mi marido, que en paz descansa, amplió el sótano con un túnel que llega casi hasta la playa. Quizá tenga que caminar mucho, ¿no quiere que le prepare algo? Puedo hacerle unos bocadillos...

—No se moleste, señora. Si hay que andar, se andará, pero le aseguro que hoy acabaré con esas ratas. Me gustaría empezar cuanto antes. ¿Puede conducirme hasta la entrada del sótano?

La vieja asintió con la cabeza y guió al exterminador hasta unas descendentes escaleras que acababan en una descolorida puerta roja, o que al menos parecía que una vez había sido roja. La anciana bajó con cuidado los peldaños y sacó un manojo de llaves de uno de los bolsillos del mandilón que llevaba. Juguetó un rato con ellas hasta que escogió una especialmente grande. La introdujo en la cerradura de la puerta y la giró. Un sonido metálico curiosamente intenso indicó que estaba abierta. La señora Freire empujó la puerta y accionó un interruptor que había en la pared izquierda de la nueva sala. La luz del sótano se encendió al instante, mostrando su interior, hasta aquel momento oculto. Alberto se acercó y miró hacia dentro. Era un típico sótano. Había estado en varios como aquél en numerosas ocasiones. Lo que más le llamó la atención fue un pasillo que estaba al fondo.

—Bueno, señora —dijo dirigiéndose a Marta—. Esto ya es cosa mía. Usted vuelva junto a su programa, que yo me ocupo de esto y lo arreglo en un periquete.

—Como quiera —replicó la señora Freire—, pero haga el favor de tener cuidado. El último tramo del sótano está bastante oscuro. Mi difunto marido no llegó a instalar bombillas en esa parte.

Alberto miró cómo la anciana subía las escaleras y luego entró en el sótano, cerrando la puerta tras de sí. Lo primero que le llamó la atención fue la cantidad de polvo que había en el lugar. Daba la impresión de que hacía siglos que no limpiaban allí. Había tanto polvo que se vio obligado a ponerse una mascarilla. Después paseó un poco por el lugar, examinando especialmente el suelo. Por fin, encontró lo que andaba buscando desde un principio. Se agachó y cogió algo del polvoriento suelo. Parecía una pequeña viruta de chocolate, pero no lo era. Alberto sabía perfectamente qué era eso. Excremento de rata.

Siguió caminando en círculos, tratando de encontrar un rastro o una pista que le condujera a la madriguera de los animales. Sospechaba que era una plaga numerosa, pues la señora Freire había dicho que hacían mucho ruido, y eso podía darle más bien una idea de la cantidad, y no del tamaño.

Tuvo suerte. Había tal cantidad de polvo que las huellas de las diminutas patas eran perfectamente visibles. Siguió el rastro y durante un rato estuvo dando vueltas hasta que descubrió varias huellas que seguían una misma dirección. Fue entonces cuando descubrió que el rastro se dirigía al túnel. El exterminador resopló. No le apetecía internarse en aquel pasillo, pero el deber era el deber.

En esa parte del sótano había más polvo que en el resto del lugar, haciéndose más clara la pista de las ratas. Caminó durante un buen rato, inspeccionando las paredes. No había rastro de lo que pudiera parecer una madriguera. Al cabo de media hora, vio la primera rata muerta. Se agachó para examinarla mejor, con una rodilla en el suelo. Estaba completamente destrozada. Sus ojos muertos estaban abiertos, mirando a ninguna parte. La boca, abierta y llena de sangre, parecía estar soltando un último y estremecedor chillido. Tenía el abdomen abierto, y de éste brotaban sus intestinos desgarrados. Le faltaba una pata delantera y un trozo de una de las traseras. La cola estaba intacta.

Alberto se levantó asqueado y continuó andando. Quizá aquella rata había sido atacada por sus hambrientas compañeras. Aquellas cosas solían pasar. Entonces, mientras pensaba en esto, se encontró con otro cadáver, pero en peor estado que el anterior. A esa rata le habían arrancado la cabeza, y parecía que de un sólo mordisco. Era posible que la señora Freire tuviera un gato. Se lo tendría que preguntar más adelante.

Caminó durante un rato más, hasta que las bombillas que colgaban del techo quedaron atrás. Durante todo el transcurso del camino se encontró con más ratas muertas, todas ellas destrozadas. Como el túnel había comenzado a oscurecerse, sacó una linterna de su riñonera y alumbró las húmedas paredes. Hacía un rato que había empezado a oír ruidos en ellas, como de garras arañando. El ruido se hacía más fuerte conforme iba avanzando. Eso significaba que se estaba acercando a la madriguera.

El ruido era ensordecedor, no le extrañaba que a la señora Freire se le hubiese ocurrido pensar que era producido por ratas especialmente grandes. Pero eso no preocupaba al exterminador. Muy pronto acabaría con sus odiosos chillidos, no importaba cuántas fueran. Fue entonces cuando llegó a un punto de la pared donde el sonido era sustancialmente fuerte. Golpeó la fría roca con los nudillos y escuchó un ruido hueco. Se encontró con que a ras de suelo había una pequeña abertura. Se agachó y escudriñó en su interior, pero estaba demasiado oscuro. Como pudo, alumbró con la linterna el interior de la pared y quedó impresionado y asqueado con una visión que no se esperaba. El habitáculo al que daba acceso la pequeña grieta estaba completamente infestado de ratas. Miles de especímenes se agolpaban unos sobre otros, y se estremecían ante la luz de la linterna.

Alberto se recuperó de la impresión inicial y se puso manos a la obra. El número de ratas era muy superior al que había imaginado, pero eso no era problema para él. Agarró la mochila que portaba y la apoyó sobre el suelo. Corrió cuidadosamente la cremallera y extrajo un curioso artefacto. Parecía una pequeña bomba que funcionaba con gasolina. Conectado a la máquina, un largo tubo grisáceo se retorció en el suelo. También cogió de la mochila una botella de plástico verde que tenía en el centro una etiqueta con una gran "X" impresa. Sacó con cuidado el tapón de la botella y vertió un poco del líquido que contenía en un depósito del artefacto. Después de cerrarla, volvió a guardarla y procedió a introducir el tubo en la abertura de la pared. Conectó la bomba al segundo intento. El líquido empezó a calentarse y a producir un gas verdoso, que salió disparado por el tubo hacia el interior de la madriguera. El exterminador esperó diez minutos, con la máquina bombeando, y la apagó. Cuando volvió a mirar hacia el habitáculo, todavía quedaban restos del gas. Vio el mismo número de ratas que antes, pero ya no se movían ni chillaban. Las pocas que quedaban con vida se arrastraban temblorosas y delirantes, y era evidente que pronto morirían.

Alberto guardó la máquina y caminó de regreso a la casa. Alguien tenía que ocuparse de tirar la pared y recoger los cadáveres, pero no iba a ser él. Él había cumplido con su obligación. Fue entonces cuando oyó el ruido. Era un sonido como el que había escuchado en la otra madriguera, aunque algo más suave. Eso significaba que había otro escondrijo. El exterminador se volvió para internarse aún más en el túnel y buscar la otra guarida, pero frenó en seco. A unos cien metros, la luz de su linterna iluminó la enorme silueta de un animal. Ocupaba todo el ancho del pasillo, y lo miraba con viciosos ojos rojos. Alberto retrocedió dos pasos, y la criatura avanzó tres más. Con un terrorífico chillido, el animal empezó a correr hacia el exterminador, y éste dio media vuelta e inició la huida. Corrió con todas sus fuerzas, pero podía sentir que la bestia estaba cada vez más cerca. Cuando dejó atrás los primeros cadáveres de ratas, echó una mirada hacia atrás y vio que el animal se detenía a devorar alguno de ellos. No sin esfuerzo, llegó a la parte iluminada del túnel, así que se deshizo de la linterna y volvió la cabeza. Ya no podía ver al animal que le perseguía.

El exterminador salió del túnel y cayó al suelo, agotado. Se quedó de rodillas y se apoyó con las manos, recuperando el aliento. Un momento después, se incorporó. A pesar de que aquel extraño animal parecía que ya no le seguía, todavía estaba en peligro, y lo estaría mientras permaneciese en el sótano. Se abalanzó sobre la puerta y trató de abrirla, pero para su sorpresa, estaba cerrada con llave. Aporreó como un loco la madera, hasta que una voz del otro lado de la puerta le habló. Era la señora Freire.

—¿Ha terminado, señor Bouzas? —dijo con un tono de voz pausado y sereno.

—¿Por qué ha cerrado la puerta? —replicó furioso el exterminador, ignorando la pregunta—. ¿Está loca? ¿Tiene idea de lo que hay aquí abajo?

—Sí, la tengo —respondió Marta—. Y por eso mismo he cerrado. No podrá salir de ahí hasta que haya acabado con las ratas, y me refiero a esas grandes que parece que acaba de conocer.

—¿Qué? —exclamó Alberto—. ¿Ese animal tan grande que me ha atacado era una rata? ¡No es posible!

Transcurrió un silencioso y angustioso minuto antes de que la señora Freire volviese a hablar.

—Escuche, señor Bouzas —dijo—. No es usted el primer exterminador que contrato, pero todos se comportan de la misma forma. Acaban con las ratas comunes, pero cuando se encuentran con esas dos grandes, huyen de mi sótano para no volver más.

—¿Cómo dice? —dijo Alberto—. ¿Quiere decir que hay dos grandes?

—Eso es lo que me han dicho los otros —respondió Marta—. Ahora no me interrumpa y escuche. No pienso permitir que otro exterminador se marche sin solucionar el verdadero problema. Así que no abriré la puerta hasta que no acabe con esas dos ratas.

Alberto chilló como un loco y exigió a la anciana que le abriese la puerta, pero la única respuesta que recibió fue el ruido del televisor a todo volumen. Se volvió y miró hacia la entrada, aterrorizado. Estaba encerrado con dos voraces ratas gigantes, se merecía más que los veinte euros que le iban a pagar.

Estudió con atención el interior del sótano, buscando algo que le pudiese ayudar. En una esquina había una manguera enchufada a un grifo, y eso le dio una idea. Miró por un enchufe en las paredes, y no tardó en encontrarlo. Lo que ahora precisaba era una alargadera, y la localizó en uno de los estantes. Con un cuchillo que llevaba en la mochila, cortó uno de los extremos del cable y el otro lo enchufó en la clavija eléctrica. El próximo paso fue mojar con la manguera el suelo que se extendía ante él, hasta que se formó un gran charco. Entonces, se recostó contra una pared y esperó.

Unas tres horas más tarde, empezó a distinguir el sonido de las garras arañando, y sabía que algo se estaba acercando. Contuvo el aliento, expectante, mientras el ruido se hacía cada vez más fuerte. Agarró con fuerza el cable y miró el inmenso charco que había delante de él. Sabía que sólo tenía una posibilidad para salir con vida de aquella situación y, ¡maldita sea!, la aprovecharía.

Poco a poco, le fue llegando el sonido de una respiración jadeante y furiosa, y asíó con más fuerza el cable. Del túnel surgió una enorme mole de pelo grisáceo. Su hocico rastreaba con nerviosismo el aire, mientras emitía pequeños chillidos. Era la rata más grande que había visto en su vida, mucho más grande que cualquier perro que conociera. Se detuvo ante el charco y miró directamente al exterminador. Alberto estaba tan asustado que casi había dejado caer el cable, pero se repuso en seguida y aguardó. En el

momento en que la rata se internó en el agua, el exterminador soltó el cable, cuyo cobre se hundió en el charco. El agua actuó como transmisor de la electricidad y traspasó el cuerpo de la rata. La corriente empezó a recorrer el cuerpo del animal, haciéndolo temblar con violentas sacudidas. El pelo del roedor ardió, y un humo negro comenzó a salir por sus orejas, boca y fosas nasales. Tal como Alberto se había imaginado, el sistema eléctrico estaba tan anticuado como el resto de la casa, y por eso no saltaban los plomos. Cuando quitó el enchufe, la rata cayó al suelo sin vida, de lado y todavía en llamas.

El exterminador lanzó un grito de júbilo. Ya había logrado acabar con una, y sospechaba que la otra no tardaría en tener el mismo final. Su alegría cesó cuando otro enorme animal llegó a través del túnel. Tenía una espesa mata de pelo negro, y le observaba con unos ojos tan rojos como los de la otra rata. Alberto se acercó al enchufe, cogió el cable y gritó a la bestia.

—¡Venga, acércate, hija de puta! ¡Tengo un regalito para ti!

Pero el animal no se acercó. Desplegó dos grandes alas membranosas, negras como la noche, e inició el vuelo por encima del charco. Mientras el monstruo se abalanzaba sobre él, Alberto se sorprendió pensando en una vieja adivinanza de su juventud: “¿Cuál es el único animal cuyo nombre contiene las cinco vocales?”

Isaac González Tenreiro es un relatista de Ferrol. Influido por Tolkien y Stephen King ha publicado en las webs OcioZero, NGC 3660 y Horror Hispano. Dos de sus relatos fueron finalistas en el II Certamen Monstruos de la Razón. Se declara seguidor de Isaac Asimov, Michael Crichton y Arthur C. Clarke.

Babayaga escrito por ANA MORÁN INFIESTA

El cine fantástico italiano, en su vertiente más clásica (1963-1977¹), dio lugar a un abigarrado batiburrillo de películas y a una mezcolanza singular de creadores. Junto a artistas del bis y la copia burda, como Joe D'Amato, coexistieron verdaderos renovadores del género. Unos pocos, como el genial Mario Bava, alcanzaron el triunfo y un lugar de honor en la Historia del género. Otros, se quemaron tras encontrarse con la ignorancia del público y la interferencia de los estudios. Corrado Farina fue uno de ellos. Ya en su primera obra, *Hanno Cambiato Faccia*, ofreció un maridaje único al crear la única obra de “terror político” de la historia del cine italiano (donde es y era habitual el maridaje de Ciencia Ficción y Política), con una obra que ofrece una de las últimas visiones rompedoras del hoy edulcorado personaje del vampiro y que no rehúye la aplicación de estimulantes pinceladas de humor durante metraje, para crear una obra que hoy sigue percibiéndose como moderna.

En *Baba Yaga* dio un giro a su carrera para adentrarse en la vertiente más psicodélica de la ciencia ficción, con la traslación a la gran pantalla de una de las aventuras de Valentina, personaje creado por el dibujante milanés Guido Crepax, debidamente aligerada de parte del erotismo que impregnaba los cómics, en aras de contentar a la censura. Debido a esos condicionantes, el resultado en el momento de su estreno fue una obra que no terminó de contentar a nadie: demasiado frívola para unos, casta para otros, con desnudos inadmisibles para la censura... La película fracasó en taquilla, lo que unido a los tijeos que el estudio realizó a petición de la “innombrable”, con vistas a eliminar los citados desnudos, animó al director a dejar el cine, a favor de una exitosa trayectoria como publicista y novelista.

Sin embargo, desde una perspectiva libre de prejuicios, la película no sólo se erige como una obra de una calidad más que notable, sino que resulta además adelantada a su tiempo. Así, muchos años antes de *Sin City*, el director transalpino intenta crear un efecto de “viñeta de cómic en movimiento” en algunos momentos de la historia, mediante un artesanal sistema basado en la “stop motion”; entre ellos se incluye una escena en la que la protagonista se masturba, y que pasó desapercibida a los impresionables censores. Merece la pena, también, destacar la habilidad del director para retratar el ambiente “pre-gafapasta” en que se mueve la protagonista, sin que la estética se vea hoy obsoleta o rancia, al contrario que sucede con en muchos films enclavados en épocas muy marcadas estéticamente.

Poco más me queda por decir, salvo recomendar el visionado de esta obra con la mente libre de prejuicios y realizar un último apunte: hoy en día es posible localizar copias, al menos en su versión original italiana, con las escenas suprimidas (a más saber, dos desnudos frontales, uno de la protagonista y otro de madurita, pero todavía potente, Carroll Baker).

Sinopsis: Una joven fotógrafa se ve sometida al acoso de una peculiar bruja moderna.

Dirección: Corrado Farina.

Guión: Corrado Farina. (Cómico Baba Yaga de Guido Crepax).

Intérpretes: Isabelle de Funès (Valentina Rosselli), Mario M. Giorgetti, Carroll Baker (Baba Yaga), George Eastman (Arno Treves), Ely Galeani (Annette), Angela Covello (Toni), Daniela Balzaretta, Corrado Farina...

Nacionalidad y año: Italia-Francia, 1973

Duración y datos técnicos: 91 minutos, color.

¹ Años de estreno de *Las Tres Caras del Miedo* (*I tre volte della paura*) y *Shock*, respectivamente, ambas de Mario Bava.

Colibrí
escrito por IGNACIO CID HERMOSO

La puerta se abre y las escaleras escupen dos niños repletos de verdad, que salen al encuentro de un cielo demasiado dulce para estas alturas del año, recibéndolos en su palacio con la indiferencia azul del fin del verano. Aún así, no puede evitar echarles una mirada de reojo, para comprobar que aquellos dos pimpines no vayan a robarle más que unos cuantos de esos rayos de sol que ya sólo le quedan por compromiso con los dueños de las piscinas. Qué diablos harán en esta azotea sin la supervisión de un adulto, se pregunta, pero en realidad le importan lo mismo que un pimiento...

—Te tiras tú primero, que seguro que yo no sé volar tan bien como tú.

—Una mierda. Nos tiramos los dos a la vez o si no nada.

—Como quieras —grita el aire, mientras las nubes se atusan el pelo con la brisa engarzada que forman todas las palabras inútiles que se han pronunciado aquel día. Algodonadas, algodónadas, se agolpan en torno a la azotea para ver a dos niños volar. Dos niños vestidos con la urgencia del aburrimiento y sin gota de dinero en los bolsillos.

—Bueno, pues lo echamos a los chinos.

—No sé qué es eso.

—Pues como los japoneses pero más delgados.

Una multitud de hienas con traje de ejecutivo se apelotonan ahí abajo, como las nubes, pero sin peinar, pues no podemos comparar nuestra coquetería con el glamour celestial de un puñado de cumulonimbos. Unos gritan vítores, otros se empujan para ver mejor, hablan por el móvil, graban la escena y se alejan patinando.

Pero eso no es todo, la acción no se reduce a esa pareja de niños sin futuro, sino que va más allá y salpica a un matrimonio que discute, ajeno al buen día que se ha quedado. Ella está ataviada con un camisón que transparenta sus senos, aún jóvenes y con sabor a caramelo. Dulce néctar de las horas vagas que les quedan por delante. Él apenas se acuerda de que es padre y viste sin pereza una camiseta a rayas azules.

—¿Por qué no follamos? —dice el hombre a rayas.

—Porque nos puede ver el niño —contesta la mujer de los pezones de caramelo.

—Si no está. Se ha ido con su amigo.

—¿Qué amigo?

—Ese que es un poco bizco.

Ese que es un poco bizco se acerca entonces al hijo que fue amamantado por unas tetas dulces y durmió acunado en el regazo almidonado de una camiseta a rayas, y le dice:

—Con toda esa gente mirando me da vergüenza tirarme yo primero.

—Pero si volarás como un colibrí, no seas tonto, les dejarás “alunizados”...

—¡Sí, hombre!... Como un colibrí no... Si eso, volaré como Batman.

—Batman no “vuelaba”, el que “vuelaba” era Supermán.

—¡El que “vuelaba” era Supermán, niño! ¡El que “vuelaba” era Supermán! ¡El otro era tan sólo un multimillonario de mierda! —le gritaba la gente, indignada, desde abajo.

—Chsssssst —les hacían callar las nubes, ansiosas por ver sangre, desde arriba—. Queremos una empanada de carne y huesos preadolescentes estampada sobre el pavimento, gran evaporador de almas al servicio del

intempestivo cielo —continuaban a coro y nerviosas. Cielo que, por otra parte, seguía sin mirar.

—Anda, cariño, vamos a follar... —insistía el hombre a rayas, con los ojos erectos.

—Que no, coño, que si sube y nos pilla... ¡A ver qué le contamos!

—Pero si es un niño, no se iba a enterar de nada...

—Tiene mucha imaginación, ¡a saberse qué podría pensar!

—Qué coño va a pensar, si los niños vienen de París... —dice para sí misma una nube que ha pegado su nariz contra la ventana del dormitorio, pero no lo dice porque está cachonda y todavía mantiene la esperanza de ver porno del duro.

—Que tiene imaginación es verdad, porque antes me dijo que se iba a volar con su amigo...

Una alarma, si no hierve en estridencias ni revienta en destellos rojos de agónico ulular, es inocua e invisible para alguien tan empalmado como ese hombre a rayas. Para la mujer con las tetitas de mazapán, que supera la treintena pero le gusta sentir que aún levanta penes, se convierte en un juego de lo más excitante y placenteramente íntimo.

—Pues si no te tiras tú, no me voy a tirar yo...

—Pues ¿por qué no te tiras tú si tanto hablas de que vuelas como los colibríes?

—Pues porque a mí también me da vergüenza la gente que nos mira desde abajo.

Y las nubes que os alientan desde arriba, niños; no os olvidéis de las nubes que aplauden vuestra iniciativa...

—Y las nubes también.

—¿Las nubes qué?

—Que las nubes también nos miran y me da vergüenza —dice el hijo de padres lascivos, retorciéndose la manga de la camiseta sin rayas, con gesto de niño travieso.

Pero no hay rayas para los niños que quieren volar. No hay rayas en este mundo que le quepan en la camiseta a un niño tan valiente como él, que aún no ha cambiado su edad por los cromos que le faltan para acabar su colección de minutos de vida en la Tierra.

—Pues si no follamos ahora, no me apetece ir donde tu madre después.

—¡Anda, qué bobo eres!

—Entonces... ¿follamos o no?

—No, no follamos.

—¡Pues hala, a tomar por culo!

Se acabó el polvo sin haber empezado, la nube lujuriosa de vapor de agua y sexo se retira dándole patadas a una lata. ¡Maldita sea la hora en que no me decanté por la sangre...! —piensa, indignada.

Pero el mundo del espectáculo es vil y en todos lados cuecen habas. El sensacionalismo muere a los pocos segundos de cortarle el cordón umbilical. Es banal, impuro e innoble, no merece la atención de una raza como la nuestra, aunque a veces nos sirva de alimento y esté bien rico servido en obleas a media tarde.

El cielo lo sabía, y por eso no se molestaba en mirar.

—Pues qué rollo si no vas a volar tú...

—Pues más rollo eres tú, que tampoco vuelas...

—¡Volad niños, volad! —gritaban los chacales desde abajo—; ¡volad niños, volad! —cacareaban las nubes, con olor a tormenta de verano, desde arriba.

Así mañana, cuando el suceso salga en los periódicos, podremos decir: ¡nosotros estuvimos allí para verlo!

—Pues entonces me bajo a casa.

—¡Pues hala, a tomar por culo!

Pues eso. Ni sexo ni sangre. Ni polvo ni tragedia.

Las nubes se retiran refunfuñando, repartiendo tacos a diestro y siniestro. Empiezan a llover de puro mal humor.

—¡Que les den! —dicen a gritos—, ¡que les den a todos...!

Pues eso.

A tomar todos por el culo.

Ignacio Cid Hermoso es un escritor madrileño que ha sido ganador del IV Premio Liter de literatura de terror, del II Certamen Monstruos de la Razón (sección de terror), del II Certamen El Caldero Mágico de literatura fantástica y del IV Certamen de microrrelato Teseo. Además ha sido seleccionado para dos de las antologías *Calabazas en el trastero* de la editorial Saco de Huesos, en el I Certamen Ovelles Elèctriques y finalista del II, segundo finalista del V Certamen Karma Sensual y accésit y mención especial del I Certamen Katharsis de novela corta, entre otros. Es también miembro de Los zombis no saben leer. Más información en su blog: *Ventajas de ser un hipopótamo*.

Abdel o El chico con la mirada del tigre

escrito por RUBÉN NICOLÁS ALARCÓN

Abdel estaba en cuclillas, apurando los últimos minutos de su baño. En ese momento las lentas corrientes del Diyala eran las únicas que podían incordiar su estancia, mas el roce de sus frescas aguas dejaba una sensación muy agradable. El polvo de las ruinas del desierto, los gritos, la sangre y las balas surcando el aire seco de Diyala, daban una pequeña tregua a los espectadores de la guerra convertidos en sus protagonistas de manera forzada. Y es que el mundo cada vez le parecía más una de esas películas que los soldados de las campañas norteamericanas veían en sus enclaves, bebiendo cerveza iraquí y gritando y riendo como si nada fuera con ellos. De vez en cuando pausaban la imagen y entonces alguno se levantaba y se asomaba por la ventana tiznada de gris para corroborar que todo seguía en calma. El baño era su particular pausa en medio del infierno.

Samir esperaba afuera con una toalla negra pendiente de su moreno antebrazo y el espíritu de Mijáil Kaláshnikov en el otro. Le dio un grito para que saliera. Abdel se regocijó un poco más en las balsámicas aguas que limpiaban todas sus heridas por obra y gracia de Alá.

La región de Diyala se encuentra a orillas del río del mismo nombre, afluente del Tigris. Éste nace en las turcas montañas Tauro, que se arquean desde el Lago Egridir al curso alto del Éufrates. Dicha región limita el sur de la meseta de Anatolia, discurriendo paralela al *Mare Nostrum*. Su rama oriental dará a luz al Tigris.

—¡Abdel, maldito seas, me toca a mí!

Abdel salió a la arenosa orilla cubierto por un fino traje de agua, que le chorreaba de la base de todos los salientes de su menuda anatomía. Se cubrió con la toalla e invitó a su compañero con un rápido ademán a que disfrutara del anhelado periodo de descanso.

Sus pies avanzaron seguros, aplastando varios matojos hasta quedar detenidos junto a su AK-47. Estaba acostada en el suelo, encima de una cuna elaborada de improviso con algunas hierbas y frágiles piedrecillas. Parecía mentira que aquel montón de plástico y aluminio fuera el causante de tanta masacre. Capaz de disparar seiscientas balas por minuto, con cargador curvo para aumentar su capacidad para albergar cartuchos y un sistema de disparo basado en el gas de combustión la convertían en un arma más que eficiente. Abdel recordaba, mientras se la colgaba del hombro ya seco, cómo al principio del conflicto, cuando sucedía el primer capítulo de todo aquel brote de insurgencia en su poblado, ni siquiera podía aguantarla entre sus brazos, que sufrían para soportar la fuerza de retroceso durante las descargas. Qué rápido podía pasar un año.

Un grupo de mujeres cubiertas todas ellas de *chador* negro bajó hasta la orilla con cubos para recoger agua. Abdel encendió un cigarrillo y observó cómo embuchaban los cubos de metal, llenando el vacío con un *glup*, y volvían por donde habían venido, sin detenerse un momento, sin hablar, sin mirar a los lados. Le llamó la atención la última de la fila. Su bella cara descubierta daba testimonio de que no tenía más de quince años. La siguió con la mirada hasta que sus caderas se perdieron orilla arriba entre la hilera de edificios en ruinas. Tenía algo especial, se escondía una mujer muy atractiva debajo de todos esos metros de tela camufladora.

Abdel nunca había hincado el diente a ninguna mujer. Los soldados adultos tenían sexo en sus ratos libres y a él le apetecía acostarse con alguna

chica. Desde que acribilló con su comando de insurgentes el puesto de vigilancia estadounidense ubicado en la frontera entre los distritos de Baqua y Baladruz había estado pensando en ello, especialmente. Al ver sus cuerpos exterminados dentro de esos uniformes llenos de agujeros de bala, reflexionó con frialdad acerca de lo rápido que se puede atravesar la línea que separa la vida de la muerte. Un segundo piensas en la deliciosa comida que prepara tu padre y el segundo siguiente tus sesos están reventados dentro del casco. Si mañana iba a ser un cadáver en medio de la carretera, quería que lo encontrasen calzando zapatos nuevos.

Cayó la noche en la región de Diyala. El aire ardiente sobre las azoteas de los edificios destruidos se apaciguó en un aliento cálido que te acariciaba el cuello. A Abdel le había tocado vigilar una zona poco peligrosa, en un cruce de dos calles con kilos y kilos de basura y ruinas. Al final de una de ellas había visto perderse a la quinceañera de *chador* negro. Estaba deseando volver a verla. Cruzó hacia arriba por la calle, pataleando todas las cajas de hamburguesas del McDonalds y los botes de Coca-Cola que encontraba a su paso.

Putos occidentales. Tres soldados norteamericanos habían acribillado a balazos a su padre simplemente por enfocarles con una cámara de video. Él sólo quería recoger imágenes de la toma de Anbar, donde había residido toda su vida en una humilde vivienda junto a su querido hijo. Pero los occidentales lo interpretaron como “una clara amenaza, y tras ver que no respondía a los reiterados gestos para disuadirlo de su conducta, decidimos abrir fuego”. Quince balas procedentes de diferentes ángulos le arrancaron brutalmente la vida de sus entrañas. Cayó al suelo tan muerto como un árbol talado por las raíces. Abdel se enteró horas después, al volver a casa de la escuela. Todo sucedió a partir de ese momento muy rápido. Unos soldados lo llevaron a un puesto norteamericano en su coche. Era víctima de la guerra y ahora el ejército yanqui sería su única protección. Pero Abdel prefería la orfandad a aceptar formar parte de esa patria de bárbaros que habían matado a su padre. Huyó aquella misma noche, aprovechando una de las sesiones de pornografía y borracheras de los militares. Se deslizó entre los edificios como una sombra y, tras cruzar las alambradas, no le resultó difícil pasar desapercibido entre los pocos vehículos que se encontró en el camino.

Su AK era ahora su único compañero en las rondas. Algunos amigos insurgentes del comando habían tomado al rifle el cariño de un padre. Pero Abdel sabía que un arma sólo estaba en los brazos del más fuerte, o del más afortunado. Padre sólo había uno y en su caso estaba muerto y enterrado en una fosa común, no sabía dónde. Se trataba de un instrumento de muerte tan sólo. Igual que mataba a otros, cualquier día podía poner fin a su triste vida. Era consciente de que sus compinches estaban al tanto de esto, pero necesitaban tener cariño por algo para no acabar perdiendo la cordura.

Ahora su obsesión por la chica había apaciguado su necesidad de amar. La buscaba con la mirada a cada paso. Sus oídos totalmente abiertos rastreaban en busca de cualquier ruido que, aparte de alertarle de indebidos movimientos en los alrededores, le informara de minúsculas señales de vida. Pero tan sólo detectaban el crepitar de la basura bajo las suelas de sus zapatillas rotas.

De repente, un ruido como el de un golpe en la pared, captó su atención. Se detuvo en medio del camino y giró la cabeza en esa dirección para hallar un bulto negro acurrucado entre dos muros partidos, que tiempo atrás fueron las paredes norte y este de algún acogedor hogar iraquí. El bulto subía y bajaba debajo de un amasijo de telas apenas distinguible en la oscuridad.

—Acércate aquí.

—¿Quién eres? —Su agradable voz femenina era lo mejor con lo que se había deleitado en mucho tiempo.

Entonces se puso en pie, quitándose la parte de arriba del *niqab*. Era ella, sin duda. Sus inconfundibles rasgos felinos se desvelaron como en un insonoro estallido de belleza, nublando su mente unos segundos. Ella le sacó la lengua con absoluta gallardía y él se excitó sin remedio. Aquel chico anduvo cauto, pero bajo el hechizo de su delicada seducción. La misteriosa chica lo agarró por los brazos y le dio un beso en la cara. Él le correspondió con una caricia. Entonces se metieron cogidos de la mano detrás de los muros y ella le bajó los pantalones. Abdel dejó el rifle en el suelo, a dos metros de distancia. Tenía su miembro firme y grueso haciendo presión dentro de los calzoncillos. Parecía la proa de un barco. Le bajó los calzoncillos y se lo llevó a la boca lentamente, primero acariciándolo de un lado hacia otro con la punta de la lengua. Abdel se había adentrado en los profundos caminos de la lujuria y deseaba perderse. Estaba totalmente a su merced. Se tumbó hacia atrás y ella se arrodilló encima del pecho del chico.

—Te gusta, ¿eh? Mi nombre es Abir, aunque eso no importa demasiado.

Cuando estaba a punto de correrse dentro de su boca, ella avanzó de rodillas hasta quedar con la entrepierna justo encima de la cara de Abdel. Tenía la tela de la parte inferior pegada a sus labios. Ella le mostró una sonrisa. Él le azuzó la cadera con la mano para que continuase. Pero la chica sacó algo del vestido. Él no supo de qué se trataba hasta que el acero de la navaja había abierto un tajo de oreja a oreja en su garganta. La sangre caliente brotó de la herida igual que la savia de una hoja partida. Sin embargo, el sonido gutural en respuesta a la agresión murió en la boca de Abdel antes de ser siquiera un grito. Ella se puso de pie mientras el chico se desangraba en el suelo.

Recogió el rifle y se perdió entre las fauces de la noche de Diyala. Unos pocos minutos después, un hombre de unos cuarenta años y un chico de la edad de Abdel fueron para recoger el cadáver. Lo metieron en la cabaña que utilizaban como casa, improvisada a base del material de una lancha que habían encontrado en un basurero y telas de ropajes.

—¿Cómo llevaremos el cadáver hasta el comprador?

—Llevándolo. En el carro. Hija, ¿por qué no sales en busca de más? Para conseguir la barca quizá un cadáver y un rifle no nos sea suficiente.

—Sí, hermanita. En la explosión del otro día hubo treinta muertos. Ahora el precio de la carne de cadáver ha bajado mucho. Vamos, yo te cubro con este rifle.

La chica salió a la calle escoltada por su hermano, que portaba el AK-47 sin ningún trabajo. Estaba acostumbrado. Sus figuras se confundieron con las envolventes sombras del territorio hostil y buscaron nuevas presas que pagasen su cara libertad.

Rubén Nicolás Alarcón es un escritor de relato corto que ya publicó anteriormente en esta revista su relato *Home run* y que podréis seguir leyendo en su blog personal:

www.loslibrosperdidos.blogspot.com

Hola, me llamo Frédéric y soy tú

escrito por J.L. MANKIEWICZ

Estoy hasta la polla de ser mortal, ¿me entiendes? ¿Entiendes lo que te quiero decir, eh? Claro que no, hijo de perra. Pero si fueses una persona tampoco entenderías una mierda de lo que quiero decir. Es más, quienes lean esto no entenderán una mierda. ¿Um? Sí, qué pasa, te estoy atacando a ti, a ti directamente. A TI. Eh, mírame, siéntete tú aludido. No se lo digo al perro que está tirado ahí en el suelo mirándome con sus ojos vidriosos de glaucoma perruno por mucho que tenga la sana afición de hablar con mi perro, ya que al menos soy razonable en eso y sé que a él no le aburre como si fuese un puto ser humano que le hable de cosas importantes. Él ni tan solo sabe sentir lo que es el aburrimiento, por Dios. En su lugar pusieron una especie de resignación animal hacia la falta de cambios, una muy característica. Qué docilidad más maravillosa tienen los perros. ¿Has visto Dogville? Oh, Lars von Trier. Puto nazi, hasta tiene nombre de nazi y qué putas buenas películas. También las escribo, las cosas importantes. Me quita la responsabilidad del aburrimiento ocasionado sin prescindir de lo posibilitante de la comunicación. Y bueno, dime. ¿Te ha gustado este meta lo que sea de salir del relato hasta tu mundo? No te lo esperabas, ¿verdad? Tampoco te esperarás conocerme esta noche cuando trascienda el cuerpo entero del relato, no sólo un hilo mental verbalizado, y te despierte haciéndote una paja. Los verbalizo porque estoy jodidamente majara. ¿Y qué? ¿Y QUÉ? Y seguro que te piensas que lo digo de broma. Como si esto fuese un puto texto mariquita más, como tantos que has leído. Hijo de perra. Pero ven aquí, ven. ¿No quieres que te rasque la tripa, chuchito ciego, paquete de sarna?

Es el más loco que tenemos. En verdad que está muy loco. Aún no logramos entender del todo el método de su chifladura, pero es un caso muy interesante porque se intuye que lo hay. Tenemos a siete especialistas trabajando en este hombre y es gracioso porque en el hospital sólo contamos con cinco. Ja-ja-ja. Los demás pacientes llevan teniendo ración doble de ansiolíticos para compensar la falta de atención desde que él llegó. También es muy agresivo, con los demás y consigo mismo. Sufre azotes autodestructivos. Cuando llegó no tenía uñas de tanto que se las mordía. Apenas quedaba la raíz camuflada debajo de la piel. ¡Oh! Eran feas de ver esas manos. Luego le empezaron a crecer. Nos lo tomamos muy bien al principio, un nuevo éxito de las farmacéuticas, los frenopáticos y el método científico, pensamos. Cuando fueron suficientemente largas como para cogérselas con los dientes, una noche se las arrancó todas tirando. Ahora no tiene uñas. Y lo de los ojos... Fue peor aún. Se los estalló él mismo apretando con los pulgares. Lo hizo todo la misma vez para que no le pusiésemos camisa antes de acabar con el... jaja, trabajo. Aja-ja-ja.

Pobre hombre. ¿Cómo se llama?

Frédric. Antes era médico.

Vaya. Cómo un hombre formado puede acabar así no lo sabremos nunca.

Los hombres, cuanto más formados, peor acaban. Por eso yo me pincho la mitad de los medicamentos que tenemos aquí. A-jajajajajajaajajaj.

Ajijiji.

Bueno...

En resumen.

(Silencio)

Qué incomodidad de silencio, repanocha. ¿Quiere saber lo que hizo para que lo internaran?

Estaba pensando en otra cosa.

Ah, ¿sí? Dígame, si no es muy íntimo, mucho pedir, muy indiscreto.

Sí, sí. Pensaba cosas sexuales sobre su escritorio. No quiero ser demasiado explícita para no asquear al lector, que ya está lleno este texto de bastantes cosas soeces y desagradables como el mundo mismo, y por algo será que se inventaron la decencia y otros derivados del hacerlo soportable.

Como los ansiolíticos.

Jijija. Como tu polla en mi boca. Jajaja.

Y aquí se acaba la escena. Pasaron cosas mucho más interesantes luego que prefieres no saber. Es cosa tuya, yo no me meto. Quizá solamente con el mensaje subliminal de que no hay peor ciego que el que no quiere ver. Y nuestro amigo a fe que no quería, ¿eh? No quería en absoluto, si se quitó los ojos. Jajaja. A propósito. Recuerdas lo que te dijo al principio del relato, ¿verdad? Pues aquí vuelve. Al fin y al cabo quien lo está escribiendo soy yo, el loco del manicomio. Quiero decir, el texto entero. La conversación entre el psiquiatra y la guarra mientras me observaban y hacían juicios de marioneta a propósito de mi perro. Pero te diré la verdad. No estoy loco. Soy un tipo escribiendo en su cuarto de escribir un poco hartado de la mierda de este mundo, un J.D. Salinger moderno, bueno, actual más bien. Un J.D Salinger que nunca hubiese escrito *El Guardián entre el centeno*. Lo que pasa es que esos personajes salen de mi mente y a uno le hace pensar hasta qué punto se le considera a uno cuerdo, qué es lo que me garantiza a mí que de conocerme, no querrías meterme en un psiquiátrico, conocerme de verdad, hasta el fondo, como me conozco yo mismo. Si me vieses de fuera, una persona completamente sana, seguramente tanto como tú, pero con una voz interior que clama a la emancipación de las normas, la rutina, los puntos de vista castradores del mundo, el abcd del escribir un relato, si eres escritor de relatos. La voz de la locura, vaya. A eso se refería un poco el pirado ese que no tiene ojos mientras imagina un perro que está ciego a su lado, que no se sabe qué parte de su subconsciente ha creado, si una que se considera a si mismo un animal o qué (cuando a la vez él mismo ya es un producto del subconsciente, del mío, un producto subconsciente con problemas subconscientes, ¿lo ves?, tiene que haber tras él, o delante de él, como quieras, una persona enferma), y que pirado como está te habla a ti directamente. ¿Sabes por qué te habla a ti? Porque es la voz de la locura. Tú también la tienes. Tú también estás preñado de ella. Esta noche te ha prometido una visita. Ánimo. Hazme caso, no abras los ojos si no quieres ver. Sigue en tus trece y no le des una oportunidad a la magia de esta mágica redacción.

Danza espacial
escrito por ÓSCAR TORRES GESTOSO

Mi cuerpo flota en el espacio, sin rumbo. Ni orientación.

Me vienen a la mente recuerdos de mis padres. Cosas sueltas. Quizás insignificantes. El pelo de mi madre. Su risa al ver aquella función de teatro. Las manos de mi padre rodeando las mías cuando me enseñó a pescar. ¿Qué consejo me dio? Ya no lo recuerdo.

El cuerpo se me enfría. Delante de mí, como un tronco a la deriva, pasa Charly. Tan joven, tan guapa. Tiene la mirada helada. Su media sonrisa rebela que al menos murió en paz. Me roza ligeramente el traje y giro con ella en una danza antigravitacional.

Todo lo que queda de la estación se yergue ante mí. Herida de muerte. Hecha añicos. Todo lo que pudo salir mal, salió, y lo pagamos caro.

El escape de aire de mi traje me va dejando sin oxígeno. Lentamente me abandono al sueño. Cierro los ojos. Tengo frío, pero no miedo. Siento un cosquilleo en los dedos. Extiendo mi mano. Alguien me toca. Es Juliet. Te quiero, te he extrañado tanto... Lo siento, nunca debí dejarte marchar. *No pasa nada, me susurra al oído, te estoy esperando.*

Estoy a millones de kilómetros de mi casa y nunca en mi vida me he sentido tan cerca. Siento que estoy en paz. Siento que he llegado al hogar. Siento como me sumerjo en la oscuridad.

Marvel Noir: pocos superhéroes y muchas balas

escrito por GERARD PUIG

Marvel retrocede hasta la Gran Depresión en una de sus nuevas y más prometedoras líneas.

Dejando de lado *macroeventos*, *onemoredays*, y demás, si algo ha caracterizado siempre a la Casa de las Ideas es su necesidad de reinventar una y otra vez los mismos personajes. Desde las versiones de un solo número aparecidas en la mítica *What if...?* a las que encuentran los Exiliados en sus viajes, pasando por otras tan exitosas como los *Marvel Zombies* (no, no hablaremos de los monos) o la deliciosa visión victoriana de Neil Gaiman en *1602*.

Pero de vez en cuando surge un proyecto tan ambicioso que necesita una nueva línea para desarrollarse. Pasó con *MC2*, el universo donde tenían lugar las aventuras de Spidergirl y que, durante un tiempo, gozó de varias cabeceras propias, y ha pasado ahora con *Marvel Noir*.

Esta línea nace de un modo más discreto y preciso, sin intención de continuidad (aunque, como siempre, eso ya se verá), formada por distintas miniserias dedicadas a algunos de los personajes más conocidos de la casa, pero con un tono decididamente adulto y perfectamente enmarcado dentro del género negro.

Detectives, justicieros (en su mayoría sin poderes), gánsters, policías corruptos, líderes sindicales y empresarios sin escrúpulos, pasean por páginas con mucho blanco y negro y colores débiles que les dan un aire totalmente *pulp*.

Todos los cómics, además, cuentan con las impresionantes portadas de Dennis Calero, en un blanco y negro interrumpido por notas de rojo, que recuerdan al mejor Frank Miller en *Sin City*.

En España hemos visto, de momento, publicadas en tomo por Panini, las versiones *Noir* de Spiderman, Daredevil, Lobezno y X-Men, seguramente la más interesante de todas. Recientemente también la de Punisher.

Spiderman Noir

Con guión de David Hine y Fabrice Sapolsky y lápices de Carmine Di Giandomenico, la serie nos sitúa en el Nueva York de 1933, con May Parker erigida como una de las principales activistas políticas de los barrios pobres de la ciudad, en ausencia de su marido Ben Parker, asesinado por los hombres del mafioso conocido como el Duende.

Norman Osborn en su salsa, como uno de los principales cabecillas del crimen de Manhattan, la Gata Negra dirigiendo un club clandestino, un Ben Urich completamente demacrado y convertido en uno de los personajes más interesantes de la línea y, por supuesto, Peter Parker con poderes arácnidos obtenidos sin radioactividad y convertido en el justiciero enmascarado conocido como Spiderman... ¡y con pistolas!

No es una de las mejores series de la línea, pero sí una visión más que interesante del trepamuros, con un diseño espectacular que a más de uno nos gustaría ver exportado al universo Marvel oficial.

Lobezno Noir

Jim Logan es un detective de los de antes, en la mejor estela de Humphrey Bogart, que se ve metido en una trama criminal plagada de yakuzas, asesinos y sombras del pasado que vuelven para atormentarlo.

Un pasado que viene directamente (aunque siempre versionado) de *Lobezno: Orígenes*, con el personaje de Perro, uno de los grandes olvidados en el panorama actual, incluido. Aunque también aparecen, por supuesto, otros actores más cotidianos y míticos en la vida de Lobezno, como Victor Creed y Mariko Yashida.

La miniserie, escrita por Stuart Moore y dibujada por C.P. Smith, no es tampoco la mejor del sello, pero está plagada de guiños interesantes para los fans del personaje.

Daredevil Noir

La de Matt Murdock es la historia que menos cambia entre el Universo Marvel y la línea Noir, seguramente porque es una de las series de superhéroes con más sabor a serie negra que existen.

Dotado con sentidos extraordinarios, que no se explica muy bien de dónde salen, hijo de un boxeador asesinado por no querer amañar un combate y actuando como justiciero, vestido de diablo, contra el jefe de jefes de Nueva York, Wilson Fisk.

Dicho así, no parece gran cosa, pero la narración de Alexander Irvine y el estilo duro y violento de Tomm Coker consiguen hacer de esta serie una de las mejores aparecidas hasta la fecha en la línea negra de Marvel.

X-Men Noir

Fred Van Lente y el propio Denis Calero presentan la que, en mi opinión, es la mejor serie publicada hasta la fecha en la línea Noir, y también la más original.

Para empezar, ninguno de los personajes es mutante ni tiene poderes, sino que son sociópatas que habían estado internados en el correccional para menores del profesor Charles Xavier, quién quería demostrar, a través de sus experimentos, cómo la sociopatía es el siguiente paso en la evolución del comportamiento humano.

La historia comienza, cómo no, con el asesinato de Jean Grey, y su investigación por parte del reportero Thomas Halloway, muy a pesar del jefe de policía de Nueva York, Erik Magnus, firme creyente en la pureza genética y la eliminación sistemática de quién se oponga a su ideal de ésta.

Junto a ellos un enorme elenco de héroes y villanos de la franquicia mutante, totalmente irreconocibles en sus versiones de los años treinta.

Extremadamente recomendable.

Gerard Puig es un escritor y dibujante catalán, miembro de El círculo de escritores errantes, con el que ha participado en varias antologías de relatos (*13 leyendas urbanas*, *El desván de los cuervos solitarios*, etc.). Ha publicado una docena de tebeos con la faneditorial Radiofreakie y colaborado en e-Noticias y en el periódico catalán AVUI. Su relato *La taberna de Bloody Mary* fue seleccionado en 2009 por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror para la antología *Fabricantes de sueños*.

Pride Mountain

escrito por MANUEL MIJE

Resumen de lo anterior: Jack Slim y Lake Edrose, dos forajidos siniestros, se dirigen al pueblo de Castle Rock a cumplir con uno de sus encargos. Allí mismo, dos buscavidas arruinados, August Luzar y Claude Cainvile, ayudados por Babe Novar, la bella dueña del *saloon* local, pretenden estafar a Abe Raddock, capo de la ciudad que controla el negocio de extracción de oro en la zona mediante un ejército de pistoleros a sueldo. En medio de todo, Mick Bridges, *sheriff* de Castle Rock, tendrá que decidir entre mantener el statu quo actual y cuidar a su hijo huérfano de madre, o imponer la ley sobre la autoridad tácita de Raddock.

La estafa es destapada, lo que hace que Raddock y su heredero se lancen en busca de venganza. Aprovechando la ocasión, Slim y Edrose, infiltrados en Pride Mountain, tratan de cumplir con su siniestro trato y fallan, quedando el segundo herido en el cuerpo y ambos en el orgullo. Mientras tanto, Walter Raddock, en busca de los mineros, desata el infierno en Castle Rock.

Las cartas están sobre la mesa, la primera sangre derramada. Es la hora de las verdades, de la acción, y de la venganza...

VII

El *sheriff* Bridges limpia sus Colt Peacemaker, meditando sobre la vida y la muerte, sobre la justicia y sobre Dios. Es lo que hace todas las noches antes de acostarse: prepararse por si la suerte le muestra su cara más amarga, preguntarse por qué hace tanto tiempo que no le sonrío. Hubo una época en la que sí le sonrío, cuando fue joven, cuando no estaba atado a nada y tenía los suficientes arrestos como para enfrentarse al mundo. Después llegó Stella, la serenidad y la felicidad que nunca pensó que estuvieran esperándole. Más tarde nació Bobbi, su culminación. Cuando se asentaron en Castle Rock, obligado a ser el sustento de tres bocas, aún tenía suficiente ímpetu como para colgarse la estrella plateada en el pecho y olvidarse de un pasado en el que no siempre estuvo al mismo lado de la línea que separa la ley del delito. Su posición estuvo clara desde un principio: siempre por encima de los ciudadanos a los que protegía, siempre por debajo del todopoderoso Abe Raddock, el que nunca necesitó colgarse una placa del pecho para ser ley suprema en Castle Rock. Así se lo dijo el mismo Raddock en cuanto tomó posesión de su cargo, así lo aceptó incluso antes de preguntar por la vacante. El único orgullo que le importaba era el que le esperaba en casa, esos cuatro ojos azules que eran su cielo particular; el resto se lo podía quedar Raddock. Pero cuando ocurrió lo de Stella...

Alguien llama a la puerta. No son horas de buenas nuevas ni visitas con sonrisas, de esas que hace tanto tiempo que no frecuentan su casa. Bridges se pertrecha con el arma ya limpia y cargada y se acerca a la puerta para poder preguntar por el visitante sin despertar a Bobbi, que desde hace rato duerme en su cuarto.

—¿Quién es? —pregunta a la madera.

—*Sheriff*, soy King, Barry King. ¡Ha ocurrido algo espantoso!

Reconoce la voz, abre. Frente a él un muchacho tiznado y sudoroso, con el miedo instalado en la mirada. En el aire el olor del fuego sustituye a los efluvios de la grasa que desde hace rato respira.

—¿Qué sucede, Barry? —pregunta a media voz, invitando al interpelado a hacer lo mismo.

—Señor Bridges, el *saloon* está ardiendo. Ha sido cosa de Walter Raddock. Han matado a la señorita Novar y a todos sus muchachos...

—¿Qué? —Ya se esperaba malas nuevas, pero hay noticias que nunca se esperan.

—Ha sido una masacre, señor Bridges. Walter estaba borracho, como loco. Ha sido una masacre... —repite el muchacho, con el horror aún en la mirada.

—No... No puede ser.

—Sí puede ser, señor Bridges. —El muchacho está al borde del llanto.

—De acuerdo, voy para allá.

—Sí, señor... *sheriff* Bridges; vaya usted, por favor.

—Tranquilízate, Barry. Pasa y espérame un segundo —Bridges invita al muchacho con un gesto, pero éste no entra, no se mueve, está demasiado asustado—... Sólo un momento, Barry.

Entra de nuevo en la casa. Cuando llega al cuarto de Bobbi éste está incorporado sobre la cama.

—Bobbi, vístete rápido.

—¿Qué sucede, padre?

—Hazme caso y vístete; luego te lo cuento.

Recoge su otro Colt, se acabó la limpieza. Se siente al borde de un oscuro abismo. Babe Novar muerta; no puede ser una broma. Pero ¿cómo? Castle Rock es un universo cerrado de jerarquía inquebrantable: primero está Raddock, después Novar, y por último él a la cabeza de un pueblo de almas simples y temerosas de Dios y de las armas. Así ha sido siempre. Siente vértigo. Cuando cae una de las cartas mayores todas las demás son prescindibles, y él es una carta pequeña con una estrella colgada del pecho, una estrella vacía de significado cuando son los Raddock los que entran en el juego. ¿Qué ha podido suceder? Está tentado de entregarle la estrella al chico de los King y largarse con Bobbi lejos, muy lejos. Pero ya tiene cargadas y enfundadas las armas, atadas a los muslos. La canana le oprime la cintura y la estrella le pesa en la solapa de la chaquetilla. Bobbi surge del pasillo con los ojos deslumbrados y la camisa a medio abotonar.

—Barry. ¡Barry!

—Sí, señor Bridges —se asoma el muchacho.

—¿Puedes llevar a Bobbi a tu casa? Hazme el favor. Luego iré a recogerlo.

—Por supuesto, *sheriff*.

—¿Qué sucede, padre? —el chico está alarmado.

—Ha ocurrido una tragedia, Bobbi, y tengo que ir a la ciudad. ¿Me harás el favor de ir con Barry? Luego iré a recogerte.

—... Claro, padre.

Bobbi termina de vestirse y se acerca al chico de los King. Antes de marcharse suplica con una mirada, pero Bridges no sabe qué decirle, también está asustado.

—Padre, déjeme quedarme con usted. Le juro que no le molestaré nunca más, que no hablaré de lo que no tenga que hablar, que me aplicaré en el colegio.

—Bobbi, hijo mío —murmura Bridges con un nudo en la garganta—, ¿aún quieres que tu padre sea el *sheriff* más famoso de todo Colorado? ¿Quieres que encierre a todos los malvados? —el chico no contesta, sólo agacha la cabeza y toma de la mano a Barry.

Cuando los ve desaparecer en la noche se cala el sombrero, se acerca a la cuadra, ensilla y destraba a su fox trotter. Aún está tentado de alcanzarlos y llevarse a Bobbi lejos de allí, lejos de los Raddock y de lo que sea que haya podido desencadenar semejante cataclismo. Pero esta noche, no sabe por qué, la estrella le pesa más que nunca en el pecho, y antes de haberlo decidido ya

se ve enfilando hacia Castle Rock, la ciudad que se muestra orlada por un limbo azafranado. Muchas imágenes bullen en su mente: las últimas palabras de Bobbi, la sonrisa prístina de Babe Novar, el odioso rostro de ese animal abyecto que es Walter Raddock, capaz de cualquier cosa al amparo del mandamás del pueblo... Antes de que terminen por enturbiarle aún más el ánimo, espolea su montura y deja todas esas visiones atrás.

Castle Rock es un lamento en la noche, gente afanándose por salvar lo poco que tiene, llorando a sus muertos, jugándose la vida entre las llamas que, aunque parcialmente controladas, ya han arrasado varias de las construcciones anejas a la pila de escombros humeantes en la que se ha convertido el otrora luminoso Saloon Novar. El fuego también se ha extendido por las almas de los pacíficos ciudadanos que han visto pisoteado lo poco en lo que querían creer bajo las botas de un desalmado sin escrúpulos y su jauría de asesinos a sueldo. Los ánimos están tan encendidos como los maderos que caen de las alturas segando la vida de los valientes que aún luchan contra el incendio, y sus frustraciones se derraman sobre un pobre hombre cuyo único delito ha sido representar una farsa en la que todos participaban.

—¡El *sheriff*, viene el *sheriff*! —grita alguien.

Cuando por fin llega a la escena de la tragedia, muchas personas se arremolinan alrededor de su montura.

—¡Por fin llega! ¿Dónde estaba cuándo lo necesitábamos, *sheriff*? —grita una de las muchachas de *saloon*.

—Eso, ¿dónde estaba mientras masacraban a tantos inocentes, *sheriff*? —le escupe la palabra otra de las chicas de Novar.

—¿Qué ha pasado aquí? —apenas se atreve a preguntar.

—¿Que qué ha pasado? —le impreca otro alterado ciudadano—. Lo que ha pasado es que ese sucio bastardo de Walter Raddock ha asesinado a los empleados del *saloon* y a la mismísima Babe Novar mientras usted estaba durmiendo tranquilamente en su casa.

—¿Qué va a hacer ahora, señor Bridges? ¿Irá a charlar un rato con Abe Raddock para que le cuente qué es lo que tiene que decirnos, o simplemente mirará para otro lado? —se escucha otra voz.

Bridges se traga el orgullo y desmonta, busca con la mirada algún rostro sereno, alguien que aún respete la figura que representa, la autoridad que se supone que cuelga de su pecho. Por fin reconoce al doctor Sulman.

—¡Doctor, doctor Sulman! —el galeno se le acerca.

—Ha sido espantoso, muchacho —le comenta con gesto abatido.

—El hijo de los King vino a buscarme y...

—Fui yo el que lo mandé.

—Lo que me ha dicho... ¿Es cierto, doctor?

—Sí, ha sido ese desalmado de Walter Raddock. Al parecer se ha vuelto loco. El y sus secuaces han ejecutado a todos los del *saloon*, incluyendo a la propia Bebe Novar. Sólo se han salvado las mujeres.

—¡Sí, así ha sido, los han matado a todos! —grita otra de las meretrices—. Y ahora usted no va a hacer nada, ¿verdad, *sheriff*? ¿Qué nos contará esta vez? ¿Qué excusa nos va a dar para esto? ¡Usted es tan culpable como ellos! —le escupe. Otra de las mujeres trata de zarandearlo agarrándolo por la pechera.

—¡Aparta! —la aleja el doctor—. ¡Callaos ya, rameras! —les grita.

—¡Cállate tú, viejo matasanos! —grita otra.

—Sí, eso, cállate. Tú eres otro igual que ese monigote de *sheriff* —se suma una más.

—No les echéis cuenta, hijo.

—Yo... no sé... —balbucea Bridges, tan impresionado y asustado como todos los que le rodean.

—No les oigas, Mik —lo tranquiliza el médico—. No les echéis cuenta, son todos tan cobardes que intentan pagar contigo lo que les ha dejado pendiente ese asesino.

—Pero yo...

—Ni lo pienses, hijo —se le adelanta Sulman—; ni lo pienses.

—Tengo que hacerlo, doctor. Algo tengo que hacer. Esto no puede quedar así.

—¿Es que acaso quieres que te maten a ti también, hijo? Piensa en Bobbi. Vamos, salgamos de aquí —lo aparta de la muchedumbre.

—¡Eso, váyase! Para lo que iba a hacer —insiste otra de las mujeres.

Dos figuras aparecen entre la multitud, abriéndose paso a empujones, Luzar y Cainvile, pertrechados con sus desastradas valijas.

—¡Babel! ¡Dios mío, Babel! —grita Luzar, para acto seguido arrojarlo sobre el cadáver de la cabaretera y besarlo entre lágrimas. Cainvile permanece a su lado, atónito—. ¡Babel! —grita hasta quedarse sin voz.

Sulman y Bridges contemplan la escena con estupor. Una figura tambaleante se arroja sobre el *sheriff* y casi lo derriba, una figura que apesta a alcohol, vómitos y orina. Cuando lo aparta de un empujón y lo hace caer al suelo, por fin lo reconoce.

—Señor *sheriff*, soy yo, Rudolff —gimotea el recién llegado.

—Perdona, Rudolff... me has asustado.

—Lo siento. Lo siento, señor *sheriff*. Ha pasado otra vez, igual que cuando lo de su señora.

—¿Qué? —Bridges siente una punzada en el pecho.

—¡Cállate, sucio borracho! —le grita el médico.

—Otra vez, otra vez... —repite Rudolff.

—¡De qué demonios estás hablando, Rudolff!

—No le echéis cuenta a ese loco, Mik. —Algo en la mirada de Sulman le hiela la sangre.

—¿Qué es lo que pasa, doctor Sulman? —le grita, fuera de sí.

—¿Acaso vas a escuchar a ese loco borracho?

Bridges se agacha y agarra a Rudolff por lo que deberían ser las solapas de la harapienta chaqueta con la que se cubre.

—Dímelo, Rudolff; ¡dímelo!

—No me pegue, por favor, señor *sheriff*...

—No voy a pegarte, Rudolff, pero dime de qué estás hablando.

—Yo no...

—¿Quién atropelló a mi mujer? ¡Dilo!

—Walt... Walter Raddock...

—¡Usted! —se levanta el *sheriff* y se acerca al doctor, que recula, lívido, ante la ira y la insania que destellan en los ojos de Bridges—. Usted me dijo que lo vio, que fue el único que lo vio. ¡Usted me dijo que fue aquel otro pistolero al que ahorcaron!

—Yo...

No le hace falta escuchar nada más. Tiene las lágrimas saltadas y los puños apretados, con los nudillos a punto de atravesarle la piel.

—Yo... Lo siento, hijo.

—¡Pues deje de sentirlo! —le espeta.

Bridges se acerca a la turba, apartando de un empujón a un airado ciudadano que elige el peor momento para mostrarle su indignación.

—¡Está bien! —grita el *sheriff*—. ¿Queréis venganza? Yo os daré venganza. Voy a matar a ese hijo de perra de Walter Raddock; yo mismo, con mis propias manos.

Todos callan, porque saben que no es el mismo hombre el que les habla, su *sheriff* de siempre, aquel del que se compadecían. Su mirada es la de un asesino, la de una hiena, la de un demente.

Sólo se escuchan los llantos de Luzar y los lamentos de los heridos y sus familiares.

—¡Vamos! ¿Ya nos sois tan valientes? ¿Nadie va a venir conmigo?

Silencio, miradas de estupefacción, vergüenza.

—Ya veo —se muerde el labio.

Cuando se dispone a marcharse, alguien le toca el hombro. Lo aparta de un manotazo. Al volverse contempla el rostro compungido de Claude Cainville.

—Nosotros iremos con usted, *sheriff*. Creo... Creo que también tenemos culpa de lo que ha pasado.

—... Muy bien.

—Si me ayuda...

Entre los dos separan a un histérico August Luzar del cuerpo inerte de su amada.

—Vamos a mi oficina.

—Ahí hay varios rifles, pistolas, munición... Coged lo que queráis.

—No se preocupe, *sheriff*. Tenemos nuestras propias armas. Durante muchos años cazamos búfalos para los chicos del ferrocarril.

—¡Sí, ya es hora de que las desempolvemos! ¡Vamos a matar a todos esos criminales! ¡Voy a despellejar vivo a ese miserable! —se exalta Luzar.

—Tranquilo.

—No me pida que me tranquilice, *sheriff*, no hasta haber pisoteado el cadáver de ese malnacido. Tengo una cuenta pendiente con él.

—Todos tenemos cuentas pendientes, Luzar —le corta Bridges con sequedad.

—Pero yo...

—¡Todos!

Hay algo en la mirada del *sheriff* que nunca habían visto, que nadie ha visto desde hace mucho tiempo. Luzar se calla.

—¿Quién demonios eres tú? —dice Cainville.

Los otros dos se vuelven y ven una figura en el vano de la puerta. Un tipo alto, pálido, lampiño, con una camisa azul y un pantalón de factura muy tosca.

—Eso no importa. Basta con que sepan que estoy de su parte.

—¿Qué? —se sorprende Bridges.

... *no le quitaré el ojo de encima, socio...*

—Voy con ustedes.

—¿Por qué?

—Yo también tengo una cuenta que saldar. Podemos ir cada uno por nuestro lado o todos juntos, ustedes deciden.

—¿Dice que está de nuestro lado?

—Tú... ¡Tú eres uno de los esbirros de esos bastardos de los Raddock!
—se entromete Luzar.

—No, yo soy el que va a matar a uno de esos bastardos.

—¡Mientes!

Luzar se abalanza sobre el forastero, éste lo tumba de un derechazo. Antes de que Bridges o Cainvile puedan hacer nada, el recién llegado ya ha desenfundado sus armas y les apunta.

—Ya se lo he dicho antes. Tengo una cuenta que saldar. Podemos ir todos juntos o cada uno por su lado.

—Está bien, está bien —tercia el *sheriff*—, venga con nosotros si quiere.

—Mejor así.

Le ofrece la mano a Luzar para que se levante, éste la rechaza.

—Veo que no necesita armas.

—No, lo que necesito es otra cosa —señala a su espalda. Frente a la fachada de la oficina hay dos monturas, una de ellas con un hombre atravesado en la silla—. Mi amigo. Necesita que lo vea un médico, y el de aquí no ha querido atenderlo.

—Está bien, hablaré con él. ¿Algo más?

—Todo lo demás lo llevo encima.

Un hombre yace en un jergón improvisado en la casa del doctor Sulman. El galeno revisa una vez más los vendajes que acaba de colocar, cuenta las pulsaciones, toma la temperatura.

—Han llegado justo a tiempo. Una hora más y estaría muerto. Ha perdido mucha sangre, pero creo que se recuperará. Su amigo es muy fuerte —le dice al forastero.

—Sí, es muy testarudo, y está empeñado en vivir.

—Muy bien. Yo me quedaré a su cuidado hasta... hasta que regresen.

—Mira a Bridges.

Sulman acompaña a los cuatro hasta la puerta. Mientras los otros montan toma al *sheriff* por el brazo.

—Mik, ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

—Doctor Sulman, hay cosas que un hombre está obligado a hacer si quiere seguir siéndolo.

—Pero, ¿y Bobbi?

—Si algo me ocurriera, ¿podría hacerme el gran favor de quedarse a cargo del chico?

—... Yo... Sí, por supuesto.

—Muchas gracias, doctor.

Bridges monta su caballo y se apresura para alcanzar a sus compañeros. Las cuatro figuras se funden con la oscuridad de la noche, bajo la atenta mirada del apesadumbrado doctor Sulman.

VIII

La noche se cierne sobre la partida. No hay luna, sólo estrellas que marcan un destino fatídico. Silencio, miradas a la nada. A Bridges se le retuerce el alma pensando en Stella, y a Luzar pensando en Babe. Cainvile se siente culpable, y el otro sólo tiene una cosa entre ceja y ceja: meter una bala entre las de otro hombre. El trote de los caballos es monótono, su respiración pesada. El *sheriff* se siente obligado a romper el mutismo.

—¿Qué vamos a hacer? No podemos entrar allí y asaltar Pride Mountain, nos masacrarían. Incluso de noche tienen centinelas, y una vez alertados los demás...

—Volémoslos a todos. Llevamos dinamita como para iniciar una guerra —sugiere Luzar.

—Eso es cierto —confirma Cainvile.

—No —les corta el forastero—, eso es tan innoble como la artillería. —En su mente Appomattox, en su corazón una derrota que aún le duele.

—¡Y quién dice que tengamos que ser nobles! ¡Tratamos con asesinos! —Luzar aún ser resiente de su mandíbula magullada.

—No, lo mejor es conseguir que salgan de allí, al menos el grueso de sus fuerzas. Después todo será más fácil.

—¿Sí? ¿Y cómo piensas hacerlos salir?

—Seguro que mandan unos cuantos a la ciudad por la mañana —argumenta Bridges—. Podemos aprovecharnos de eso.

—Hay un cerro no muy lejos de la hacienda, junto al camino que va hacia la ciudad. Si un grupo es emboscado allí, mandarán refuerzos.

—¿Y tú cómo sabes tanto de lo que hay o no hay a los alrededores de esa hacienda? ¡Habla!

—He estado allí.

—¿Has estado allí? ¿Para qué?

—Negocios.

—¿Qué tipo de negocios? Tú eres uno de ellos, estás con esos asesinos. Antes me sorprendiste, pero no volverás a hacerlo. Me las pagarás.

—Se equivoca de hombre.

—No, no me equivoco. Tú eres uno de esos asesinos, deberíamos matarte aquí mismo. ¡Yo mismo lo haré!

—¡Basta ya! Si queréis mataros entre vosotros ya tendréis tiempo de hacerlo. Pero ahora no es el momento, tenemos otro asunto entre manos.

—Creo que lo de la emboscada podría funcionar —interviene Cainvile para quitarle hierro al asunto—. Con tiempo y la dinamita que llevamos encima puedo arrojarles ese cerro encima a los que pasen por allí.

—¿Seguro?

—No dude de mi socio, *sheriff*, Claude es el mejor dinamitero que haya visto en su vida.

—Sí, puedo hacerlo. Creo que podría acabar con muchos de ellos y también cortarles el paso.

—Aún habría que hacer algo más. Alguien tendrá que mantenerlos al pie del cerro cuando manden los refuerzos.

—Eso también podemos hacerlo mi socio y yo, será como cuando cazábamos búfalos, ¿verdad, August?

—Sí, sería como en los viejos tiempos. Pero no es lo que tenía pensado. Quiero matar a Walter Raddock con mis propias manos, despellejarlo vivo; tengo una deuda de sangre con él.

—Yo también tengo una deuda de sangre con él, Luzar, ese miserable mató a mi mujer, ¿entiendes?

—Pero, *sheriff*...

—Escúchame —le corta—. Aún no sabemos si esto saldrá bien, todo pende de un hilo. De todas formas, intentaremos cogerlo vivo. Después ya veremos qué hacemos con él: si tú lo despellejas, si yo le arranco el corazón con mis propias manos, o si lo quemamos vivo y bailamos a su alrededor como indios salvajes, ¿de acuerdo?

—... De acuerdo, *sheriff*.

—¿Y entonces? ¿Qué más tiene usted en mente?

—Entonces usted y yo entraremos en la hacienda, *sheriff*. Acabaremos con los centinelas, asaltaremos esa maldita casa y todo estará acabado.

—Suena demasiado fácil, ¿está usted seguro?

—Eso no importa. Es lo que hay que hacer.

—Sí, por supuesto. ¿Todos de acuerdo?

—Sí.

—Sí, por ahora de acuerdo. Más tarde ya ajustaremos cuentas tú y yo, forastero.

—Claro, cada uno tiene derecho a elegir cuándo quiere morir.

—Bien, entonces todos de acuerdo.

—Vayamos primero al cerro. Ellos dos se quedarán allí preparando la dinamita y apostándose. Usted y yo nos acercaremos más. Vigilaremos, y cuando ellos hayan hecho salir a los de la hacienda, será nuestro momento de actuar. Aún quedan varias horas.

—Muy bien, ¡vamos!

Cuando llegan al pie del cerro que indicó el forastero, el grupo se divide en sendas parejas. No hay despedidas ni deseos de buena suerte. Los mineros comienzan la ascensión en la oscuridad. Son veteranos en estas lides, pero las condiciones del terreno y la oscuridad están a punto de jugarles más de una mala pasada. Cainvile sopesa el accidentado terreno, calcula los cartuchos de dinamita con los que cuenta y las pocas posibilidades que tienen. Si la suerte les sonríe quizá se salgan con la suya; si no... al menos habrán muerto peleando. Luzar, hombro con hombro en la ascensión, sólo tiene una idea en mente, un rostro, un nombre y mil formas de borrarlos para siempre de la faz de la Tierra.

—Aún no sé su nombre... amigo.

—¿De verdad lo cree necesario, *sheriff*?

—Vamos, déjese de misterios. Usted sabe tan bien como yo que lo más probable es que no salgamos de ésta; al menos me gustaría saber al lado de quién voy a morir.

—Está bien. Slim, Jack Slim.

—Muy bien, Jack. A mí puede llamarme Mik en lugar de *sheriff*.

—Si es lo que desea.

—Cuando le he visto esta noche le he reconocido, a usted y a su amigo. Les vi cuando llegaron a la ciudad. Ustedes son pistoleros... asesinos, ¿verdad?

—Sólo cuando nos pagan por ello.

—Sí, claro. ¿A quién vinieron a matar?

—¿No le parece obvio?

—Sí, bueno, ¿al padre o al hijo?

—Al padre.

—¿Quién los contrató?

—*Sheriff*...

—Mik.

—... Mik, nosotros hacemos trabajos, no preguntas, y tampoco las respondemos.

—De acuerdo, Jack.

—Mik.

—¿Sí?

—Usted no siempre fue *sheriff*, ¿verdad? Ya sabe a lo que me refiero.

—Sí, no siempre fui *sheriff*... ya sabe a lo que me refiero.

—Claro.

—¿Quiere saber algo más?

—No, con eso me basta. A mí también me gusta saber al lado de quién voy a morir.

El alba despunta sobre Pride Mountain sorprendiendo a Bridges y al forastero en una posición cercana, resguardados, atentos. Han estado vigilando toda la madrugada, observando la actividad en el rancho, la constante ronda de los centinelas, los relevos, todos sus movimientos. Con los primeros claros el lugar despierta, se prepara una partida. Hay hombres sacando caballos de los establos, repartiendo munición, dando órdenes. Es un grupo numeroso, sombreros calados, miradas torvas, armas a los costados. Walter Raddock apenas se ha asomado fuera de la casa, Abe, el mandamás, no ha salido de ella. La cabeza del grupo enfila hacia la salida, al paso, al trote, al galope. El polvo asciende ingrávito al son de la marcha, Pride Mountain vomita muerte. Castle Rock debe ser un valle de lamentos, y los hombres de Raddock se dirigen hacia allí para llevar más castigo a los ya castigados ciudadanos del lugar. Bridges y el forastero apenas cambian unas miradas, el *sheriff* cruza los dedos, el pistolero cuenta enemigos. En la lejanía un cerro solitario aguarda, y sobre sus estribaciones la otra mitad de su grupo debe estar esperando a que la muerte se les eche encima.

—Será mejor que atemos los caballos, no podremos acercarnos con ellos.

—Ate al suyo si quiere, Mik, al mío no le gusta que lo aten.

—Pero...

—No se preocupe, no se moverá de su sitio.

Bridges observa al animal, su alta cruz, su magnífica constitución, su bella estampa; uno de esos fieros animales con los que los indios consiguieron mantener a raya a las primeras compañías del ejército que se adentraron en sus tierras.

—Magnífico caballo.

—Es más que eso —responde Slim secamente.

—¿Dónde lo consiguió?

—En ningún sitio. Simplemente un día cruzamos nuestros caminos.

—Ya veo.

—El suyo también es un buen ejemplar.

—Cierto. Y ¿sabe qué es lo mejor de todo? Fue el propio Abe Raddock el que me lo regaló cuando Stella... Maldito bastardo, así se pudra en el infierno.

—Tranquilícese, aún queda tiempo para que le paguemos ese pasaje.

—Sí, será lo mejor. Y recuerde, Walter Raddock es mío.

—Sí, todo suyo. A menos que se cruce en mi camino. Tengo un trabajo que acabar.

—Aun así es mío —eleva el tono.

—No se sulfure, quizá no lleguemos tan lejos.

—Quizá. Ya se acercan al cerro.

—Espero que sus amigos estén a la altura.

—Yo también.

Un gran estruendo les llega desde la lejanía.

—¡Ya se acercan! ¿Estás seguro de que has calculado bien?

—Confía en mí, socio. Cuenta cinco mississippi.

—Un mississippi, dos mississippi, tres mississippi, cuatro mississippi...

El suelo tiembla bajo sus pies, todo el cerro se sacude como un espantapájaros en medio de un tornado. Una parte de la ladera se desprende unánime unos cuantos pasos por delante de la marcha. Los hombres de abajo tiran de las riendas de sus caballos, tratando de evitar la muerte que les llega de las alturas. Una nueva detonación, el resto de la ladera se une a la caída sepultando a los que no son capaces de controlar su miedo. El ambiente se satura de polvo, gritos y relinchos.

—En cuanto se disipe la polvareda.

—Vamos allá, muchacho.

Ambos hombres aprestan sus armas. El primero en disparar es Luzar, que atraviesa de parte a parte a un tipo conmocionado que se tambaleaba sobre los escombros. Cainvile yerra en parte su primer disparo, sólo consigue arrancarle la mano a otro de los pistoleros; con el segundo le arranca el sombrero y un trozo del cráneo.

—Ese es Bill Jones —señala Luzar—, la mano derecha del hijo de perra de Raddock.

Jones zigzaguea entre los restos del cerro que ahora cubren el camino, dando órdenes, tratando de organizar a los pocos supervivientes. Una bala rebota sobre una roca junto a sus pies justo antes de que se arroje tras un improvisado parapeto. Apenas un metro más allá uno de sus hombres se echa las manos al cuello tratando de taponar el manantial de sangre que le brota de la garganta, después se desploma inerte.

—Dos —cuenta Cainvile.

Su compañero le destroza el hombro a un tipo que no ha conseguido cambiar de posición lo suficientemente rápido. En la lejanía varios caballos desbocados trazan estelas de polvo en su huida hacia ninguna parte. Una bala se aplasta apenas un par de metros más allá de la posición de los mineros, otra le sigue, y otra. Las pistolas no les sirven de nada a los que están abajo, pero también hay algunos con rifles, y estos martillean sin mucha precisión sobre el lugar desde el que parece llegarles la lluvia de plomo. Jones parece retomar el mando de los suyos, ya los hombres se disgregan para ponérselo más difícil a los que están arriba. Aun así Cainvile ya cuenta cinco bajas. Luzar se tiene que conformar con tres muescas y un tullido, o muerto si la gangrena se encarga de acabar con el trabajo.

—Sí, magnífico. Si todos esos hombres salen no quedarán muchos más dentro del rancho.

—No cante victoria tan rápido, ahí aún quedan suficientes pistoleros como para matarnos unas cuantas veces.

—Eso ya lo veremos. Ahí salen, ¡vamos!

—Un momento, Mik, deje que se alejen un poco más.

Una segunda partida, más numerosa que la primera, parte rauda hacia el lugar de las explosiones, el mismo desde el que se escucha ruido de disparos.

—¡Ahí está ese hijo de perra! —señala el *sheriff*. Walter Raddock apenas se asoma para arengar a los que están prestos para salir. La cabeza de la columna ya pasa bajo el arco que custodia la entrada a la propiedad.

—Ahora sí es el momento.

Slim abandona su puesto a la carrera, con Bridges pisándole los talones. Trazan un amplio arco hasta posicionarse de forma que uno de los silos cubra su avance. Llegan justo antes de que la ronda aparezca por la esquina. El pistolero está allí para clavarle un machete en la garganta apenas asoma, el hombre se desploma, muerto antes de tocar el suelo. Entre los dos lo arrastran un par de metros.

—Muy bien, Jack.

—Esto no ha hecho más que empezar, no se alegre con tanta facilidad —le responde mientras limpia la hoja en la pernera del pantalón. Bridges se asoma.

—Todo despejado.

Ambos corren hasta estar a cubierto tras el siguiente silo.

—Ya está ahí el resto, Claude.

—Ya veo; espera.

Uno de los que llega no desmonta por su propio pie, sino que cae como un fardo con el pecho atravesado. Otros dos tampoco consiguen ser más rápidos que las balas de Luzar y Cainvile. El resto sí consigue cubrirse tras sus caballos y luego ponerse a cubierto al abrigo de las rocas. Los rifles corren de mano en mano, y el fuego arrecia sobre la posición de los mineros, obligándolos a ceder en el suyo.

—¡Maldición, van a subir a por nosotros! —grita Luzar justo antes de abatir a uno de los que culebrean por la ladera. Un par de impactos cercanos le obliga a arrojarse al suelo.

Cailvile recibe un impacto en el rifle que a punto está de arrancárselo de las manos, pero consigue recomponerse y segar la vida de uno de los que intentan acogotarlos desde abajo para cubrir la ascensión de los que zigzaguean aquí y allá, cada vez más arriba, cada vez más cerca de ellos.

—Claude, me estoy quedando sin munición —dice Luzar, al tiempo que abate a otro de los que suben.

—Yo también.

El fuego sobre ellos es cada vez más intenso, ya apenas pueden asomarse, no son capaces de contener a la jauría que se les echa encima. Cainvile abate a otros dos antes de cubrirse para cargar el rifle con sus últimas balas.

—Mi última carga, muchacho.

—La mía también —responde Luzar, al tiempo que introduce su última bala en la cámara del rifle—. Lo siento, socio. Siento haberte metido en tantos líos y que tengas que morir.

—No te preocupes, será todo un placer morir junto a ti.

—Igualmente, amigo. Lo único que lamento es no haberle podido ajustar las cuentas a ese bastardo de Walter Raddock. Espero que el *sheriff* haya podido hacerlo por mí.

De repente algo los sorprende, el número de detonaciones se multiplica, pero el fuego sobre ellos parece disminuir a pesar de todo.

—Qué demonios...

—Vamos, Mik, ya estamos cerca.

Bridges y Slim se encuentran a pocas yardas de la mansión de Pride Mountain, tras uno de los establos.

—¡Maldita sea! —grita alguien a su espalda.

Al *sheriff* no le da tiempo a verle la cara al tipo que acaba de doblar la esquina cuando el forastero ya ha desenfundado y lo ha abatido con un par de

disparos certeros; uno entre ceja y ceja, el otro en el pecho, a la altura del corazón. Se escuchan gritos al otro lado, movimiento.

—¡Adentro! —grita Slim.

Bridges entra trastabillando, y se lanza contra el tipo con el que se topa nada más entrar, sin dejarle completar el movimiento que ya ha llevado su mano hacia una de sus pistolas. Ambos caen y forcejean. El pistolero corre hacia la entrada principal, abatiendo por el camino a otros dos tipos que hay dentro del establo, a otro que se asoma por la puerta, a dos más que cruzan por la explanada delantera. Consigue cerrar la puerta mientras las balas silban a su alrededor, justo a tiempo para que la madera detenga un par de disparos certeros. El *sheriff* por fin consigue arrebatarse el arma a su contrincante y le dispara a quemarropa.

—Se acabó nuestra suerte, Mik. Cubra esa entrada.

—Sí —asiente el *sheriff*, con el corazón batiéndole desbocado en el pecho y la cabeza dándole vueltas por un golpe recibido.

Slim aprovecha una ventana para responder el fuego y abatir a alguno de los hombres que se acercan.

—Atranque esa puerta y venga a ayudarme, son demasiados.

—¡Dios, ya voy!

Manuel Mije es un escritor sevillano perteneciente al colectivo literario Sevilla Escribe, y al Círculo de Escritores Errantes. Colabora en las revistas digitales *La Biblioteca Fosca*, *Los zombis no saben leer* y *Generación Zero*, así como la impresa *Punto cultural*. Ha participado en más de una docena de antologías, como la reciente *Tenebrae*, de la editorial Saco de Huesos, recibido diferentes menciones y premios en diversos concursos así como publicado numerosos relatos y artículos en los portales NGC 3660, Aurobitzine y OcioZero. Podéis profundizar en su obra buceando en su blog *La consulta del doctor Perring*.

La banda sonora de tu partida (9 tracks plus bonus)

escrito por **PANCHO MARDONES**

Track 1. (La balada de Joey)

No sabía que eras tan importante para mí hasta ahora que te has ido. No sabía que era capaz de hacer tanto daño hasta que te lo he hecho, no sé si podrás perdonarme y tampoco si volverás o no.

Cuando era pequeño confiaba en que los adultos podrían solucionar todos mis problemas. Ahora creo que nadie va venir a ayudarme, y no creo que los adultos tengan una idea de qué demonios está pasando aquí.

Papá nunca golpeó a mamá y yo tampoco lo hice contigo; papá no era de ese tipo de personas y yo tampoco lo soy, de eso puedes estar segura. De que te hice daño, te lo hice, pero nunca te puse una mano encima.

En la radio han dicho que el vocalista de los Ramones ha muerto. A veces la gente se muere y otras veces se va y es igual que si estuviera muerta. Este mundo es muy extraño. Tú te has ido y es muy similar a que te hubieses muerto, no estás aquí y eso es todo lo que cuenta.

A mí los Ramones me gustan mucho y a ti también. Si algún día regresas podríamos escuchar algunos de sus discos y beber cerveza, lo único que te pido es que no se te vaya a ocurrir morirte, porque eso mandaría todos mis planes a la mierda.

Track 2. (Maletas y tallarines)

Escribí una canción que habla sobre un chico que está triste porque su novia lo ha dejado. Como lo debes haber notado, no soy muy creativo para este tipo de cosas.

Antes escribía muchas canciones y pasaba largo tiempo con la guitarra haciendo los acordes. Para esta canción he buscado las notas más tristes y no las he encontrado. Realmente no soy bueno con la guitarra, lo siento.

Antes, cuando peleábamos, tú siempre hacías las maletas y las dejabas junto a la puerta. Ahora tus maletas no están y la puerta se ha mantenido cerrada. Esto no pinta nada bien.

Cada vez que suena el teléfono corro a contestarlo por si eres tú. Sólo ha llamado el tipo de la compañía del agua para avisar de que van a cortar el suministro, y dos números equivocados. Los errores de algunos son las ilusiones de otros.

Me gustaría saber dónde estás y si puedo llamarte. Quiero mostrarte la canción que escribí para ti y preguntarte cuánto tiempo debo dejar los tallarines cuando el agua ya está hirviendo. La vida sin ti se hace cuesta arriba y ya ha empezado a darme hambre.

Espero algún día poder volver a ver tu maleta.

Track 3. (Fuera de foco)

No creo que sea justo decir que todo es mi culpa. Aunque no sé muy bien qué demonios fue lo que pasó, no puede ser todo culpa mía. Es verdad que la mayor parte del tiempo soy yo quien estropea todas las cosas, como esa vez que no volví a casa a dormir en dos días y que no recordaba dónde o con quién

había estado. Aquella vez la culpa había sido totalmente mía y lo asumí así, pero en verdad ahora no logro entender nada de lo que pasó. Es como si esa parte de la fotografía estuviese fuera de foco, borrosa.

Cuando vuelvas las cosas van a cambiar; voy a afeitarme, a cortarme el cabello y dejaré de fumar en las mañanas. Si no vuelves, no pienso afeitarme ni cortarme el cabello y seguiré fumando en las mañanas; una cosa por otra.

Track 4. (Blues del oso polar)

Antes me tiraba tantas pastillas que no me daba tiempo de cerrar la boca, me tomaba tantas cervezas que no me quedaban mañanas para tener resacas y creía que el oso polar del zoológico era feliz. No puedo decirte que he dejado del todo las pastillas y la cerveza, pero ya no creo que el oso polar del zoológico sea feliz, ni siquiera un poco. Los zoológicos, al igual que las cárceles, son sitios tristes donde no abunda la felicidad.

Los dentistas y los espejos son las cosas a las que más miedo les tengo en el mundo. No es un miedo diferente al que tenía antes, es el mismo miedo sólo que un poco más grande. Algo así como si el miedo creciese junto conmigo con el paso del tiempo.

Cada día que pasa trato de olvidarme del miedo y del oso polar. El oso polar estuvo muerto dos meses y nunca nadie hizo nada, todos creyeron que estaba hibernando, así que lo dejaron tranquilo dentro de su cueva hasta que las moscas y el hedor se volvieron insoportables. El miedo ha vivido conmigo desde que tengo un poco de memoria, y por lo visto no tiene deseos de marcharse a hibernar.

Track 5. (Marcador adverso)

No confío en la suerte y tampoco confío en el hombre que lee el tiempo después de las noticias. Pedí un plato de filete mongoliano y arroz *chaufán* y en vez de eso he conseguido un pato a la naranja. Ves, a eso me refiero cuando digo que no confío en la suerte.

En momentos así es cuando más te extraño, cuando todo sale mal y no parece existir forma humana de que las cosas cambien, aunque sea un poco.

Al terminar de comer, el mesero, un chino muy parecido a Bruce Lee, me ha traído la cuenta y una galleta de la fortuna como obsequio. A mí no me importa qué diablos vaya a pasar mañana, sólo quiero que vuelvas y que el hombre que lee el tiempo no sea mi vecino. No sé dónde demonios estás, con quién estás y si vas o no a volver para cenar, pero lo que sí sé, es que quiero que regreses, aunque sólo sea para el postre.

Abri la galleta y en ella había un papel que tenía escrito “La paciencia es la madre de todas las ciencias”. Me pareció algo así como una broma cruel del destino.

El mundo uno, yo cero.

Track 6. (El teléfono de Bob)

Alguien debería proponer a Bob Dylan como candidato para el Nobel. Cuando pienso en todo lo que pudo haber sido de nosotros y no fue, me pongo triste, tan triste como algunas de las canciones de Dylan. Nadie nunca me dijo que la vida iba a ser justa, pero las cosas se me están empezando a ir de las manos.

Es como en las fotografías o los espejos, el reflejo de uno mismo es de las pocas cosas que uno no puede controlar, así es como nos ve el resto y, querámoslo o no, no es mucho lo que se puede hacer a corto plazo.

El teléfono no suena, el baño sigue botando agua y el refrigerador sigue haciendo ese ruido tan desagradable. Las cosas no avanzan mucho por aquí.

Si llamas y me dices cuándo vas a volver, puedo reparar el refrigerador y llamar al plomero. Mientras tanto me voy a quedar tirado en el suelo de casa, oyendo tus viejos discos de Dylan y esperando a que suene el teléfono.

Track 7. (Cuadriláteros)

Cuando boxeaba recibía muchos golpes, tantos como podía. Nunca he sido muy hábil con eso de los deportes. Uno de los chicos con los que peleaba pegaba tan duro que nada más saber que me tocaba un combate con él me dolía la mandíbula. José, así se llamaba el chico, pegaba muy duro, pero nada se comparaba a los golpes que dabas tú. Cuando tú pegabas, las cosas realmente se ponían negras. Eran golpes distintos, pero dolían de todas formas.

Ahora que te has ido, me siento muy culpable por todo lo que yo hice mal, pero por favor no te olvides que tú también pegabas, pegabas fuerte, mucho más fuerte que José.

Track 8. (Cuando las mascotas se vuelven violentas)

Ahora paso la mayor parte del tiempo solo y es más bien por costumbre que por decisión.

He conseguido un trabajo, he limpiado la casa, he arreglado la cañería del baño y he dejado de comportarme como un perfecto idiota. No es que ya no sea un idiota, es sólo que ya no me comporto como tal, te sorprendería ver cuánto he cambiado desde que no estás.

Por las tardes, cuando vuelvo del trabajo, veo un programa de televisión llamado “Cuando las mascotas se vuelven violentas” o algo así, es un muy buen programa y la mujer que lo conduce tiene un parche de pirata en el ojo y muestra videos aficionados de mascotas que atacan a sus dueños. Aunque es un buen programa no creo que te gustara, simplemente no es tu estilo.

Track 9. (Atajos)

Tómate todo el tiempo que quieras, yo sólo te pido que regreses. Cuando vuelvas a casa no te vengas por el camino más corto, vuelve por el más seguro, así al menos sabré que vas a llegar bien. Si llamas y me dices dónde estás podría ir a buscarte, incluso podría mandarte flores, o chocolates o qué sé yo, cualquiera de esas cosas que les gustan a las mujeres. Sé que hasta ahora las cosas no han sido perfectas, pero te prometo que haré un esfuerzo si me das una oportunidad más. Sabes que funciono mejor cuando estoy bajo un poco de presión.

Acá todavía hace mucho calor. En la tele han dicho treinta y tres grados a la sombra, no soy muy confiado de los de la tele, pero es que me ha parecido un calor del infierno.

Una vez te dije que no te necesitaba y te mentí. Una vez te dije que no me importaba que te fueras y te mentí, pero esta vez no estoy mintiendo, es

verdad que ha hecho un calor del infierno y es verdad también que quiero que regreses. Sólo te pido que recuerdes; nada de atajos, ya viste lo mal que le fue a la pobre Caperucita roja.

Bonus track

Me he enterado por una amiga tuya que te encuentras en Londres desde hace algún tiempo.

El teléfono ha sonado un par de veces durante la noche y nadie ha hablado, siempre cortan cuando digo tu nombre. Estoy seguro de que eres tú quien llama.

Escuché un millón de veces todos tus discos y elegí mis canciones favoritas, incluso las he compilado en un casete que he titulado *La banda sonora de tu partida*, al menos eso anoté en la caja y en el adhesivo que se pega en el casete.

Sé que todo esto puede sonar muy extraño pero lo he pensado bien y me he dado cuenta de que nunca te dije que lo sentía. Espero que no sea demasiado tarde para hacerlo.

Los aeropuertos son sitios tristes, tristes como los hoteles o como los zoológicos, pero ya he sacado un boleto hacia Londres, escala Miami.

Sentado en la sala de embarque espero la llamada para que los pasajeros de la puerta B11 comencemos a abordar. Por mis audífonos suena la banda sonora de tu partida, espero encontrarte, ya que Londres es una ciudad grande y yo soy muy pequeño, sobre todo cuando tengo que decir “lo siento”.

Pancho Mardones es un escritor y guionista chileno. Ha publicado tanto en Chile como en España (en el fanzine *Odd fuckzine*) y es el autor de dos guiones cinematográficos llamados *Hawaian zombie* y *Posesión*. Confiesa que Fate, Bukowski, Loriga, Poe y Carver son sus influencias más fuertes.

Deriva

escrito por IGNACIO CID HERMOSO

Tumbado sobre su vieja colchoneta de colores olvidados, naufragando a la deriva que le brinda un mar tocado con los rayos del sol del mediodía, Íñigo se marca su objetivo principal de aquella jornada de playa: tocar, si no las dos, al menos una de las tetas de la muchacha que acaba de meterse en el agua.

Para Íñigo, la playa no es un lugar, sino un concepto. El concepto de sufrir el yugo de la familia durante dos semanas, desterrado en un lugar sin Internet, sufriendo como víctima de su adolescencia intensa, condenado a repetir una rutina enlatada que sus padres compran a menudo en un Mercadona con aparcamiento en la azotea. Y como buen esclavo del concepto, para teorizar su tiempo en esa isla extraña que son las vacaciones, Íñigo se fija una meta distinta cada día. Algo enteramente asumible, pero con su punto de riesgo, cuanto más absurdo y excitante, mejor.

Así, el primer día se propuso hacer llorar a aquel niño legañoso de padres gordos y vociferantes. Para ello, atrincherado bajo las dos sombrillas que confinaban el pedacito de arena en segunda línea de playa que con tanto orgullo habían conquistado sus progenitores aquella mañana, Íñigo hizo desaparecer sibilinamente el rastrillo de las obras de construcción del informe castillo de arena que el infante se traía entre manos. El pobre infeliz buscó primero, luego preguntó sin éxito a su madre, se colgó de las cadenas de oro de su padre después, y al final lloró con el desconsuelo de la pérdida inexplicable. Punto para Íñigo. El segundo día, en cambio, el reto consistió en pellizcar las piernas sin depilar de un buen número de señoras mayores en remojo. Los requisitos eran tres: piel arruinada por el sol, próxima al color rojizo de la CocaCola; parloteo en *petit comité* sumergido en el agua hasta los hombros; y, por supuesto, genuino origen valenciano. No le costó demasiado encontrar a las candidatas. Bajo la presilla de su pulgar y de su índice cayeron siete pellejos, repartidos entre muslos descolgados, glúteos flotantes y gemelos fofos, acompañando la orquesta de viento levantina que sobrevino a continuación: grititos de sorpresa, chillidos de dolor, carraspeos de incomprensión y aullidos de miedo. Y mientras tanto, Íñigo buceando con su tubo y sus gafas, como si los gritos, el revuelo, los chapoteos y la confusión no fueran con él. La culpa no la tiene nadie, o si lo prefieren la tiene cualquiera. Aquel es un mar de gente hacinada. Dejemos jugar a las sardinas en paz.

Pero el tercer día representa un nuevo reto para él, y como quiera que ya son más de setenta y dos horas sin pelársela frente a la pantalla llena de sexo de su ordenador, Íñigo se concede el órdago de un reto canalla. Para ello, la víctima ha de haber cultivado un par de senos perfectamente ergonómicos en no más de dieciséis o diecisiete años de vida. Y tiene que estar sola, y parecer inofensiva, estar indefensa y malherida, sedienta entre la maleza, jugando sola con la goma del *top* de su bikini, cachonda y sin posibilidad de ofrecer respuesta alguna. Íñigo se siente un león, una especie acuática de felino omnívoro, nadando en silencio sobre su colchoneta de colores comidos por el sol y la sal, oculto entre los peces y las personas, dispuesto a saltar sobre un buen par de pezones. Piensa que la evolución de esta misión dentro de unos años consistirá en follarse a la víctima, que con más de dieciocho no se conformará con un leve roce de piel, que para entonces habrá sangre y sexo, mucho sudor, y el león de agua, por supuesto, se comerá a la chica, la devorará hasta los huesos y le chupará el tuétano para después arrojársela descosida y descompuesta entre los grupúsculos grotescamente bronceados de

mujeres mayores valencianas. Pero hasta entonces, le tendrá que valer con ese leve magreo, el roce con el envés de la mano o, si le fuera posible, un jugoso toque de bocina.

Y entonces la ve. En ese momento sabe quién es la elegida. Esa chica morena que acaba de entrar sola en el agua y avanza entre las olas a pecho descubierto y con los pezones envalentonados oteando el horizonte. Esa es su chica de esa mañana, su paja de más tarde, su recuerdo de crema y bruma estival. Y entonces, no le queda más que idear una táctica discreta, un plan perfecto para que esas tetas acaben en contacto con su piel. En primer lugar, se asegura de que no haya nadie de su familia que pueda incordiar su misión onanista: papá y mamá comen patatas fritas y beben cerveza fría, la tía Carmen les acompaña, contándoles no sé qué historia de su ex-marido, el primo miope juega en la orilla con su hermano pequeño, y la hermana mayor se tuesta al sol untada en aceites. Perfecto. En segundo lugar, Íñigo se cerciora de que la chica esté absoluta y exquisitamente sola: avanza decidida con el pelo ondulado recogido en un gracioso moño, remontando las olas al compás que le marca la tersura de sus pechos, con un bañador rojo que chilla su presencia desde la distancia. Si alguien la acompaña, no está ahí con ella en ese momento. Perfecto. Así que sólo queda ejecutar la aproximación, colchoneta mediante, con la perfecta excusa del azaroso dejarse ir por la corriente.

Íñigo boñigo, como le llama su hermana, dirige su nave de plástico con disimulo, atravesando bancos de gordas bronceadas, arrecifes de paletas a medio jugar y corrientes untuosas de grasa corporal, hasta situarse justo al lado de la chica, que sigue adentrándose en el agua, sumergiéndose en ese momento los preciados objetos del deseo de Íñigo. Toda la carne está en el asador. El público se pone en pie. Ahora sólo queda girarse y manotear agua, sal y teta para después hacer como que no la ha visto, como que no ha sido su intención, como que todo ha sido nada más que un simpático accidente. Íñigo se acerca, prepara sus cinco sentidos para disfrutar al máximo del momento, para concentrar todo su ser en la punta de sus dedos afortunados, avanza de espaldas, el sol le arranca grandes goterones de sudor de su frente, guiña los ojos, comienza a empalmarse, ya casi está, y entonces...

...entonces, siente que algo roza su entrepierna. Se medio incorpora en la colchoneta apoyándose en los codos. Chapotea y pierde el fuelle de su excitación en un ahogado gemido, el agua se remueve, alguien mira, su presa se percata y huye de allí. El cazador acuático se queda sin su desayuno. Pero no le da tiempo a lamentarse, porque frente a él pasa solemne la colchoneta fúnebre de un aborto de chica. Un ser impío con la boca llena de aceros y gafas de pastas muy gordas, que le mira a través de una careta infestada de granos con aspecto de habérsele caído todos los huevos de la cena

—Perdona, no te había visto —dice, coqueta y con marcado acento valenciano, disfrazando el gesto con un falso rubor.

—Claro, no tiene importancia... —miente Íñigo, que mira a los ojos de aquel intento de mujer, después a su sorprendida entrepierna semi-erecta, y por último, de nuevo a la colchoneta corsaria, que ya se aleja por su lado izquierdo.

El cazador cazado, piensa.

Punto para la gorda. Valencia acorta distancias.

El Capitán Malapata

escrito por ANTONIO QUINTANA CARRANDI

¿Existen los gafes? **Clark Carrados** parecía creer que sí, porque en *EL CAPITÁN MALAPATA*, novela de guerra publicada en 1962 en la colección *Relatos de Guerra*, de Ediciones Toray, nos presenta a **Steve Bertino**, un oficial del US Army que está considerado en todas las Fuerzas Armadas estadounidenses como un auténtico cenizo, la personificación de la mala suerte.

Bertino es un hombre inteligente y capaz, que se graduó en West Point con unas notas más que aceptables. Pero la fama de gafe le persigue ya desde la Academia, en la que, a decir de sus compañeros de promoción, dejó una larga estela de desastres de todo tipo. El pobre **Steve** acaba por asumir que está tocado por la mala suerte, y que por donde pasa, hace estragos. Con el paso de los años, la cosa no hace más que empeorar. A lo largo de los primeros capítulos de la novela, **Carrados** va desgranando los “méritos” que hacen a **Bertino** merecedor del apodo de *Capitán Malapata*, y el lector, a pesar de las carcajadas que le provocan algunos de los “accidentes” provocados por la pésima suerte de este oficial, no puede por menos de pensar que, efectivamente, el pobre **Steve** es el campeón de los cenizos, el Rey de los Gafes. Naturalmente, como todo cenizo que se precie, el pobre **Steve** gafa a los demás, mientras él sale indemne de todos los desastres. Con el estallido de la guerra, las cosas parecieron ir a peor, su fama se acrecentó y, a pesar de ser un buen oficial, acabó languideciendo en un puesto burocrático.

Un día, su superior inmediato le encomienda una misión. Debe llevar un maletín repleto de documentos al Cuartel General Aliado de Australia. Viajará a bordo del *Jenny Celtic*, un transporte que forma parte de un convoy que se dirige hacia el continente austral. **Bertino** se dispone a cumplir su misión lo mejor que pueda, aunque algo le dice que su innata mala suerte lo complicará todo. Y así parece ser, al menos al principio. A punto de embarcar en el transporte, nuestro héroe conoce a **Tessa King**, una joven licenciada en Medicina que va a prestar sus servicios profesionales a un hospital militar australiano. Galante caballero a pesar de todo, **Steve** se ofrece a subir al barco el equipaje de la muchacha... y desastre al canto. Las delicadas prendas íntimas de la muchacha terminan esparcidas por el muelle, provocando la rechifla entre marineros y soldados. Pero no acaban ahí las cosas. El capitán del *Jenny Celtic* también conoce la fama de **Bertino** y está convencido de que su barco será torpedeado por algún submarino japonés.

Y parece que el capitán del barco tiene razón, porque llegar **Bertino** a bordo y empezar a torcerse las cosas es todo uno. Tras diversos “accidentes” y “averías”, el carguero queda rezagado, perdiendo el contacto con el convoy, aunque el comandante del mismo les deja un destructor como escolta, ya que el *Jenny Celtic* transporta gran cantidad de armas y municiones de todo tipo. Y entonces, tal y como había temido el capitán del mercante, aparece un submarino nipón, que hunde al destructor con toda su tripulación. Después, el sumergible emerge para atacar a cañón al *Jenny Celtic*. El combate, aunque desigual, se salda con la relativa victoria aliada, ya que los artilleros que sirven la pieza defensiva del carguero logran mandar al fondo del océano al enemigo. Pero el carguero resulta alcanzado por varios proyectiles, el capitán y sus oficiales de puente mueren, cunde el pánico ante el más que posible naufragio y todos abandonan el buque en los botes salvavidas.

Bueno, no todos. Quedan **Bertino**, **Tessa** y nada menos que un centenar de soldados novatos que quedaron atrapados en una bodega. **Bertino** asume el mando de esa tropa y lo dispone todo para el caso de que el buque, seriamente dañado, acabe hundiéndose. Por fortuna, cuentan con una lancha motora y abundante madera para construir balsas. Pero el carguero no se hunde, y las corrientes le empujan hasta una pequeña isla, en cuyas proximidades embarranca.

Casi al mismo tiempo, aparecen en el cielo unos aviones japoneses. Convenientemente ocultos a la vista de los nipones, los americanos observan las evoluciones de los aparatos, que parecen estar reconociendo la isla en busca de fuerzas enemigas. Uno de los aviones sobrevuela el carguero, pero al verlo tan dañado, el piloto cree que no hay nadie a bordo y se desentiende del mismo.

La situación es grave y así lo entiende *Malapata*, que toma una importante decisión. Los nipones se disponen a tomar la isla, y nuestro héroe sabe que su misión, como oficial del US Army, es tratar de impedirlo. Las bodegas del carguero están rebosantes de armas y municiones, cuenta con un centenar de soldados, novatos pero bien entrenados, y con un médico. De modo que, tan pronto como los aviones se alejan, **Steve** pone a sus hombres al trabajo. Un rápido reconocimiento del terreno les anima mucho. La isla, de unos tres kilómetros de largo por cuatrocientos metros de anchura media, está casi totalmente circundada por una barrera de arrecifes de coral, una formidable protección natural que impide que cualquier embarcación pueda acercarse a su costa. Casi toda la orilla de la isla es un puro acantilado, y el único punto por el que podrían acceder a la misma las unidades niponas es la playa en la que han desembarcado **Bertino** y sus hombres. Esta playa es sólo una faja de arena de no más de trescientos metros de anchura, que forma un semicírculo muy amplio entre dos promontorios rocosos. Con cien hombres y la ingente cantidad de armamento y munición que posee, **Steve** cree poder defender la isla con posibilidades de éxito. *Malapata*, que ha nombrado cabos y sargentos entre los soldados según él más capacitados, imparte órdenes con el talante de un estratega genial, y muy pronto quedan establecidas las líneas defensivas americanas y un pequeño hospital de campaña. Además, como el barco está repleto de explosivos que no pueden llevarse, lo convierten en una gigantesca trampa para los japoneses que, a buen seguro, acudirán a inspeccionarlo. Ahora sólo hay que esperar a los hijos del Sol Naciente.

Las fuerzas enemigas se presentan poco después, compuestas por varias unidades navales. Mientras un destacamento se dirige al *Jenny Celtic*, los lanchones de desembarco enfilan hacia la playa. El *Jenny Celtic* hace explosión, sembrando el caos, la muerte y la destrucción entre los nipones, provocando incluso el naufragio de un transporte de tropas que se había acercado demasiado al carguero. El primer intento de desembarco enemigo ha sido frustrado, pero **Bertino** sabe que lo peor está por llegar, y lo único que puede hacer es confiar en que sus hombres luchen con coraje, rezar y esperar que la mala suerte que arrastra consigo se cebe esta vez en los malditos hijos de **Hiro-Hito**. Lo peor es que no disponen de un mal aparato de radio, así que no pueden comunicarse con las fuerzas propias para informar de su situación y pedir ayuda. Pero **Bertino**, el *Capitán Malapata*, confía en que logren rechazar las embestidas niponas, y también en que, a pesar de todo, las fuerzas amigas acaben por aparecer.

EL CAPITÁN MALAPATA es una de las novelas más divertidas de **Luís García Lecha**, un relato trepidante que combina magistralmente acción y humor. La primera parte de la novela se centra en el protagonista y su desgraciada fama

de gafe, dando al lector la impresión de que nos hallamos ante un relato básicamente humorístico. Pero a partir de la arribada de nuestros protagonistas a la isla desierta, se convierte en una espectacular novela bélica, repleta de sangrientos combates descritos por el autor con su maestría habitual.

Carlos Quintana Francia me comentó en cierta ocasión que para él, el género en el que mejor se desenvolvía **Lecha** era el bélico. En los últimos meses he leído muchas novelas de guerra de nuestro apreciado novelista riojano, y no me queda más remedio que darle la razón al amigo **Carlos**. En efecto, **Lecha** tenía un talento especial para narrar aventuras bélicas. Quizás se debiera al hecho de que fue militar profesional durante varios años. De lo que no cabe duda es de que esta novela que reseño hoy es una de las mejores que escribió.

Antonio Quintana Carrandi es un conocido ensayista y experto en la literatura popular del siglo XX. Fue galardonado como ganador en la categoría de ensayo del II Premio Internacional de Editoriales Electrónicas. En la web Sitio de Ciencia-Ficción (www.ciencia-ficcion.com) podréis leer su gran conjunto de artículos.

Héroes de Anzio
escrito por **MANUEL MIJE**

IV

La posición a la que acceden es mejor que las zanjas que dejan atrás: tres flancos cubiertos, un frente que defender. Gambino le ayuda con la Browning, Wilson sigue pidiendo socorro por radio. A lo lejos una posible señal de salvación, una columna de *jeeps* artillados que embiste el flanco alemán. Agallas más que otra cosa. Por otras zonas algunos grupos de los suyos también parecen ver la luz. Un nido alemán cae ante la furia de la desesperación, el horror de la muerte a quemarropa.

—Vamos a intentar crear una cabeza de puente aquí. Atentos a la línea de avance, los muchachos están saliendo, hay que apoyarles. Wilson, ¿qué dicen por radio?

—Señor, no... Al parecer están bloqueados en un lugar llamado Isola Bella. Dicen que aguantemos.

—Maldita sea.

—Ya está listo, señor —acaba Gambino.

Olson se aferra a los gatillos. En la distancia un grupo de alemanes corre a recuperar una posición. La Browning se arranca con su ladrido afónico, con su aliento de fuego. El retroceso le corre por los brazos, le encrespa el corazón. Dos enemigos se estremecen, caen. Un tercero consigue ponerse a cubierto, tal vez herido.

—Ahora muy atentos. Y no malgasten munición, nos va a hacer falta.

Una figura capta su mirada, un soldado que se arrastra no muy lejos. Trata de hacerlo con un solo brazo, con el otro se sujeta el vientre para que no se le desparramen las vísceras. Escupe sangre, resuella. Los ojos se le vuelven, hunde la cabeza en el barro y se queda inmóvil. También ve a aquella anciana señalándolo con el dedo, maldiciéndolo con la mirada. Llueve mortero, diluvian balas, y el tañido de fondo tocando a difuntos, incesante como una marcha militar.

—Señor, mire eso.

Wilson lo saca del ensimismamiento. Señala la columna de *jeeps*. El avance ha sido detenido. Sus salvadores se baten a pecho descubierto con las defensas, mirándose a los ojos con sus enemigos. Están en la cuerda floja.

—No son una fuerza de asalto, esos muchachos son exploradores.

—Tiene razón. Pero han venido. Detrás de ellos tienen que venir más, los del 4° y el 15° no pueden estar tan lejos. ¿Dónde dijo que estaban?

—Isola Bella.

—Gambino, encárguese de la ametralladora. Cubra a esos hombres de allí. ¡Vamos!

—Sí, señor.

—A ver, tenían que llegar... Por aquí, la carretera Conca-Cisterna... Maldita sea, ¿cómo pueden estar ahí?

—Ya se lo dije, sargento. Al parecer se han topado con una posición defendida. Nada de unidades dispersas, señor, resistencia; y nosotros aquí, en medio de la nada, rodeados.

—Pero ellos han llegado —señala hacia el frente de ataque de la columna artillada.

—Los están haciendo picadillo, señor.

—Y nosotros no podemos hacer nada. Esperemos que aguanten lo suficiente.

—Quizá deberíamos intentar replegarnos, seguro que así salvamos más vidas que insistiendo.

—Ni siquiera creo que podamos hacerlo, nos echarían a campo abierto y estaríamos a su merced. No lo sé. De todas formas nosotros no nos podemos mover de aquí. Desde aquí sí que podremos ayudar.

—No podremos resistir ni siquiera un contraataque, lo sabe.

—No, no lo sé, cabo —hace uso de autoridad—. Van a tener que sudar si quieren sacarnos de aquí, no se lo vamos a poner fácil. Es lo único que podemos hacer y lo haremos.

—Nos van a barrer con esos morteros.

—¡Cabo!

—... Muy bien, señor, usted está al mando.

En la lejanía, las dotaciones de los *jeeps* agotan sus últimos recursos, su vigor, su valentía. Hay hombres que corren y caen para no volver a levantarse. Gambino martillea sobre una choza aislada, Wilson le secunda, el sargento también toma su fusil contra los dos alemanes que tratan de huir de aquel infierno. Uno de ellos cae; el otro, unas yardas más adelante, también.

Explosiones, erupciones de barro y trozos de cuerpos reventados, gritos, fuego. Su percepción se pierde más allá de su mirada, el estruendo se amortigua, el tiempo se ralentiza. De fondo un sonido se eleva constante, monótono, el tañido de las campanas tocando a difuntos. ¿Por quién doblan las campanas, soldado?

—Señor, he informado a los del 1° y el 3° de nuestra posición. Están desolados. Lo único que ha llegado hasta ellos ha sido un pelotón de *jeeps* artillados del 3° de Reconocimiento.

—Y qué han conseguido.

—Nada.

—¡Maldita sea! ¡Reagrupe a los hombres, vamos a volver a intentarlo!

—¿Señor?

—¡No se quede ahí pasmado, demonios! ¡Haga lo que le digo!

—A sus órdenes.

Se siente parte del fracaso y no lo quiere asumir. En su mente los planes sensatos naufragan entre ideas desesperadas: atacar, romper las defensas, avanzar hacia Cisterna cueste lo que cueste. Quizá sólo fue una mala elección de la línea de ataque, quizá no todo esté perdido. La moral de las tropas merma por segundos y los recursos de los que dispone cada vez son menores; es un todo o nada, y está dispuesto a apostar.

—¡Teniente!

—¿Coronel?

—Vamos a intentarlo desde otra posición. Lo intentaremos desde aquí —señala en el mapa que acaba de desplegar—. No creo que hayan minado esta zona, sería absurdo.

—Sí, señor.

—¿Qué más tenemos?

—Otro *Wolverine* está en camino, pero ya no queda nada más.

—Bien, con eso será suficiente. Que intensifiquen el fuego ahí delante. Intenten avanzar unas yardas, lo que sea. Si detectan la maniobra podemos tener problemas; eso no puede pasar.

—Entendido, señor.

—Una vez el transporte y el blindado estén en posición quiero que se repartan los hombres entre la línea de frente y la nueva línea de ataque.

Presión, eso es lo que necesitamos. Cuando flaqueen por algún punto, el que sea, quiero que se aproveche de inmediato para meter una cuña. Y después a sangre y fuego, ¿me ha entendido?

—Por supuesto, señor.

—Vaya a organizar a la tropa. Y procure que no decaiga el ánimo, no podemos permitirnos un segundo de duda. Tenemos que llegar como sea o aniquilarán a lo que aún quede del 1º y el 3º.

—Sí, señor.

—¡Sargento!

—¿Señor?

—Quiero ese *Wolverine* aquí a la voz de ya. Que se adelante directamente hasta esta posición —vuelve a señalar en el mapa—. Y que el transporte acorazado que nos queda acuda allí también. Esta vez no vamos a fallar. Arengue a sus hombres, que aprieten los dientes. Vamos a sacar a esos hijos de perra de sus escondrijos y los vamos a achicharrar vivos. No hay piedad. Y después ni un segundo que perder, nos esperan en Cisterna.

—De acuerdo, señor, voy a buscar ese blindado.

—Vaya.

La suerte está echada, no hay marcha atrás. Sus hombres se batan el cobre en la línea de frente, pagando con sangre por cada pie de avance. Es matar o morir, y los alemanes lo saben. Combate a cara de perro, a poco más de doscientas yardas, una verdadera prueba de valor.

—Señor, ya se acerca el blindado.

—Bien.

El rugido en las entrañas del *Wolverine* se siente a pesar del fragor del combate, ya se acerca a la altura del transporte. Comienza el traslado de unidades de una posición a otra, rápido, coordinado, sin dar tiempo a los alemanes a modificar sus defensas. Quizá aún puedan conseguir algo de ventaja. Capta miradas asustadas, siente el miedo de sus hombres. El miedo, el peor enemigo del soldado, la traición dentro de su propia mente. Necesita un golpe de efecto que le devuelva la moral a la tropa y a él mismo.

—Señor, ya está todo listo.

—Pues que avancen. ¡Maldita sea, que avancen!

Tal vez sea su última oportunidad, para ellos y para los del 1º y el 3º. Es hora de cruzar los dedos y apretar los dientes.

Silban las balas a su alrededor, llueven barro y proyectiles, trozos de metralla y vísceras. Cuando consigue alcanzar el montículo se arroja al suelo justo a tiempo para evitar que una ráfaga de ametralladora lo destroce. Son los mismos que un minuto antes acabaron con los compañeros que se resguardaban tras el *jeep* en llamas, quizá también los que le dieron a Thompson el pasaporte para la otra vida. Apenas se atreve a asomarse, pero cuando lo hace los ve, tres alemanes y su ametralladora, martilleando sobre su posición y sobre otras posiciones cercanas. No es nada personal, sólo una mezcla de deber, instinto de supervivencia y rabia ciega. Lo hace todo igual que cuando iba a cazar allá en su Pennsylvania natal. Siempre le dijeron que era un excelente cazador, un tirador de primera. Se asoma con el rifle dispuesto, inasequible al desánimo, al miedo, a las balas que taladran el barro a escasas pulgadas de su cabeza. Se arrodilla, aun más expuesto al fuego, un duelo a muerte. El alemán que maneja la ametralladora lo ve y traza un arco fatídico que pronto cruzará su posición, malgasta balas. Él no. Un solo disparo, un acierto en pleno corazón, diana a más de ochenta metros; siempre le dijeron que era un excelente tirador. El enemigo se dobla sobre su arma, ésta cesa su letanía de muerte. Otro miembro de la dotación trata de arrancar

a su compañero muerto del puesto, el otro trata de cubrirlo con su fusil. Knappenberger dispara primero y hiere al que intenta revivir la ametralladora, el soldado cae hacia atrás con la clavícula destrozada y una hemorragia que quizá termine drenándole la vida que le queda. Sólo queda uno en pie, apuntándole. Ofrece un blanco fácil para su enemigo y cualquier otro tirador que lo localice en medio del campo de batalla, pero no le importa, quiere acabar con lo que ha empezado. El alemán dispara primero, yerra; él no. Su antagonista cae muerto con un agujero de bala en el rostro. Dos muertos y un incapacitado, pero no queda nadie para darle una palmadita en la espalda, nadie con quien compartir su miedo o su rabia. Vuelve a agazaparse, está solo.

¿Cuánto tiempo podrá resistir así? Siempre fue un excelente tirador, pero nunca un tipo con excesiva suerte. Sólo es un hombre corriente, un simple soldado con agallas y determinación, pero también con tanto miedo a morir que se le revuelve el estómago. Las granadas de los morteros siguen cayendo a su alrededor, algunas más lejanas, otras tan cerca que siente como si le explotaran dentro del pecho. Pronto localizarán su posición, lo sabe, y cuando todas las miradas caigan sobre él alguna bala con su nombre escrito se cruzará en su camino. Sólo la oscuridad de la noche puede salvarlo, pero aún queda tiempo para que ésta llegue y pueda confundirse en ella y escapar de la ratonera en la que se encuentra atrapado. No le quedan granadas, apenas munición, ¿cómo devolver el fuego? ¿Cómo mantener a raya a los que se acerquen?

Una granada le sorprende, ha caído demasiado cerca. Otra más cae, y otra. No pueden estar lejos. De nuevo se asoma y distingue dos figuras agazapadas en una zanja. Van a por él, lo sabe. Se mueven rápido. Uno de ellos se asoma y dispara, yerra, pero le da tiempo a ocultarse antes de que él pueda reaccionar. Ve movimiento un par de metros más allá, espera. Un brazo asoma fugaz con una granada en la mano. Dispara, cercena la mano, que cae junto a la granada. Unos segundos después explota, haciendo saltar barro y trozos de persona. El otro alemán se asusta y trata de huir, zigzaguea, corre a resguardarse junto al resto de su tropa. Un disparo más, un acierto más, un enemigo menos.

—¡Tanques! ¡Sargento Fergen!

—Ya lo he visto, demonios. ¡Russell, Morgan!

—Señor.

—¿Quedan *stickys*? ¡Perry, carga el jodido *bazooka*!

Granada de mortero, un rato de desconcierto, el temblor aún en el cuerpo.

—¡Atrás todos, cinco yardas, a las zanjas más profundas!

—Sargento, quedan *stickys*.

—Bien, repártalas con cabeza. ¡Atrás, atrás, demonios!

Granada de obús, impacto de bala de cañón, un hombre vuela hecho picadillo, ráfagas de ametralladora, más ráfagas de ametralladora, dos hombres caen, uno de ellos trata de levantarse, más ráfagas de ametralladoras, cae.

—¡Nos están masacrando, señor!

—¡Te crees que estoy ciego! ¡Atrás todos, maldita sea! ¡A las jodidas zanjas!

—¡Nos pasarán por encima!

—¡Te quieres callar, imbécil! ¡Atrás!

Los dos tanques aceleran, uno a cada costado. Dos nidos frente a ellos los tienen localizados y golpean su posición. Los morteros juegan a la ruleta

rusa con ellos, un giro de mala suerte, un fagonazo, dolor. Están perdidos, ya sólo se decide si es derrota o aniquilación. Carrera, devolver fuego desde la nueva posición, carrera, muerte.

—¡Vamos, vamos! ¡Que alguien vuele a esos hijos de perra! ¿Qué demonios está haciendo Colorado?

—Le alcanzaron, señor.

—¡Que alguien abra fuego sobre esos hijos de perra! ¡Cabo, vaya más atrás, búsqúenos una buena posición! ¡Repliegue, maldita sea! ¡Sí, eso es!

Un soldado corre hacia uno de los tanques, se cubre, vuelve a correr. Las pulsaciones a mil, el fusil a la espalda, una *sticky* entre las manos. La trata de colocar pero el miedo le hace salir huyendo, las balas le rozan los talones. La bomba cae, el tanque acelera, nada. El tanque gira, acelera, enfila al soldado, la ametralladora le hace picadillo.

—Señor, allí. Tendremos que correr pero es mucho mejor que esto.

—Bien, ahora tenemos que conseguir un respiro. ¡Esos malditos *bazookas*!

Como si le oyeran en algún sitio, una línea de fuego enfila uno de los tanques. El vehículo se estremece, pero sigue avanzando, dejando una estela de humo negro y poco más que una abolladura en la trasera. Dentro hace calor, mucho calor, fuera los *rangers* acosan, el tanque se revuelve como un oso atacado por avispas.

—¡Nos van a pasar y nos van a cerrar! ¿Es que nadie puede volarlo? ¡Tiren a las malditas orugas! ¡Cabo, que todos tiren a las malditas orugas! ¡Perry! ¿Pero dónde demonios está ese estúpido?

—¡Allí, señor!

—¡Bien, así se hace!

Perry corre entre las balas, pasando junto a los cráteres de los morteros. Nada puede alcanzarle, zigzaguea, se desliza, se cubre. Sale de la zanja al paso del vehículo, con la *sticky* entre las manos. La abre, tropieza. Algo va mal, se le ha quedado pagada al uniforme, muy mal, está activada y no puede despegársela, no puede, fatal, se arroja hacia el blindado al tiempo que estalla en mil pedazos. El tanque se resiente, pero continúa con paso renqueante, inexorable, escupiendo balas, haciendo saltar las coberturas, aplastando.

—¡Todos atrás, más atrás! ¡Cabo! ¿Adónde demonios va? Tú, Willie, ¿ves aquel repecho de allí?

—Sí, señor.

—Pues todos a mover el culo hacia esa posición, ¿entendido? Corre la voz.

—Ahora mismo, señor.

—¡Vamos, todos hacia allí! ¡Corred, corred!

—¡Señor!

—¿Pero adónde demonios había ido? Es igual, todos hacia esa posición, ahora mismo. Aquí no aguantamos.

—Desde esa posición de ahí nos van a barrer, señor.

—Aquí también. Los que lleguemos allí al menos podremos defendernos. ¡Vamos, que todos corran!

—Sí, señor.

El mortero machaca, la ametralladora siega, los tanques acosan a los costados, y un poco más adelante un pasillo de fuego que tendrán que cruzar a la carrera.

—¡Todo el mundo atrás! ¡Corred!

V

—¿Qué dicen por radio, han conseguido pasar o no?

—Aún nada, señor, siguen combatiendo. Nadie va a llegar al menos por unas horas. Tendremos que seguir aguantando hasta la madrugada.

—Pues aguantaremos. No se pueden desperdiciar balas, hay que estar atentos a todos sus movimientos, aprovecharemos la posición todo lo que nos sea posible. Si tienen agallas suficientes, que vengan a por nosotros.

—¡Señor!

—¿Gambino?

—¡Allí, tanques!

—¡Dios! Espero que puedan pararlos esos muchachos. Nosotros no les podemos ayudar desde aquí. Concentrémonos en cubrir nuestra zona. ¡Allí!

Un grupo de alemanes avanza hacia la zanja que defienden varios desgraciados. Les precede el vuelo de varias granadas. Explosiones, humo, confusión. Están lejos, pero no demasiado. La Browning trata de cortar su trayectoria. Wilson intenta hacer blanco, Olson también. Uno de los alemanes cae, el resto llega a la zanja y se lanza a bayoneta calada contra los *rangers* atrincherados en ella. Gritos, pavor, más confusión. Uno de los *rangers* atraviesa carne con el machete, un alemán lo derriba y lo remata a culatazos. Gambino hace blanco, Wilson también. Todos los *rangers* han caído, ahora son tres alemanes los que tratan de aprovechar la cobertura de la zanja. El fuego se centra sobre ellos, otros los cubren desde posiciones más lejanas.

—¡Que no salgan de ahí!

La Browning hiende barro, Wilson acaba con el que se asoma alguna yarda más allá. Quedan dos, atrapados como ratas, como ellos mismos también lo están. Una granada de mortero cae cerca, y otra más, y otra. También arrecian las balas.

—¡Sargento, nos tienen localizados, vienen a por nosotros!

—Mejor así, eso hará que otros tengan más posibilidades.

—¡Santa *Madonna*!

Gambino se echa cuerpo a tierra, rasgar de tela, las balas pasan a escasos centímetros de sus cabezas, impactan en la Browning, hacen saltar barro.

—¡Malditos sean! ¿Alguien herido?

—No, señor —responde Gambino.

—No, por suerte no, señor —responde Wilson con hosquedad.

—Vamos a devolvérsela. ¿Sabe de dónde vino eso, Gambino?

—Allí, sargento, en las ruinas del molino.

Un emplazamiento idóneo para el nido, resguardado por los escombros, con varios hombres moviéndose tras ellos y una MG42 preparada para picar carne.

—¡Al suelo!

De nuevo el rasgar de tela, un río de balas desbordándose sobre su posición.

—¡Atentos al cambio de cañón! ¡Todos arriba a mi orden! ¡Gambino, ciéguelos! ¡Arriba!

Un feo vicio de la MG, un mal momento para los alemanes. Gambino dispara impreciso pero consigue llevar el desconcierto al otro lado. Olson y el cabo disparan con similar fortuna, el cañón ya está cambiado, insisten y Wilson hiere a uno, y una nueva cinta ya está colocada, el tirador dispuesto, el sargento le atraviesa un ojo y le destroza el cerebro.

—¡Bien, que no escapen!

El herido se levanta tambaleante y Wilson lo remata, el otro se escabulle tras el molino. Un par de granadas de mortero caen desviadas.

—Buen trabajo, muchachos.

—Eso no podremos pararlo —señala el cabo al cielo.

—Ya lo sé, pero van a tener que hacerlo mucho mejor de lo que lo están haciendo.

—¡Vamos, vamos!

El sargento dirige la mirada al mismo lugar que Gambino. Un pelotón mermado juega a la muerte con dos tanques. Uno tiene una tremenda abolladura en la trasera, orlada por una mancha negra, pero continúa en movimiento. Algo acaba de estallar junto al otro, que también continúa. Los hombres saltan hechos pedazos, caen mordidos por las balas. El mortero también martillea insistente, y ellos no pueden hacer nada desde donde están.

—Que Dios se apiade... de todos nosotros.

Ve un rostro difuminado en el horizonte, todo arrugas, un dedo sarmentoso, una voz rajada, de gubia aguda, unos ojos húmedos de locura. Y escucha las campanas, llamando a los muertos, llamándolo a él, sonando en el interior de su cabeza.

—¡Vamos, vamos, avancen!

Esta vez no puede fallar, se lo debe a los del 1º y el 3º que deben estar pasándolo realmente mal allá arriba, donde debería estar ya. De nuevo ataque frontal, directo, a sangre y fuego, a cara de perro. Los blindados delante, con el *Wolverine* cañoneando la primera construcción que se topan. Por fin el techo se desmorona, varios hombres escapan, tosiendo, cegados por el polvo, el tirador del transporte acorazado se ceba con ellos. Caen como fichas de dominó.

Murray se relame. La vida castrense le resulta adictiva, el combate un éxtasis. Pero en la derrota no es nadie, nunca derrotan a su tropa, nunca a su ejército; sus derrotas son personales, intransferibles, lacerantes como una bola de alambre de espino en el estómago. Así ha sido lo de hoy, pero ahora espera resarcirse, tomar la posición en el último intento, ser el salvador de sus camaradas allá en Cisterna, en la mismísima boca del Infierno. El fragor de la batalla es melodía para él, el *Wolverine* la nota central, con el transporte y la masa de soldados dándole cuerpo a la sinfonía. Cada uno cumple su papel, él observa, dirige la orquesta. Los movimientos son armoniosos, los van a aplastar. Del otro lado una ametralladora contrapuntea, a coro con los francotiradores: el *Wolverine* responde, la ametralladora montada responde, la tropa silencia. Triunfa su obra. El nido salta por los aires, un hombre que cae desde un tejado, dos alemanes abandonan su posición para morder el polvo a escasos metros.

De repente algo rompe la armonía, una explosión frente al blindado, una columna de humo que sale de su frontal derecho, una estela de lanzacohetes que parte de una ventana olvidada y remata la faena. El enemigo recrudece su ataque, los estaban esperando, por eso han podido llegar hasta esa posición, el lugar más al descubierto.

—¡Alto, alto! ¡Aborten el ataque! ¡Que alguien pare a esos hombres, por el amor de Dios!

La columna tras el transporte se detiene, replica fuego con fuego, se cubre. Por el otro flanco los hombres se lanzan hacia su objetivo, matar o morir. Las ametralladoras siegan la primera línea, la segunda alcanza las primeras construcciones. Movimientos coordinados: aproximación, cobertura, granadas, asalto. Pero el objetivo es demasiado ambicioso para ellos, los cazan desde las alturas, desde los costados, dentro de las trampas mortales que son

esos refugios. El blindado inicia la retirada, la columna que guía también. Por suerte no hay actividad de lanzacohetes, por desgracia muchos hombres quedan a su suerte al otro lado del campo de batalla. Muertos y desaparecidos, manchas en su expediente; un objetivo sin cumplir, una cuestión personal.

—¡Un repliegue con sentido, maldita sea! ¡Teniente! ¿Dónde demonios está?

Ha vuelto a perder, y ya son demasiados caídos, ha llegado ese punto en el que la igualdad en tropa y material entre las dos fuerzas hace que un nuevo ataque a posiciones resguardadas sea sólo un suicidio, sin posibilidad de gloria.

—¡Señor!

—¿Dónde demonios estaba? Es igual, ¡ordéneme ese repliegue! ¡Estamos perdiendo más de lo que nos podemos permitir!

—Señor, por la radio...

—¡No me importa lo que digan por radio! ¿Me ha entendido? ¡Quiero que mueva el culo y me ordene ese repliegue ahora mismo! ¡Vaya!

La mayor parte de la sección que intentó el asalto se bate en desbandada o están muertos. Apenas resiste alguna posición que pronto será recuperada por el enemigo. No les puede negar el valor a sus soldados, el ímpetu, aunque todo haya sido un puro derroche. El tiempo sigue avanzando inexorable, el crepúsculo se aproxima, trayendo una noche maldita para los que aún les esperan allá arriba, en Cisterna. No le quedan ideas ni flancos que atacar, ni hombres tampoco. No hay refuerzos en camino, ni un resquicio a la esperanza. Sobre su cabeza la derrota, tan personal como suelen serlo todas para el coronel Murray. Lo único que resta es defender una posición desventajosa por si alguien aparece desde cualquiera de los dos sentidos de la carretera, eso y rezar por los muchachos del 1º y el 3º; que Dios se apiade de ellos.

Otra ametralladora insiste sobre él. Le gustaría poder hundirse en el barro, fundirse con él, desaparecer. Su realidad es de fuego que arrecia y ningún sitio al que escapar. El zumbido de las balas asusta, mucho más real que cualquier otra cosa. Sólo el azar funesto y estruendoso del mortero lo supera en un lugar como éste. No es un hombre de carácter, pero sí tiene un buen puñado de agallas y una buena ración de cerebro para cuando las cosas se tuercen. Aun así es demasiado: la ametralladora lo ciega, lo tienen localizado y van a por él. Ya no forma parte de una línea de avance, es un hombre solo y aislado en tierra de nadie.

Apenas se atreve a asomarse. Ve los fognazos, incluso tiene la ilusión de ver las balas. El barro le salpica la cara, un proyectil roza su casco. De nuevo se aplasta contra el suelo. Cuenta mentalmente, prepara el fusil, se incorpora y dispara casi sin mirar. Le devuelven fuego al instante, tendrá que hacerlo mucho mejor si quiere conseguir algo. Mira a los lados y ve tanques hostigando a sus compañeros en la lejanía, los restos carbonizados de un *jeep* con brasas humanas atrapadas dentro, cadáveres mutilados. Obuses de mortero, balas de cañón, metralla aquí y allá, el destino en el aire siempre dispuesto a un mal cruce. Toma aire y orgullo, vuelve a levantar la cabeza, esta vez sí apunta. El que alimenta la ametralladora cae herido, aún se mueve. Un aviso. Sus compañeros tratan de vengarse, martillean la posición, insisten, gastan balas, calientan el cañón. Cuenta atrás. Se yergue, apunta, dispara. El tercer servidor de la ametralladora cae, pero su compañero herido lo sustituye en el puesto y vuelven a cegararlo. Taladran barro, lo hacen saltar, van a convertir el montículo en un nido de termitas. Pero no le alcanzan. Siempre le

dijeron que era un buen cazador: paciente, atento, certero. Nueva cuenta atrás; vuelve a erguirse. En esta ocasión le reciben con disparos de cobertura, yerros por pulgadas. El herido también parece ser un buen tirador, y su compañero reinicia su letanía tartamuda. Nada. La moneda vuelve a estar en el aire. Nuevo recuento, fusil listo, se incorpora. El fuego de cobertura vuelve a estar ahí, más certero que antes, pero no lo suficiente como para conseguir otra cosa que hacer saltar chispas del casco. Él se toma algo más de tiempo en disparar. Un segundo después de la detonación, el tirador de la ametralladora cae hacia atrás. Ahora sólo uno de sus antagonistas queda en pie, duelo a cien metros. Ambos tienen que recargar. El alemán está herido, pero ha empezado antes y está más asustado, recarga, apunta. Él también consigue recargar y no apunta, dispara por instinto. A cien metros un hombre cae. El también cae, angustiado por el frenético latir de su corazón. La adrenalina lo tensa, lo paraliza.

Los horrores del día lo saturan, y el saber que aún no han acabado y que la forma más probable de que acaben sea su muerte acentúa la sensación. Tampoco le quedan muchas balas. Sólo ve una escapatoria: esperar a la noche, que la oscuridad le cubra en su huida hacia ninguna parte. ¿Dónde estarán los suyos? Tendrá que seguir la carretera en la distancia. O volver a atravesar en barro y las zanjas del canal, atento a cualquier encuentro inconveniente, y aún más atento a cualquier atisbo de la nueva línea de frente.

Pero eso tendrá que ser por la noche. Hasta que llegue ese momento deberá seguir matando para no morir.

—¡Vamos, vamos! ¡Corred!

Un pasillo de fuego, justo en el centro del arco de tiro de una ametralladora. Los hombres corren, se cubren, tratan de cubrir a sus compañeros. Los alemanes son tan eficientes como sus armas, cerebros de metal colado, inasequibles al desaliento, inflexibles, determinados y certeros. Los hombres van cayendo, los tanques acosan a los zorros para servírselos al cazador. Johnson cae, escupe sangre, clava la cara en el barro. El arco se desplaza y se cruza con Lurkin y Milano, les destroza las piernas. Ambos caen y gritan, pero nadie se va a detener, hacerlo es morir.

—¡Cabo, que corran todos! ¡Allí, maldita sea! ¡Vamos!

Fergen se fija en un soldado que cambia su trayectoria. Lleva la mirada perdida en algún lugar más allá de lo que les está pasando, el gesto es el de un iluminado en éxtasis. El soldado corre, tropieza, se incorpora y sigue corriendo. Desde la posición alemana han reparado en él. Los servidores auxiliares tratan de detenerlo, en arco de la MG se va cerrando sobre su trayectoria.

—¡Vamos, muchacho, vamos!

Saca una granada, la arroja. Demasiada distancia, demasiada imprecisión. Sigue corriendo con otra granada en las manos. La lanza. Antes de que detone ya ha cogido otra y le ha quitado el seguro, justo en el mismo momento en el que el arco de a MG se cruza con él y lo parte en dos, justo en el mismo momento en el que la segunda granada estalla y ciega el nido justo durante el tiempo suficiente como para que sus compañeros alcancen la posición cubierta.

—¿Quién era ese soldado?

—No lo sé, sargento.

—¡Vamos, vamos! ¡Todo el mundo aquí! ¡Esos bazookas, cabo!

—Voy a ver, señor.

—Tráigame uno.

—Lo intentaré.

—¡Vamos, cúbranse todos! Y ahora que vengan a buscarnos, les vamos a dar su merecido a esos hijos de perra. ¡Preparen los *bazookas* y las *stickys*, tenemos que parar esos carros de combate!

Vuelven a dispararles desde el mismo sitio que creyeron cegado por la granada. El sacrificio sólo sirvió para conseguir una tregua. Pero se han salvado muchas vidas, ahora están a cubierto, al menos por el momento. Es hora de responder como mejor saben.

—Señor, aquí tiene —Russell le entrega un lanzacohetes.

—Bien. Allí veo otro, nos cubriremos mutuamente. Cárguelo —se lo hecha al hombro, se prepara.

Los tanques aminoran la velocidad, son como perros de presa oliendo el peligro. De nada les servirá el blindaje si no saben cubrirlo. Más allá, en tierra de nadie, aún ve algunas escaramuzas, las protagonizadas por aquellos que les han salvado la vida a cambio de sacrificar las suyas, los que evitan el contraataque.

—¡Esperen a que estén cerca! ¡Tenemos que acabar con ellos a la primera, si salen de esta no nos darán tantas oportunidades!

Uno de los tanques se adelanta, dispara, vuela la cobertura escasas yardas a la izquierda de Fergen, llueve barro y piedras. El otro tanque se detiene y dispara desde la distancia, aprovechando su poder y evitando el cuerpo a cuerpo con la infantería.

—¡Ahora!

Un *bazooka* hace blanco en el tanque más avanzado. Acierto insuficiente. El vehículo sigue en movimiento, trata de retroceder pero no puede. Al final se arriesga a girar; mala elección. Fergen lo tienen en el punto de mira, se asegura, respira hondo, dispara. La trasera del blindado revienta, las llamas se extienden. Una antorcha humana sale del vehículo, tambaleándose. Al final cae. Sus compañeros aprovechan para salir corriendo. No hay compasión. Mucha rabia contenida, mucho plomo excitado. Las balas muerden carne, la atraviesan, la sangre salta por todos lados.

—¡Así se hace!

Los hombres gritan de alegría y se llenan de ánimos. A nadie se le escapa que es una victoria pírrica, un paréntesis en la derrota en la que llevan inmersos desde el amanecer, pero es lo único que se interpone entre ellos y la desesperación, y eso podría ser su fin.

Una noche en el desierto

escrito por LAO CABAS

Se sentía satisfecho por haber llegado vivo al final de aquella agotadora jornada. Ahora que caía la tarde, las sombras campaban a sus anchas entre las dunas y desde donde se encontraba podía divisar las ruinas de Cort, humilde ciudad de adobe usada por los perros del desierto y devastada siglos atrás. Era hora de descansar.

Sabía perfectamente cuál era el camino de vuelta y, asimismo, que su viaje le costaría otros dos días de fatigoso galope bajo aquel sol abrasador, con una reserva mínima de agua y sin comida. Aún no lo había decidido, retroceder y llegar de nuevo a la seguridad de Ribla, su ciudad natal, con sus fuentes y árboles que le proporcionarían la tan ansiada protección o, por el contrario, continuar rumbo hacia el norte, adentrándose cada vez más en el inmenso desierto sirio.

No, no había opción alguna de volver atrás. Aun cuando decidiese no llegar a su destino, la ciudad de Zalta, no podría volver a Ribla nunca más, pues ellos sabrían que se había dejado comprar, que la lealtad de los hijos de Aram tenía un precio.

Aún no entendía muy bien cómo había ocurrido. Él era un leal mensajero que ya había enfrentado cientos de adversidades para lograr que la información que llevaba llegase a su destino. No sabía si por hastío, por avaricia o por los muchos años que pesaban a sus espaldas realizando su labor sin el más mínimo reconocimiento pero, la noche anterior a su viaje, cuando aquel desconocido le había mostrado el contenido de su bolsa repleta de monedas de oro no pudo resistirse. Ahora se encontraba a medio camino, con el aviso de una invasión que podía salvar a la ciudad en una mano y el saco de monedas en la otra, sin haber tomado aún una decisión segura.

Desmontó su caballo y buscó cobijo entre las ruinas destechadas. El viento frío de la tarde se deslizaba fugaz entre las maltrechas chozas mientras él caminaba por lo que mucho tiempo atrás debió de ser la calle principal de Cort. Toda Siria conocía la leyenda que se contaba de la ciudad del desierto aun cuando los datos exactos de su construcción, cultura y posterior destrucción se hubiesen perdido hacía mucho.

Los viajeros contaban la historia de la ciudad que, aun sin vida, era hospitalaria con los hijos del desierto que en sus viajes tenían la buena ventura de encontrarla. Contaban que del suelo de las destartadas viviendas manaba el agua para los sedientos, como una especie de oasis inteligente que gentilmente aliviaba sus fatigas. No era que en la ciudad hubiese fuente alguna, era que cuando un viajero se adentraba en ella comenzaba a fluir el agua y hasta extraños frutos de la tierra y de sus viejas paredes de barro. Incluso una vez había escuchado la historia de un extranjero que, siendo perseguido por bandidos del desierto, había encontrado en ella no sólo protección, sino *amrita*, el dulce oro líquido que era capaz de dar a los hombres energía y fuerza sobrehumana y del cual sólo los antiguos alquimistas, muertos todos ellos hacía mucho, sabían la receta.

Pese a todo, los pueblos del desierto eran supersticiosos y temían las manifestaciones sobrenaturales por creerlas obras de los *Djinnns*, demonios del fuego y la arena que habitaban en las dunas buscando cazar a los hombres desprevenidos con sus trucos y engaños, así que evitaban en la medida de lo posible ese tipo de lugares.

Siguió adelante, adentrándose en la ciudad que a primera vista le había parecido mucho más pequeña. Un denso silencio había hecho ahora acto de presencia y a no ser por sus pisadas inseguras sobre la arena y los relinchos de su caballo, al cual le costaba hacer avanzar, ni un sólo insecto parecía tener vida en aquel lugar.

Torció la calle hacia la derecha y para su sorpresa se encontró con lo que parecía ser un viejo templo de la ciudad. Incomprensiblemente, mientras las casas eran poco más que montones de barro sobre la arena dorada, el templo aún conservaba sus puertas de madera robusta y su fachada brillaba con tintes rojizos bajo los últimos rayos de sol del ocaso. Cómo había resistido aquella edificación al paso del tiempo, él no lo comprendía, pero le brindaría un seguro refugio contra el frío de la noche y esto, por el momento, le parecía suficiente.

Empujó con fuerza las puertas, que se abrieron con un chirrido que rompió aquel silencio que ya empezaba a incomodarle. Antes de que sus ojos se pudiesen adaptar a la oscuridad del interior, el relincho de su caballo que escapaba a toda prisa del lugar le hizo girar la cabeza. Un sudor frío recorrió su espalda. Por unos momentos se quedó en la entrada, paralizado mirando la calle desierta bajo el polvo que había levantado su montura. Los viejos miedos de sus antepasados volvieron a correr por sus venas mientras recordaba cada historia y asimilaba cada detalle con los que le asustaban de niño acerca de los demonios que moraban el desierto.

Pasados unos minutos que le parecieron horas, sacudió la cabeza para alejar a los fantasmas que se daban cita en sus pensamientos, y se encaminó hacia el interior del templo. Su estructura, pese a lo que unos instantes antes pudo imaginar, estaba como todas las otras construcciones en aquel lugar, sin techo, vacía, muerta, con sólo un montón de escombros apilados en una de las esquinas. Pudo divisar entre ellos unos cuantos tablones de madera seca y su corazón volvió a sentir algo parecido a la alegría. Juntó las maderas rápidamente en medio del recinto, en pocos momentos la oscuridad sería total. Sacó de las alforjas que llevaba dos piedras melladas que comenzó a raspar entre sí para prender un fuego. Después de un par de intentos las chispas prendieron la madera y en pocos minutos su fogata iluminaba toda la estancia, despidiendo un humo blanquecino que se elevaba junto a las viejas paredes para encontrarse con un cielo sin estrellas en aquella noche temprana.

Miró a su alrededor y comenzó a dar vueltas por la estancia, observando el suelo y las paredes. No había agua, ni comida, ni ningún maná fantástico con el que le habían hecho soñar. Sin duda los hombres del desierto tenían mucha imaginación o habían pasado tanto tiempo bajo el sol que éste había logrado asar sus cerebros. Allí sólo había polvo y arena, el resto eran cuentos.

Se sentó frente al fuego clavando los ojos en el crepitar de sus llamas mientras intentaba en balde tomar una decisión. Posiblemente, por la mañana, lograrse encontrar su caballo en las inmediaciones de la ciudad, eso no era un problema. El animal no se aventuraría solo en el desierto habiendo caído la noche. El verdadero problema estaba en su alforja. ¿Qué debía hacer? ¿Llegar hasta Zalta para entregar el mensaje y confesar la deshonra de, en un momento de debilidad, haber cedido al chantaje? ¿O por el contrario debía coger el oro, quemar el pergamino allí mismo y huir hacia las ciudades del sur que en su mayoría estaban habitadas por bandidos y rufianes como él? No lo sabía; y sentía que su cabeza estaba a punto de estallar. Pensó que sería mejor dormir un poco y por la mañana tomaría la decisión. Se acurrucó en el suelo, sin dejar de mirar el fuego, intentando vaciar por completo su mente de

imágenes que le asaltasen el sueño. Sus párpados no tardaron mucho en empezar a pesarle.

Un estallido de agitadas pisadas lo despertó de su letargo. No sabía cuánto tiempo había dormido pero una luz cegadora le hizo cerrar los ojos en cuanto los abrió. ¿Qué estaba pasando allí? Ya no se encontraba entre las destartadas paredes del templo, estaba en mitad de la calle rodeado de una multitud que corría de un lado para otro sin dejar de gritar. Nada de lo que estaba sucediendo a su alrededor tenía el más mínimo sentido y sintió que estaba dentro de un mal sueño del que intentó despertar con toda su voluntad sin conseguirlo. Las imágenes que se sucedían ante sus ojos eran demasiado nítidas, demasiado reales para ser un sueño. Gente que corría, mujeres que gritaban y niños que lloraban, todo ello con el sonido del choque de espadas en medio de la batalla. Hombres de aspecto tosco a caballo asaltaban la ciudad y degollaban sin piedad a sus habitantes. Las casas en llamas y el olor de la sangre regando toda la calle casi hicieron que se desmayase, y lo hubieran conseguido de no ser por las náuseas y las incontenibles ganas de vomitar que lo asaltaron.

Comenzó a correr calle arriba, sin tener idea de qué estaba pasando, dónde estaba, ni adónde se dirigía. Velozmente intentaba esquivar las espadas que surgían delante de sus ojos sin saber muy bien de dónde. Si existía un lugar donde el caos habitase, él lo había encontrado.

No dejó de correr hasta que un grupo de mujeres sollozantes, muchas de ellas cubiertas de sangre, le cerraron el paso. Era como si al verlo su miedo y su desesperación se hubieran convertido en odio desbocado que ahora lo aterrizzaba más que el de los hombres a caballo. Se le abalanzaron encima; le escupían y pegaban en el pecho con los puños cerrados. Pero la fuerza que genera el miedo hizo que se pudiese librar de ellas sin mucha dificultad y continuó con su enloquecida carrera calle arriba, donde parecía haber menos alboroto. Sin duda la batalla aún no había llegado hasta aquel punto de la ciudad. Entonces, al girar una esquina quedó paralizado ante la visión que le revelaron sus ojos: una edificación de grandes puertas de madera, con su fachada teñida de rojo. Era el templo y, sin saber explicarlo, supo que se encontraba en Cort, en un pasado distante, y que ahora asistía a su destrucción.

Instintivamente empujó las puertas y penetró en su interior en busca de refugio. Pero no era como lo recordaba. Una gigantesca cúpula de cristal hacía la función de techo por donde penetraban los rayos del sol. Las paredes estaban decoradas con exquisitos tapices y un gigantesco altar cubierto con ornamentos de oro y plata se erguía majestuoso al fondo del salón. Frente a él, varios hombres con túnica que los revelaba como sacerdotes clamaban en desesperada oración al cielo para evitar la aniquilación que inminentemente se cernía sobre ellos. A su entrada en el templo, uno de ellos se giró mientras clavaba en él sus coléricos ojos y gritaba:

—¡Tú...! ¡Miserable bastardo!

El resto de los sacerdotes también se dieron la vuelta mientras, haciendo gala de una ira incontenible, se abalanzaron sobre él insultándolo y golpeándolo hasta derribarlo. En un segundo se vio tendido en el suelo a merced de las patadas de esos hombres que no dejaban de gritar.

—¡Traidor! ¡Nos has traído la ruina! —decía uno de ellos mientras sacaba de su túnica una pequeña daga.

Un segundo más tarde pudo contemplar el fugaz brillo del acero que se hundía una y otra vez sin piedad en su pecho.

Aun mientras se ahogaba con su propia sangre y su visión se volvía borrosa tumbado en mitad del suelo del templo pudo escuchar:

—¡El oro que has cobrado por la sangre de tu pueblo de nada te aprovechará en la otra vida! ¡Nosotros moriremos hoy, pero tú también!

Después sólo oscuridad, sólo un frío helado y la sensación de estar cayendo en un vacío profundo durante un periodo de tiempo que se le antojó una eternidad.

Despertó sobresaltado, bañado en un sudor frío que parecía escurrirse no sólo por su cuerpo sino por todo su ser. Aun tardó algo de tiempo en comprender dónde se encontraba. Los rayos del sol comenzaban a penetrar a través de las ventanas y de la ausencia de techo. Frente a sí, encontró la pequeña fogata que prendiera la noche anterior ya extinta. ¿Qué demonios le había ocurrido? ¿Todo aquello sólo había sido un sueño? No. De alguna forma el destino le había llevado la noche anterior hasta aquel lugar para poder saldar una vieja deuda que se hallaba ya perdida en la memoria de los tiempos.

Se incorporó y tomó su alforja, aún temblando de miedo y teniendo que coordinar minuciosamente cada paso para no venirse abajo, y salió del templo.

Las calles estaban silenciosas. Reconocía cada choza, cada esquina y sintió un estremecimiento cuando llegó al lugar donde aquellas sollozantes mujeres, al borde de la desesperación, lo habían asaltado. Se dirigió por la calle principal hasta que estuvo a la altura de las últimas casas. Un poco más allá, entre las dunas, divisó la silueta de su caballo aguardándolo.

Volvió la vista de nuevo hacia atrás e introduciendo la mano en una de las alforjas sacó la bolsa llena de oro que desperdigó por el suelo de Cort.

Ya a punto de salir de la ciudad, dirigió la vista hacia una de las pequeñas chozas que aún se mantenían en pie. Dentro, pudo ver como de entre sus paredes brotaba un fino hilo de agua.

Lao Cabas es un escritor tinerfeño, autor del libro de poesía *Lobos y chamanes*, de la editorial Slovento. Algunos de los autores que más le han influido son Robert. E. Howard y H. P. Lovecraft.

Fonda sangrienta (Blood dinner)

escrito por ALBERTO SOBREVIELA FALCES

En *Fonda Sangrienta* encontramos un desfile de temas recurrentes del cine *gore* de los 80: la fiesta de las vísceras, una comitiva de senos, personajes peculiares engalanados con cruces gamadas, y situaciones absurdas que no se sostienen, pero que hacen esbozar una amplia sonrisa. Y es que Jackie Kong, la directora de este festival del amor, decidió sacar partido a las posibilidades de la comedia y el *gore*, presentando una historia sencilla pero cargada con personajes y situaciones desmesurados.

Kong debutó con un film que tímidamente se acercaba a la lluvia de tripas de la película que nos ocupa, aunque definía su gusto por el tema: *El Ser (The Being, 1983)*, historia sin complicaciones en la que un monstruo radiactivo se presentaba en una ciudad de Idaho y devoraba a sus habitantes. Un trabajo muy mediocre y sin apenas alicientes. Por suerte las ganas no le abandonaron, y tras experimentar con la comedia *Night Patrol (Night Patrol, 1984)*, firmó una de las películas de culto de serie B más divertidas: *Fonda Sangrienta*.

Haciendo tributo a Herschell Gordon Lewis y su *Blood Feast (Blood Feast, 1963)*, la película viene hilada por la idea del fanatismo religioso (tratado de forma alocada, haciendo alusión a una antigua diosa egipcia) y el devoto tío Ambar, un recluso a la fuga del que se advierte por radio: “ha sido visto con un cuchillo de carnicero en una mano y sus genitales en la otra”. La tarea de sus dos sobrinos consistirá en la continuación del legado de Sheetar, para lo que recuperarán el cerebro parlante con ojos de su tío y seguirán al pie de la letra sus instrucciones, sin rechistar. Dos tipos con muy poco talento.

A lo largo de la película se muestra un repertorio de muertes encarnizadas y situaciones repulsivas, que junto a un par de peculiares secundarios que llenan la pantalla, resultan el mayor atractivo del film. El orondo señor barbudo, que no puede faltar en una película así (recuerdo con cariño al obeso padre de *Premutos (Premutos: Der gefallene Engel, 1997)*, y su espada de Conan, que firma una escena colosal, vomitando su hamburguesa sobre los parroquianos de la fonda; o el inquietante vaquero inerte de estridente vocecilla, que pasa por alto los principios del ventriloquismo.

Intrigante es también el uso de efectos visuales de distinto nivel, pues bien hay momentos de *gore* explícito verdaderamente conseguidos, como también mordiscos que se llevan todo un brazo por delante y dejan al muñeco que hace las veces de especialista en un plano fijo, para poder disfrutar del acabado del maniquí. Grandes escenas de lucha que son la fiesta del *raccord* y pobres efectos de coche en marcha y traqueteo irregular. Aunque con todo, no son suficientes para restar calidad a una historia tan absurda y peculiar, que hace de su hora y media de duración una experiencia divertidísima.

Sinopsis: Iniciados por el difunto tío Ambar en el culto a la diosa Sheetar, George y Michael utilizan su fonda vegetariana para lograr la reencarnación de la diosa, asesinando a cuantas chicas se les ponen por delante y seleccionando sus miembros y órganos para crear un monstruo con formas de mujer.

Directora: Jackie Kong.

Intérpretes: Rick Burks, Carl Crew, Roger Dauer, Max Morris, Lisa Elaina.

Género: Comedia *gore*.

País y año: USA, 1987

Duración: 88 minutos.

El Vengador

escrito por DAVID JASSO

¿Recuerdas cuando eras niño? Qué tiempos aquellos, han pasado más de treinta años. A mí lo primero que me viene a la mente es el colegio. Veo el patio de recreo, los gruesos barrotes que lo rodeaban, veo a un chico correr entre otros mientras grita “churro va” y salta sobre los sufridos muchachos que “la pagan”. Me veo a mí mismo mordisquear el bocadillo del almuerzo sin demasiado interés y sentarme en el asfalto, casi puedo sentir cómo la verja se clava en mi espalda. Vuelvo a abrir el tebeo, ahí está **Hank Pym** encogiéndose, llama a las hormigas a través de su casco. Poco a poco los gritos de mis compañeros se tornan lejanos, se difuminan entre borrosos ecos y desaparecen. Me atrapan **Los Vengadores** y ese episodio titulado *La agonía*.

Lo recuerdo ahora con una melancólica sonrisa en los labios. Cuánto tiempo ha pasado y cuánto ha cambiado todo. No te importaban los dibujos retocados, ni el formato reducido, ni las traducciones tan inexactas, ni la falta de color, no importaba nada. Allí estaban ellos. Eso era lo único. Los superhéroes.

—Hay uno que es ciego —me dijo un día mi amigo—. Y tiene un bastón que lo tira...

—Anda ya. Eso es imposible. —Pero mientras negaba, mi mente se abría a nuevas posibilidades e imaginaba entre brumas. “Ciego, guau”.

Era un nuevo mundo, era ir más allá, cruzar fronteras y traspasar barreras, era huir de las fichas de ejercicios y de los subconjuntos de números enteros positivos. Era otro sitio, un lugar en el que todo era posible. Volar, huir, soñar. Ya no pertenecía sólo a este Universo. Para siempre.

Aún no sé por qué extrañas razones mis padres, celosos guardianes de la educación de su retoño, me prohibieron terminantemente leer y coleccionar “esos tebeuchos que no hacen nada más que atontaros”. Ahí estaba yo, a mis once años, entrando en casa los tebeos a escondidas en la funda de la guitarra. (“La música es una actividad que cultiva el espíritu, así que, hijo mío, vas a estudiar guitarra.”) A pesar de su estricta prohibición, yo los intercambiaba - compraba - dejaba - negociaba con mis compañeros. Nunca renuncié a ellos.

Leerlos, además de un placer, se había convertido en un acto subversivo, una muestra de rebelión que todavía los hacía más interesantes. Mis padres no podrían conmigo.

Cuando mi madre me enviaba a por gaseosa a la tienda de abajo, yo iba hasta el economato de la avenida a varias calles de distancia, allí costaban una peseta menos y me guardaba la diferencia. Estaba convencido de que eso no era sisar, sino ganármelas. Cuando reunía trece pesetas subía la larga cuesta y, más que mirar, admiraba el montoncito de tebeos rebajados de la vieja tienda; gastarse veinticinco pesetas en uno nuevo era impensable. Lentamente, intentando imaginar el contenido, los pasaba uno a uno, el tacto de sus tapas hacía que mis dedos se electrificaran y sintieran un extraño placer al notar el cartoncillo, tan suave, tan dulce, tan prometedor.

—Vamos, niño, que no tengo todo el día.

El tendero, todo un dechado de amabilidad.

—Sí, sí. ¿Este... éste sabe si continúa?

—Y yo qué voy a saber.... ¿No te acuerdas de los números que tienes...?

Recuerdos lejanos, ya casi perdidos. Y ahora todo parece gris, sombrío, triste.

En la cama, con la linterna, bajo las sábanas devoraba una y otra vez los tebeos. Me encantaba **Estela Plateada**, también era un incomprendido como yo.

—Se lo diré a los papás...

Mi hermanito era un ser abominable. Yo le llamaba Renacuajo en honor al personajillo que acompañaba a **Magneto** en los primeros tiempos. Era clavado. Y para mi desgracia teníamos que compartir habitación. **Estela Plateada** no podía abandonar la Tierra y yo no podía librarme de mi hermano. Ahora, de Renacuajo sólo queda el recuerdo, no me arrepiento. Además la culpa fue suya, si no hubiera dejado el *jeep* en medio de la habitación yo no lo habría pisado.

Cuando mis padres se acostaban comenzaba a hacerse realidad mi sueño. Era el momento en el que podía leer mis preciados tebeos. Cruzaba la habitación en silencio, a oscuras, descalzo, notando el frío suelo bajo mis pies, temeroso de ser descubierto, hasta el viejo baúl en el que mi madre guardaba, ignoro con qué fin, un montón de trastos de mi difunta abuela. Recuerdo un amasijo de telas, ropas viejas, cajas de puros sujetas con gruesas gomas repletas de cartas, papeles y fotos. Allí, al fondo, apartando los recuerdos estaba mi vida. Pulcramente ordenados y perfectamente conservados se encontraban mis tebeos. Cada vez más numerosos. Totalmente cubiertos por enaguas y un viejo traje regional. Oían a naftalina. Ese olvidado baúl era el escondite perfecto para almacenarlos, sin embargo siempre vivía con el profundo temor de que algún día fueran descubiertos por mi madre y arrojados a la basura. Los amaba. Renacuajo, tapado hasta la nariz, observaba desinteresadamente mi trasiego.

—Como algún día digas algo, te mato.

Movía la cabeza indicando que entendía y sonreía con cara de tonto. Yo no veía sus labios, pero sabía que sonreía. A Renacuajo le encantaban los **Madelman** y se pasaba las horas muertas jugando con los hombrecitos articulados y sus accesorios: recuerdo uno vestido de explorador y otro de esquimal. Qué estupidez, “vive las maravillosas aventuras de Admunsen muriendo congelado”. Lo bueno eran los tebeos, aunque él todavía no sabía leer. Aún no iba ni a primero.

Una noche de primavera, cuando me dirigía a mi cama después de rescatar del baúl de mi abuela un tebeo de **La Patrulla-X** que auguraba un rato intenso, oí, en el silencio reinante, un estrepitoso *craack* mientras algo se clavaba en mi pie y me hacía gritar de dolor. Era un *jeep* de sus malditos madelman. Una oscura gota de sangre, como un presagio, manchó el suelo. Mi corazón se paró. El ruido y el grito habían sido ensordecedores. La luz se encendió en la habitación de mis padres.

—¿Qué pasa? —gritaron preocupados. A su manera, nos querían. Siempre les he echado de menos.

Renacuajo encendió la lamparita de su mesilla. Se iluminó el rostro de Mickey y el de mi hermano se desenchajó.

—Mi coche, mi coche, mi coche... —clamó al ver su *jeep* destrozado.

—Sshh... calla —indicué amenazador. Todavía estábamos a tiempo de evitar que me descubrieran—. Nada, mamá, nada —grité. Pero ya le oía levantarse de la cama. *El Juggernaut ataca* se humedecía con el frío sudor de mis dedos. La baldosa se empapaba con mi sangre. Las zapatillas de mi madre se acercaban por el pasillo. Me lancé sobre mi hermano, que aún gritaba que yo había roto su coche. Le zarandé.

—Calla, cabrón, calla —le espeté en su cara. Comenzó a llorar—. Como digas algo de los tebeos te mato. Te mato.

Lancé sin contemplaciones a los mutantes debajo de mi cama. Justo a tiempo, en la puerta apareció mi madre. Encendió la lámpara del techo.

—Lee tebeos, lee tebeos. Por la noche lee tebeos —fue lo primero que dijo Renacuajo.

Me hubiera gustado ser el profesor Xavier para hacer que su purulento cerebro estallara.

No me arrepiento de lo que hice, tampoco estoy orgulloso. Ni sonríe.

El domingo siguiente todo parecía ya olvidado en casa. Y, una vez más, mis padres nos habían secuestrado, metido en el coche (un viejo Gordini) y llevado al campo. Decían tonterías sobre el aire puro y la vida sana, lo que implicaba no poder ver los dibujos animados de **Meteoro** y no poder leer tebeos en casa de mi amigo. Odiaba el campo. A Renacuajo no parecía importarle, se llevaba sus madelman y vivía imaginarias historias en el Africa Negra (¿Qué diablos hacía el esquimal en Tanzania?) Los hacía volar y hablar, los lanzaba por los desniveles y emitía extraños sonidos sibilantes.

Mientras mis padres lavaban el coche algo más allá, me acerqué a Renacuajo. Interrumpió su juego y levantó los ojos hacia mí. Se había puesto a la defensiva. No le faltaban motivos, sabía que me debía una.

—¿Puedo jugar contigo? —dije lo más amistosamente posible ocultando mis verdaderas intenciones. Comenzó a negar con la cabeza, pero se lo pensó mejor y se encogió los hombros.

La noche del *jeep* no había tenido graves consecuencias; mi madre ni siquiera había visto el tebeo de **La Patrulla-X**. Yo afirmé que me había levantado a hacer pis y Renacuajo, al ver la mirada que le arrojé, se calló de golpe. Pienso que mi madre tenía sueño y quería volver pronto a la cama. Se limitó a murmurar algo sobre: "...a estas horas; gritos; no vais a crecer nunca; tu padre no se levantará, no; harta; ni dormir puedo."

Me aplicó alcohol descuidadamente en el rasguño de la planta del pie, me pegoteó una tirita y nos amenazó con no darnos la paga el próximo fin de semana. Antes de apagar la luz dijo:

—Ah, y nada de tebeos, ¿eh?

Cuando dejó de verse el resplandor proveniente de la habitación de mis padres me levanté y me acerqué hasta la cabecera de la cama de Renacuajo. Abrazaba con pesar los restos del *jeep*. Sólo le miré. Fijamente, enseñándole todo mi odio, permitiendo que fluyera fuera de mí como un torrente imparable. En un primer momento pareció querer hacerme frente, pero comenzó a llorar en silencio, asustado por mis facciones desencajadas. Vi miedo en sus ojos. Ahí estaba yo, mirándole y él, aterrado, llorando. Creo que así pasaron horas.

Cogí al explorador sin ningún miramiento. Su rifle de plástico salió disparado y se perdió entre los matojos cercanos. La atemorizada mirada de Renacuajo siguió su errático vuelo confiando quizás en recuperar luego ese inútil accesorio.

—Lo voy a tirar al canal, bocazas —dije refiriéndome al muñeco. A lo lejos **Jeanette** afirmaba que era rebelde porque el mundo la había hecho así, desde el viejo transistor que mis padres habían dejado sobre el coche. Ellos no nos veían, nos ocultaban los mismos arbustos que habían devorado el arma

del cazador. Renacuajo supo que cumpliría mi palabra, que no bromeaba. Que había llegado el momento de mi venganza.

—Noo, noo —imploró.

Comencé a caminar hacia la parte baja del canal, algo que mis padres nos habían prohibido terminantemente —y por lo tanto era la zona que más visitábamos y mejor conocíamos—. Me siguió lloroso. Yo mantenía la figura en alto, fuera de su alcance, como quien enseña un hueso a un perro para atraerle.

—No, no lo tires. No lo tires o irás a mamá.

Eché a correr hacia el amplio y turbulento canal de paredes de cemento. Oía detrás de mí su voz y su llanto. A lo lejos se perdió el chillón sonido de la radio y en pocos minutos llegué a la orilla del canal. El silencio era casi total: el discurrir del agua, algún pájaro, el zumbido leve de los insectos y el lejano, casi inaudible, rumor de la distante carretera.

Renacuajo llegó sudoroso, fatigado y lloroso. Yo, justo en el borde, sostenía con la punta de los dedos el madelman sobre las sucias aguas. El Sol del mediodía caía de plano. Esperaba que Renacuajo implorase, suplicase y al final comprendiera mi superioridad. Que aceptara mi autoridad. En realidad creo que mi intención no era tirar el muñeco al agua, sólo pretendía darle una buena lección, hacerle ver que conmigo no se podía jugar, que mis tebeos eran sagrados. Pero, en lugar de eso, embistió de forma inesperada. Como **El Rino**. Logré placarle a duras penas y nos zarandeamos en la orilla del canal a punto de caer. No se daba cuenta del peligro que entrañaba su loca conducta. Le empujé con fuerza y acabó en el suelo.

A rastras alcanzó mis piernas y me derribó justo sobre el borde de cemento. Yo no esperaba una reacción tan rápida y tan violenta. El efecto sorpresa le proporcionó ventaja a pesar de la diferencia de edad. Mi trasero se llevó la peor parte del golpe, justo después de mi orgullo. Ese imbécil estaba empezando a cabrearme de verdad. Pero ¿estaba loco o qué? ¿No se daba cuenta de dónde estábamos? ¿Tan importante era para él su estúpido explorador? Llegué a oler el agua —un aroma entre grifo y charco— y alguna gota salpicó mi rostro. Se echó encima de mí mientras me golpeaba ciegamente. Consciente del riesgo intenté alejarme de la orilla. Al hacerlo, Renacuajo se desequilibró, basculó, resbaló, golpeó, gritó y cayó. Todo fue tan vertiginoso como las imágenes que habían pasado por televisión del asesinato de Lee Harvey Oswald. Sólo que en la vida real no hay ni repetición ni cámara lenta.

Cuando me puse en pie sólo veía su brazo y su cara.

Precariamente agarrado a una rama que no se había rendido ante el cemento y se alargaba hasta el agua, Renacuajo gritaba. Todo su cuerpo era agitado por el caudaloso cauce del canal.

Sus dedos se aferraban al arbusto. La raíz de éste crujió. Renacuajo me llamó. Si yo no le ayudaba, la fuerza del agua le arrastraría en breve.

—Sujétame, dame la mano, por favor.

El cemento raspaba su antebrazo.

Si no hubiera dejado el *jeep* en medio de la habitación, yo no lo habría pisado.

Yo no lo supe, pero entonces nació **El Vengador**.

El teatro nunca se me ha dado mal e inventar historias coherentes tampoco. Todo el mundo admitió que había sido un desgraciado accidente.

El cuerpo de Renacuajo apareció a casi un kilómetro de distancia, siete horas más tarde.

Todavía guardo su explorador. A veces antes de salir de “caza”, como si fuera **El Señor de la Noche**, lo saco del arcón de la abuela, lo miro y recuerdo cuando era niño. Lo primero que me viene a la mente es el colegio, los gruesos barrotes que lo rodeaban y *La Agonía*.

Luego, yo, **El Vengador**, salgo a la noche para impartir justicia.

Otro día os contaré lo que les pasó a mis padres.

La fábrica de guerras

escrito por FÉLIX ROYO

—Esa jodida mierda te ha absorbido el cerebro. ¿Me estás escuchando subnormal? —Su compañero sigue pulsando botones de su consola portátil, matando policías, cargándose cerdos americanos que vigilan una fábrica; una de armas además, como ellos hacen en la realidad: tienen pistola y porra para intimidar, les falta la placa. Están en algún lugar que no conoces de China, en la actualidad. Pronto invadirán Bután y no le importará a nadie—. Atento gilipollas, que viene el encargado.

Da igual lo que diga el estirado, les está echando una bronca, además tú no sabes chino, qué cojones. Por lo visto vienen inversores europeos, militares chinos y toda esa mierda que mueve el Mundo.

—¡Seiscientos millones! ¡seiscientos putos millones! ¿No nos sale más barato montar una fábrica al lado de casa e invadirlos nosotros mismos?

—Tómelo como una inversión, señor Q, esa cantidad no es nada comparado con convertirse en la única constructora de la región.

—¿Pero cuántos jodidos chinos viven en *Pután*? Lo de Panamá salió de puta madre pero no pedían cubiertos de oro para repartir el pastel. —Suda como un cerdo cubierto de salsa agridulce.

—Ahí está el señor Hu Kai-shek, no conoce su idioma pero nos acompañará por las instalaciones. Por favor, dejen las armas que lleven encima en aquella taquilla. —Obviamente los muy idiotas no portan ninguna.

Se cierra la puerta y los dos guardias vuelven a quedarse solos.

—¡Me cago en Mao y me cago en tu madre! Estaba en el nivel diez, ¿sabes lo jodido que es ese nivel? ¿Para qué le dices nada al *carapero* de Xing? —. Su compañero se encoge de hombros mientras se ríe por dentro. Algo más arriba, sobre el techo de uralita, dos figuras se preparan en la oscuridad para hacer *râpel* en la pared.

—El chaleco antibalas me está asfixiando —le dice el asiático al otro en lengua de signos.

—Ahora te jodes. Hay que bajar —le responde de igual forma su compañero antes de desaparecer tras la cornisa.

—Uaag —es el grito apagado del guardia chivato cuando una bota con suela de acero le parte la boca. El friki saca la pistola, se pone en posición de galería de tiro y pulsa el gatillo sin darle mucha importancia a la diferencia entre la bota y la cabeza de su compañero; no hay sesos desparramados, no está cargada. La cara de gilipollas es la última que pone antes de que se la giren ciento ochenta grados.

Los mercenarios ya están dentro de la fábrica, ha sido tan fácil que casi les hace duelo cobrar tanto por el trabajo, no obstante la Crisis ya se nota hasta en los sobornos y los funcionarios avariciosos encarecen el negocio. Un cuchillo en la garganta saluda al vigilante de los detectores de metales: *zaf*; se despiden sonrientes mientras los burlan saltando por encima del escáner: *Zàijiàn*. Apenas unos pasos más adelante se abre una bifurcación y cuelga un cartel que manda a las duchas, y otro al pabellón de prensas. ¿Cuál elegirías tú?

Abren la puerta y una sinfonía de ruidos metálicos les da la bienvenida. Toneladas de acero doblan las planchas y forjan el futuro de un imperio, cientos de hombres las descargan de carretillas en turnos de doce horas por un sueldo miserable. Cada golpe tras precipitarse desde lo alto replica en todos los huesos del cuerpo. Cogen unos cascos que insonorizan una mierda,

pasan de las gafas protectoras y la mascarilla de broma y se separan buscando soldados armados entre vagonetas y cintas llenas de piezas. Allí dentro hace un calor propio del Infierno; el mercenario asiático se acuerda de la masacre del cine erótico de Hanoi, siempre le viene esa imagen cuando se le achicharran los huevos.

Ahí hay uno apoyado en una columna, piensa, con el subfusil colgándole a un lado como un bolso barato, es un objetivo fácil, una muerte silenciosa: los disparos se confunden entre el tronar del metal. Si le ha visto alguien prefiere meterse en sus asuntos y seguir cargando chapa como un chico listo. El otro mercenario también se ha enterado de la situación y le lleva ventaja, incluso ha escondido los cadáveres en un contenedor apartado. Tan a tiempo sale de una garita un guardia que sospecha que sus compañeros se están escaqueando como otras veces, pero no se los encuentra jugando a las cartas, sólo dos cañones de sendas pistolas apuntándole mientras su corazón late al ritmo de las planchas de acero.

—Como pueden ver cada arma es fabricada desde principio hasta el final, montada a mano, pintada y luego testada en una galería de tiro. Las que no disparan la primera vez se desechan y se funden de nuevo. Ustedes pagan el armamento para muchos soldados pero gracias a esto podrán ganar treinta o cincuenta veces más con contratos de reconstrucción.

—Sólo una pregunta: ¿Qué pasaría si de alguna manera China no ganara la guerra?

—China no puede perder; no puede. No diga eso. Ventaja asegurada, es un gran negocio.

—Sí, sí, lo sé, no me malinterprete pero... ¿recuperaríamos el dinero?

—China vencerá, ésa es la garantía.

—Antonio —pone su vieja mano sobre el hombro de su socio—, me gustaría confiar en el coronel, además los chinos lo bueno que tienen es que son muchos. Ya sé que suena arriesgado pero... qué coño, hay que exprimir la vaca mientras esté gorda. Cincuenta veces, joder, cincuenta veces...

—Si no les es inconveniente, me dicen que hay un despacho más abajo donde podemos firmar los contratos. Me comentaron que en su país no investigan este tipo de cosas ¿verdad? —Los europeos ríen y se miran, se imaginan como los reyes del tablero: se van a forrar, han encontrado un mirlo blanco y se deshuevan delante de sus anfitriones.

No muy lejos de ellos un apuesto trajeado sale de la oficina, corta el cable de la alarma de incendios y abre la puerta de la salida de emergencia. Deja atrás Administración, delante de él su objetivo: el edificio de los despachos ejecutivos. Tiene controlado el rango que cubren las cámaras, los horarios de Seguridad y de Mantenimiento, es metódico y perfeccionista, no se permite errores. Sin embargo, está ella, la que hasta hace una semana había sido su esposa y tapadera, de facto aún lo seguía siendo. Cómo iba a suponer él que sospecharía, que le seguiría y descubriría quién era en realidad. Debía matarla, nada importaban siete años juntos, el protocolo obliga. Esta noche lo haría, antes de marcharse al aeropuerto mataría a su mujer.

Giran los tornillos de la rejilla del respiradero, detrás una llave allen y su mano asesina. Dentro del conducto de fibra están sus armas, todo lo que necesita. Esgrime un cúter de oficina para abrirse una ventana a través del endeble componente amarillo, todo según lo planeado. Borra su rastro recolocando la reja, tapando los cortes con la habitual cinta de aluminio. Nadie de Admón. sabe que está dentro y mucho menos que es un infiltrado.

La taquilla dieciséis es aquella que no existe, un doble fondo que el propietario de la quince desconoce. Un traje a medida, un Rolex de triunfador, se pone las gafas, el bigote, las patillas y el resto de postizos, cambia de identidad con suma facilidad: asistente ejecutivo, casi un pez gordo, un chico de confianza. Es un coleccionista de nombres y de nacionalidades, siete años en activo. Hora de salir a escena.

—¿Señor Yan-Yan? El señor Hu le espera desde hace un minuto en el acceso de la planta dos —la secretaria consigue decir todo esto manteniendo intacta su sonrisa de dientes apretados.

—Ahora mismo acudo. ¿Hay registrada una reserva de la tercera sala de juntas?

—M... así es, una reserva para las 6:45 de la mañana. Aquí tiene la llave; abriré la línea tres por si necesita que desvíe sus llamadas.

—Gracias Jun.

—A usted. Que pase buen día.

—Lo pasaré.

Llevan cinco minutos agazapados detrás de una cinta transportadora de la nave de montaje. Los guardias no han activado la alarma general, seguramente les habrán dicho que hay invitados y que no deben ser molestados salvo que la situación se les escape de las manos. De vez en cuando se descargan ráfagas de subfusil sin apuntar ni asomar apenas el brazo; las bajas más numerosas están de momento en el equipo de los civiles.

—Wang, eres un chapucero, ¿por qué disparas antes de mirar cuántos hay?

—Podía con todos, no me toques los huevos.

—Lo mismo dijiste en Basora y aún conozco gente que está buscando sus dientes por allí. —Dispara por encima de la trinchera.

—Debería haber una ley que prohibiera a los subnormales hacerse terroristas.

—Yo prefiero que la hagan para que esa panda de gilipollas no terminen siendo la ralea de presidentes que no alcanzan ni a encontrársela al mear.

—Por mí haría una fábrica de ceniceros con las cabezas de esos putos anormales.

—Y llaveros con sus pelotas —añade mientras repone el cargador—. Algún día habrá que salir de aquí. ¿Tienes botes de humo?

—Sólo granadas —descarga otra ráfaga contra la pared opuesta.

—Puto Wang... ¿Qué no entiendes de la palabra “sigilo”?

—Me los voy a cargar de una puta vez por todas. Están todos juntos. Voy a lanzar una. A la de tres.

—No, ¡espera!

—¡Tres!

...

—Pero cabrón, no me des esos sustos. —Wang se ríe de la cara que ha puesto su compañero, mostrando sus grandes dientes amarillos y manteniendo aún el puño vacío—. Pues ahora te jodes y haces tú de cebo.

—狗娘养的! —grita esto mientras corre y dispara hasta vaciar el cargador, eso que viene a ser “¡hijos de perra!” pero en versión original y, mientras lo hace, su compañero se sube a la cinta transportadora y se agarra de un salto al barandillado superior. La distracción de Wang hace efecto y es invisible hasta que vacía también su cargador desde la posición elevada, pintando un cuadro de colores cálidos y pringosos, moldeando masa fresca.

INTERLUDIO

—La cláusula veintiséis de la segunda hoja del contrato autoriza al Banco Popular de China a hacer la transferencia inmediata de los fondos con este contrato como documento válido con sus firmas; como ya figuran en el recuadro. La cláusula veintiséis ce... ¿Quién llama? —La puerta se desmonta del marco a la primera patada y es echada abajo a la segunda con gran estruendo, se dibujan dos cuerpos extraños a la vista, como si el cerebro no pudiera reaccionar al inesperado paso a la sala de los mercenarios.

—¡Pero quiénes son ustedes! —exclama el coronel mientras se desprende el puro de su boca y cae al suelo.

—Nos pueden llamar Quentin Tarantino y Jackie Chan, sucios bastardos. Tú, el militar, saca el cargador y arroja el arma donde pueda verla. Wang, registra al coronel, seguro que lleva alguna encima. —El soldado hace lo que le ordenan con el subfusil pero cuando va a echar mano a la pistola una bala ya vuela a treinta centímetros de su cráneo—. Pero regístrale bien, eh.

—Qué raro, no lleva nada encima salvo unos cinco mil yuanes —Se gira al militar con sorna y se los guarda sin perderle de vista ni dejar de apuntarle en todo momento—. Oh, qué considerado acordarte de mí.

—Esto es una jodida mierda.

—Qué dices.

—Que esto no encaja joder. No contratas a dos tíos para matar a un imbécil en una puta fábrica de armas cuando le puedes volar la tapa de los sesos cualquier día del año cuando saque la basura el muy cabrón.

—Será que no se quieren manchar las manos.

—¡Pero si ya están llenos de mierda hasta el culo! —Clac, el sonido de una pistola preparada para ser disparada. Siente el cañón apoyado en la nuca, frío, amenazador.

—Os habéis retrasado un poco —dice el “asistente ejecutivo” recién salido del armario.

—Joder, agáchate y le meto un tiro.

—No, Wang, ¡ni se te ocurra dispararme!

—Sólo quiero saber una cosa antes de apretar el gatillo y que pierdas el habla: ¿Quién os contrató para matar a los europeos?

—Error, *caraculo*. No íbamos a matar a esos desgraciados, nuestro objetivo es el coronel.

—En realidad no es el mío, nuestro camino en común terminó al tirar la puerta abajo. A alguien del gobierno chino le gusta este hijo de puta, tanto como para pagarme de propio el triple de lo que vale este trabajo, y me avisaron de que debía abatir a un espía que vendría a por él... ah, y que si insistías en matar al coronel tendría que acabar también contigo —confiesa el mercenario asiático apuntando a una cabeza detrás de la otra—. No te lo tomes como nada personal.

—Puto Wang, cabrón embustero, ¿lo haces por dinero?, dime, ¿o es que te han dado tanto por el culo que te has quedado tonto?

—“El gobierno de China”, dice. Mentira. ¡Eso no puede ser!, soy un espía chino, pedazo de inútil —revela la figura trajeada oculta tras el occidental.

—¿Lo eres? —Nadie se había dado cuenta, concentrados en mantener la trayectoria de sus armas, de que dos largas piernas que parecían llegar al infinito habían entrado en la escena. El mercenario *Tarantino* apuntaba con su pistola al coronel y con el subfusil a su antiguo amigo, éste apuntaba con la

ametralladora a la inversa, se los llevaría a los dos por delante si hacía falta, y ahora con la pistola a la voz de la puerta; el espía cubierto detrás del occidental dudaba: ¿debía apresar a los europeos y matar al coronel como le había ordenado el gobierno que le quería muerto? ¿Había reconocido la voz o la presión le estaba volviendo paranoico?—. Sí, amor, soy yo. ¿De verdad crees que trabajas para el Departamento de Inteligencia Especial?

—Soy chino, hace diez años me captaron militares de aquí y me formaron como espía, mis superiores eran claramente chinos, no tengo dudas sobre ello, la única que me hace dudar ahora eres tú apuntándome con un arma —desenfunda una segunda pistola y la encara hacia su mujer.

—Entonces no te importará que dispare al objetivo por ti...

—A mí sí me importa —replica Wang en un momento en el que coinciden todas las miradas.

“Tenemos que hablar” fueron las últimas palabras del espía antes de que se cruzaran las balas en todas las direcciones. El primero en morir fue el mercenario que hizo de escudo humano ante los disparos de su ex compañero, después alguien disparó a los fluorescentes creando un efecto epiléptico de luces y *flashes* desde todos los ángulos. La mujer demostró ser mejor tiradora de lo esperado haciendo el trabajo de una profesional con la cabeza de Wang y la del coronel. El viejo empresario, que no se había movido desde que cedió la puerta, murió de un silencioso infarto al lado del otro europeo, el cual estuvo ajeno a todo lo ocurrido, inmerso en pleno estado de *shock*. Cuando dejaron de sonar las balas lo único que se veía, aparte de una silueta femenina en el vano de la puerta, era el puro a medio consumir en el suelo.

—Ayúdame a sacar a estos hombres al pasillo, hazme caso por una puñetera vez en tu vida —exhorta la mujer.

—Yan-Yan, ¿qué ha pasado? —pregunta temeroso el señor Hu. El espía no duda en dispararle gratuitamente mientras su mujer se encarga del estado de los europeos.

—Mierda, el viejo está muerto... no le encuentro la herida, y este imbécil: ¡Reacciona! —Le abofetea con la mano cruzada—. ¡Joder! Cabrón, levanta. —Le sacude de nuevo y consigue volverle en sí lo justo para que le siga como un autómatas—. Hacia el pabellón de Pintura, allí está nuestro punto de extracción.

Suena la alarma de evacuación, ahora sí que van a venir todos los guardias del recinto. Yendo fábrica a contracorriente no pueden evitar tener que cruzar por la galería de tiro, apenas disimulada bajo el cartel de “Control de calidad”. Cuando cruzan la puerta del recinto se gira una docena de tiradores como si Chuck Norris hubiese entrado en la sala. “Son ellos”, gritan. Se parapetan abrazados detrás de una columna de hormigón abandonando al empresario a su suerte. Para éste la impresión de verse de repente frente a un pelotón de fusilamiento es lo más similar a despertarse en quirófano en mitad de una operación, con las tripas desparramadas por todas partes; no puede ni gritar.

—¡Tienes que decirme cómo acabaste involucrada! —Polvo y cascotes de la columna dentelleada se esparcen a su alrededor en una vorágine de armas automáticas.

—¡No es el mejor momento! ¡Joder!

—¿¡Te acuerdas del día de nuestra boda!?

—¡No!, digo, ¡sí! ¿¡A qué viene eso ahora!?

—¿¡Recuerdas que tu padre se pasó todo el banquete pidiendo fuego!?

—Busca en el bolsillo interior de la americana y saca un grueso habano.

—¡Le había prometido a mi madre que dejaría de fumar al día siguiente!

—¡Se murió al día siguiente! ¿¡Tienes un mechero!?

—¡Tómalo, maldita sea!

Mientras esos perros recargan se enciende el puro tranquilamente, asegurándose de que prenda bien, luego lo tira lejos. Rueda justo a los pies de estos, parece apagarse por un momento y explota la carga de C-4 de su interior haciéndoles trizas de rodilla para abajo.

Escapan, corren pasillo adelante mientras brazos robóticos pintan automáticos tras una pared de cristal. “¡Alto!”, ordenan los soldados que vienen desde el otro extremo del corredor, son al menos quince o veinte formando un comando de la muerte. La pareja se detiene y tira las armas como si estuviera todo perdido, ella dice que deben retroceder un par de pasos, ellos que no se muevan y un rumor al principio imperceptible pero creciente anticipa el resultado de un plan bien trazado: la débil pared de ladrillo vomita sobre el comando empujada por un Hummer de tres toneladas que aterriza sobre sus quebradizos cuerpos.

—¿Nos echabas de menos? —dice un yanqui invitándoles adentro de la bestia—. Deprisa, hay que salir cagando leches.

El todoterreno echa marcha atrás dejando la marca del neumático en la abundante sangre, da un trompo de ciento ochenta, ruga con el amanecer delante y sale al monte por encima de la valla que había tumbado segundos antes.

—Todo en orden, jefa —le entrega una nueva pistola.

—Ben, éste es mi marido. Hay que ponerle al día.

—Vale, échame un cable si me equivoco en algo. Luen Yang, el coronel chino que supongo que os habréis cargado ahí dentro, es todo un personaje: Prepara una invasión a Bután, una gran guerra para China y oficialmente es un miembro valioso del Gobierno pero, tras el telón, es un corrupto enemigo de la patria capaz de estafar a decenas de empresarios de todo el mundo y luego desaparecer, suponemos que fingiendo su propia muerte en el conflicto y convirtiéndose en un héroe nacional. Ahora ya no le hará falta.

—Pero Luen se había creado buenos amigos en el Partido, socios que recibían su parte y que no tenían intención de perder tan fácilmente esa fuente de ingresos. Cuando descubrimos que Liu Wang estaba trabajando con los chinos, la CIA contrató a su compañero habitual con la esperanza de que le destapara o de que descubriera detalles que sólo Wang y unos pocos conociesen. Por supuesto no podíamos revelar a un mercenario información clasificada en ese momento sin poner en peligro toda la operación. Así nos enteramos de que la visita a la fábrica de armas se haría junto a dos inversores europeos sobre los que posteriormente pudimos investigar más y sacar conclusiones.

—Pero mis órdenes fueron como siempre por parte del DIE, nunca me avisaron de que los servicios americanos de inteligencia participarían.

—Eso no es del todo cierto —intervino Ben—. Supongo que no has oído hablar del proyecto “Agentes de Xi'an”.

—En el año 2000 —continuó ella—, a la salida del presidente Bill Clinton, se aprobó la creación de una agencia fantasma en la República Popular China para minar su avance industrial y estratégico, con vistas a una posible II Guerra Fría. Los nuevos agentes debían pensar que trabajaban bajo las órdenes del gobierno chino pero en realidad todo era un enorme escenario para que los propios chinos hicieran el trabajo sucio de la CIA. Para vigilarles y asegurarnos de que no había agentes dobles, a todos se les asignó un padre adoptivo, una amiga de la familia... todos americanos con ascendencia china. En nuestro caso tú eras mi tapadera en el país; nos instruyeron para ganarnos vuestra confianza.

—Aunque os creyera, lo cual me es increíblemente difícil después de siete años de misiones en vuestro supuesto “universo alternativo conspiratorio”, ¿por qué la CIA desvela ahora el engaño? ¿Qué consigue con eso?

—El programa, aunque fue otro de los grandes secretos durante la Administración Bush, a grandes rasgos se podría decir que se ha inmolado él solo. Se habían entrenado cuarenta y dos espías cuando la selección acabó en 2004, tres años después treinta y seis habían sido capturados, asesinados o torturados por el contraespionaje chino. Por suerte no sacaron nada en claro. En agosto te convertiste en el último agente aunque temíamos que el Departamento de Inteligencia Especial te siguiera la pista, por ello se ordenó tu extracción al finalizar las órdenes. Detén el vehículo.

—Extracción...

—El programa se ha clausurado. Y ahora, bueno, ya sabes cómo funciona esto: estamos destruyendo pruebas. —Abre el portón—. Baja del vehículo.

“De rodillas”, dice su antiguo amor. Perdió sus pistolas cuando les acorralaron en aquel pasillo, aunque conservarlas tampoco le serviría de mucho contra sus armas de asalto. Al menos morirá bien vestido. Sus padres, si es que fueron los de verdad, estarán orgullosos de su entereza en estos momentos al borde del abismo. “Las manos a la espalda”. Se las sujetan con un par de bridas bien prietas, como si pensaran que fuera Houdini o que pudiera parar las balas entre los dedos. “Agacha la cabeza”, le pide ella, pero él la mantiene erguida y la mira a los ojos. Sus cabellos se alzan ligeramente por el viento, rayando el cielo, su rostro se parte en dos, a cada lado del tubo metálico, parece un cañón gigante y las personas a su alrededor muy pequeñas. Si congela la imagen un segundo después de pulsar el gatillo un cable de sangre conecta la parte de atrás de la cabeza con la tierra, como si transfiriera todo su ser fuera de sí y se volviera eterno, su vida se va por el sumidero del cráneo y un rayo atraviesa cada átomo de su cuerpo. Cadáver que queda tirado en mitad de ninguna parte.

Diez horas y setecientos kilómetros más tarde:

—Todo ha salido perfecto. ¿Verdad, jefa? —pregunta el agente al volante.

—Según lo planeado —Sonríe aunque en el fondo la tristeza la araña por dentro.

—Ese tío estaba como una cabra. ¿Has visto el informe? Pensaba matarte, lo tenía todo preparado, previa tortura, claro.

—Bah, lo importante es que conseguimos el contrato firmado. Seiscientos millones repartidos en cuentas secretas que Charly, de la NSA, ya ha pirateado —dice orgullosa.

—Una buena jubilación de la Agencia después de tragar tanta mierda durante años.

—Y todas las pruebas involucran a los espías chinos muertos.

—En cuanto lo validemos en Beijing seremos tan jodidamente ricos que nos saldrá el dinero por el culo. Aún no me lo puedo creer, je. ¿Puedo verlo? Quiero ver las firmas de los idiotas que nos han regalado tanta pasta.

—Claro, lo llevo justo aquí... —Cuándo, cuándo se lo ha podido quitar. ¿En el coche? No, antes, rebobina, recuerda. Ha tenido que ser en la fábrica: cogió los papeles en la oscuridad y se los guardó en un bolsillo del chaleco, lo comprobó, sí, bien, luego hizo el paripé de salvar a los europeos, debía confiar en ella, no le dejó acercarse. Pero después estuvieron juntos en aquella columna, demasiado, la distrajo con aquel juego estúpido del mechero, obviamente él tenía que llevar uno, siempre estaba preparado para todo. Por qué no sospechó. ¡Por qué! Se llevó la mano al interior de la chaqueta delante de sus narices, luego corrieron, todo fue muy rápido pero fue antes, vuelve atrás, la columna, la boda, su padre es la distracción, le roba el contrato: seiscientos millones—. Mierda.

Félix Royo es un escritor zaragozano colaborador de esta revista. Ha publicado con una mención especial en la antología *I y II concurso de relato histórico Hislibris*, de Ediciones Evohé. Colabora activamente con la página web OcioZero, en la cual también publica relatos. Además es compositor de música con obras como *Concierto El niño que bailaba bajo la luna*, basada en el libro homónimo.

La sombra

escrito por ÓSCAR TORRES GESTOSO

La luna llena la ve pasar. Se mueve malvada y feroz. Hambrienta. Boquea aire como un pez moribundo en un vertedero. La hora de comer se le hace eterna. No piensa, pues un virus como ella no tiene capacidad de raciocinio. Sólo quiere alimentarse. Nada más.

Agazapada huele el aire y el viento en busca de un cordero.

Salta un tejado. Salta dos. Al suelo. Y vuelve a ser sombra. Así es como es, sin cuerpo. Etérea. Negra. Una sombra de pura maldad, que se mueve incorpórea de farola en farola. Un reflejo de luz eléctrica. Una imitación de la sombra del sol. Una mentira.

Afila sus colmillos. Su primera víctima.

El borracho no sabe que le espera. Camina tambaleante. Solitario. Dejando tras de sí olor a alcohol y soledad. Se apoya en una esquina cansado. La cabeza le da vueltas. Es la oportunidad de su pestilencia.

Sigilosa lo rodea. El hombre, confundiendo delirium trémens y realidad, se funde con ella en un grito mudo y desaparece en la negritud.

Sin remordimiento, volvió a cenar.

Le da igual que sea hombre o mujer. Sabe que en el fondo de todos ellos anida, en una parte de su ser, su alimento favorito: la maldad.

The giant claw

escrito por ANA MORÁN INFIESTA

He de confesarlo: entre mis muchos pecados cinematográficos destaca el de encontrar cierto gozo culpable al visionar películas con monstruos cutres, de esos que parecen hechos con un par de calcetines del abuelo o el envoltorio del bocata (inolvidable, en este aspecto el tiburón de papel Albal de la inenarrable *Lost Continent*, perpetrada por Michael Carreras). Por eso, en cuanto vi esa especie de muñeco de trapo gigante con cierto parecido con un buitre, que es el pajarraco que siembra el caos en esta historia, me dije que tenía que verla. He de decir que el grado de patetismo del monstruo satisfizo con creces mis expectativas, erigiéndose como una de las amenazas más lamentables a las que se ha enfrentado la humanidad —con permiso de la serpiente de mar que introdujera Amando de Ossorio en la película homónima—. Y es que no es sólo que al buitre gigante se le vea hecho con cuatro dólares, dos de ellos gastados en ponerle una cresta de pavo de navidad que anidará en nuestras retinas durante eones, sino que Fred F. Sears se empeña una y otra vez en mostrarnos primeros planos del animal en cuestión, evidenciando no sólo la parquedad de medios sino su afición al reciclaje, al cantar a la legua que en los ataques aéreos usa siempre el mismo plano del bicho merendándose a gente. Y no es el único elemento reutilizado: muchos de los planos en los que se ve al muñecote atacando Nueva York (qué ciudad si no), fueron extraídos de su obra previa *Tierra contra los Platillos Volantes (Earth vs the Flying saucers)* (que contaba con los efectos visuales del futuro rey de la *Stop Motion* Ray Harryhausen), e inclusive, circula la leyenda de que en algún plano se les coló un platillo revelador. Aunque he de confesar que, pese a estar pendiente, yo no lo llegué a ver.

El resto de elementos no están —por suerte o por desgracia, dejo eso a su juicio— a la esperpéntica altura de la gran estrella del filme. El argumento no es nada del otro jueves, pero sigue líneas comunes con otras obras contemporáneas como la excelente *The Deadly Mantys*; los actores, habituales del género, realizan un trabajo más que digno y el toque de ingenua glorificación del ejército americano —que toda película del género debía tener en aquellos días— queda bastante discreto, salvo en cierto detalle del final. Todo hace pensar que el presente era un proyecto serio, sin intención alguna de pasar al olimpo del esperpento. Lástima que no se aplicasen la máxima que Vicente Minelli enunció en *Cautivos del Mal (The Bad and the Beautiful)*: hay monstruos que impresionan más cuanto menos los vemos... Bueno, nuestro pajarraco sigue impresionando, pero por su entrañable *cutrerío*.

Sinopsis: El ejército americano ha de enfrentarse a una especie de buitre gigante que amenaza con hacer de nuestro planeta su comedero. El problema es que al animal no sólo está dotado de un letal aliento ígneo, sino que trae campo de fuerza incorporado.

Director: Fred F. Sears.

Guión: Paul Gangelin, Samuel Newman

Intérpretes: Jeff Morrow (MacAfee), Mara Corday (Sally Caldwell), Morris Ankrum (General Edward Considine), Louis Merrill (Pierre Broussard), Edgar Barrier (Dr. Karol Noymann), Robert Shayne (Gen. Van Buskirk), Frank Griffin (Pete, piloto), Clark Howat (Mayor Bergen)

País y año: USA, 1957

Duración: 74 minutos / Blanco y negro.

www.revistapulp.com